

11843

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA

Publicación Trimestral

TOMO VIII

ENERO - MARZO DE 1952

Nº 1

SUMARIO:

	<u>Págs.</u>
La Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cuenca	1
Francisco Alvarez González: Las Etapas Fundamentales de la Restauración de la Filosofía Actual... 3053	1
Agustín Cueva Tamariz: Psicoanálisis y Literatura 8602	40
Gabriel Cevallos García: ¿Una definición de la Paz?..	81
Cesar Andrade y Cordero: Un peso muerto: América Hispana	91
Mary Corylé: Federico González Suárez	99
Rigoberto Cordero y León: Arturo Capdevila, Poeta Profundo	115
CRONICA UNIVERSITARIA 3728 <i>Creación Facultad Febrio</i>	145

La Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cuenca

Un gran vacío, una especie de ruptura de eslabones y nexos, existía en la Universidad de Cuenca. Mejor dicho, hasta hace pocos días, nuestra Vieja Casa estaba tan sólo formada por segmentos, por aristas y ángulos, por líneas y caminos de lo que podía ser una Universidad: sus Facultades, sin el espíritu UNIVERSALIS, sin el alma y sin el sentido necesarios, a pesar de su casi centenaria energía, no podían revestirse en esta Institución.

En verdad, una Casa de Estudios, por el simple hecho de llamarse Universidad, no puede considerarse como tal, si sólo sirve para conferir títulos o diplomas de especialización. La abogacía, la medicina, la ingeniería, consideradas aisladamente, si de alta técnica, pueden ser estudiadas en escuelas profesionales, sin que por sí solas se conviertan en signo o alma mater de un pueblo.

Y esto ocurría en nuestra Universidad. El estudiantado adquiría en ella los conocimientos de su especialización respectiva; pero estaba lejos de haber recibido forma y cultura humana, porque, en realidad, carecía la Universidad de un centro aglutinador de todas sus escuelas, de un órgano que dirigiera al estudiantado, antes que por las vías de las profesiones liberales, por el ancho camino del espíritu.

Por suerte fué el 31 de Enero de 1952. En esta fecha, después de un largo y penoso proceso, la Universidad de Cuenca, eslabonó sus vértebras y encendió en sus aulas el sentido que hacía falta, mediante la inauguración oficial de la Facultad de Filosofía y Letras.

Desde hace unos dos años, el Consejo Universitario, guiado por su Rector Titular, el actual Ministro de Educación, Sr. Dr. Carlos Cueva Tamariz, se propuso conformar nuestra Universidad, darle un lazarillo, un guía; encenderle un fanal y conseguir para ella un alto escaño en el mundo de la cultura. Y, para todo esto, dió vida en la Casa Mater la Facultad de Filosofía y Letras.

En esta nota no queremos —ni ello hace falta— explicar el contenido y las virtualidades de la Nueva Facultad, porque este contenido y estas virtualidades, son conocidos, porque todos sabemos que el propósito básico, único y sustancial de la Facultad de Filosofía y Letras, es la formación de hombres en la plenitud del vocablo, la modelación de seres que, con los pies puestos en la tierra dura, sepan otear los anchos horizontes. . . Enseñar filosofía, enseñar a razonar, no quiere decir, de ninguna manera, formar diletantes, conceder patente a homúnculos de la civilización, que no sirven sino para convertir en odiosos los pocos minutos de tiempo que disponemos. . . Creemos, nosotros, en todo lo contrario. Creemos que la Facultad de Filosofía y Letras, tiene ante sí un claro signo, un signo que le aparta del mundo de la ficción, del aparentar y de las simples entelequias, para conducirlo a levantar sus tiendas en esta tierra que vivimos, en esta tierra cruda de realidades y calzada de sinsabores.

La Facultad de Filosofía y Letras, enseñará a nuestra juventud el verdadero camino de la sabiduría. En sus claros espíritus arrojará semillas de inquietud y abonará la siembra con gérmenes robustos de humanidad. La nueva Facultad ha de tener como seña de su destino, enseñarnos el destino de la vida y ayudarnos a formarnos un concepto del mundo, lo que vale decir, lo que es lo mismo que decir, que la Facultad de Filosofía y Letras, no es otra cosa que el libro abierto en donde encontraremos las normas para conducirnos como hombres libres, justos, humanos. . .

Es para conseguir este objetivo de humanidad y de justicia, que los actuales pilotos de la Facultad, han dividido su ámbito cultural en dos grandes etapas: primero una suma de cultura general y, segundo, las ramas de especialización. Pero no es ésto únicamente. La Facultad no se encastillará en medio de sus cuatro paredes. Ella irá afuera. Al aire libre. Hacia los horizontes que necesitan de su oxígeno. Para esto, por de pronto, conformará un conjunto de enseñanzas que im-

partirá a los demás estudiantes de las otras Facultades, de acuerdo con la idea, precisamente, de que el hombre especializado, debe ser, al propio tiempo, un hombre culto, humano sobre todas las cosas.

De otra parte, justo es apuntar el alborozo con el que el Ecuador entero y en especial Cuenca de los Andes, han recibido a la Nueva Facultad. Esperamos que el anhelo de cultura, de humanismo, de libertad y de sabiduría, que llevó a la Universidad hacia la creación de la Facultad de Filosofía y Letras, se convertirá en agua clara de realidades, en luz de un faro inextinguible.

Las Etapas Fundamentales en la Restauración de la Filosofía Actual

1.—DE LA NUEVA SENSIBILIDAD PARA LOS PROBLEMAS FILOSOFICOS

Es un hecho sumamente notorio, para cualquier persona aficionada a las letras y a los problemas de la cultura, la importancia que, en lo que va de siglo, principalmente desde hace unos 25 años, han adquirido los estudios filosóficos. Cada vez, en efecto, acuden en mayor número los estudiantes a las Facultades de Filosofía y Letras en todo el mundo. Ello, a pesar de ser esta carrera una de las que ofrecen menos posibilidades para ganarse la vida al futuro Licenciado o Doctor. Hay que tener presente que a la ciencia se va hoy, no sólo por el natural deseo humano de saber, sino también para la adquisición de un título, que permita el ejercicio de un trabajo profesional remunerado. No siempre esto fué así en la historia de los pueblos civilizados. Comenzó con el origen del capitalismo y su inevitable consecuencia, a saber, la ascensión de la clase burguesa al poder político, principalmente a partir de los últimos años del siglo XVIII. Quiero hacer notar que las consecuencias de este nuevo profesionalismo del saber fueron inmensas, no sólo por lo que se refiere a la ciencia misma, sino también a la estructura, poder y formación de la nueva clase social. Sería interesante mostrar las influencias que en la orientación, fines, aspi-

raciones e incluso métodos de la nueva ciencia, ejercieron las particulares ideologías de clase de los profesionales cultivadores de la misma. En nuestros días, fué, quizá, Max Scheler, quien tuvo más clara conciencia de este problema. Pero por hoy, esto sólo tiene valor de inciso, y lo tocamos tangencialmente, como de pasada.

El interés por las cuestiones filosóficas se observa también en el cada vez mayor número de libros que se imprimen sobre estas cuestiones. Pero, sobre todo, en la repercusión que los temas filosóficos tienen en el arte, el literario fundamentalmente, y en las ciencias positivas mismas. A lo primero ha contribuido, en gran manera, el carácter de la propia filosofía contemporánea. Esta, no me atreveré a decir que es irracionalista, pero sí que destaca el importantísimo papel que la intuición juega en el conocimiento de la realidad, por ejemplo, en Bergson y Husserl. Ahora bien, la intuición mediante la cual aprehendemos lo real directamente, tiene el inconveniente de que no puede ser comunicada mediante conceptos. Los conceptos y las palabras que los expresan hieren de muerte a la viva prestancia con que el ser se presenta a la intuición. Lo individual, propio y vivo de cada intuición, es incapaz de ser traducido mediante la significación, general, de las palabras del lenguaje. Los conceptos son aptos para expresar lo eterno e inmóvil que hay en las esencias metafísicas de la filosofía tradicional, pero no el vivo palpitar de la verdadera realidad, fluyente y movidiza, de la duración, por ejemplo, en Bergson. De ahí, que el filósofo haya tenido que crear un tipo de exposición literaria, para expresar sus propias intuiciones, incomunicables conceptualmente. Metáforas, imágenes, palabras y formas de expresión poéticas, totalmente en desuso en la seca y árida literatura filosófica tradicional, tienen ahora por objeto, no comunicar al lector las propias intuiciones y vivencias, que fuera empresa vana por principio, sino incitarle, sugerirle, ponerle en camino para que pueda experimentarlas, vivirlas por sí propio. Nada hay más diferente que la descuidada, desmayada, científica y monótona prosa de Kant, por ejemplo, y la brillante, colorista, fluida e incluso poética del autor de la *Evolución Creadora*. La belleza literaria de los libros de Bergson, en Francia, o de Ortega, en España, ha influido notablemente en su popularidad y sido causa indirecta de que las preocupaciones filosóficas hayan trascendido al gran público. Es de notar, que ésto ha sido también causa de no pocas críticas a los referidos filósofos, acusados de ser más literatos que pensadores, sin caer en la cuenta, los que así proceden, que cada tipo

de filosofía, tiene su modo propio de expresión y que lo mismo que fué el diálogo para la dialéctica de Platón, o el **more geométrico** para la filosofía racionalista de Spinoza, es ahora este modo literario, rico y brillante, para la filosofía intuicionista de Bergson o para la de la **razón vital** de Ortega.

El existencialismo francés, con esa impetuosidad revolucionaria propia del genio latino, ha ido todavía más lejos. Sus más conocidos representantes —J. P. Sartre, Albert Camus, Simone de Beauvoir, etc.— han acudido a la novela o al teatro para expresar aquellos pensamientos, intuiciones, sentimientos, imposibles de traducir con arreglo a los moldes tradicionales de la literatura filosófica. Y han defendido teóricamente la necesidad e importancia de este proceder. Pasando por alto las extravagancias que, en gentes no preparadas filosóficamente, haya podido producir la moda existencialista, la verdad es que estas excursiones de los pensadores por el campo de la literatura, la están influyendo y modificando poderosamente y constituyen una firme esperanza para la renovación y vigorización de la novelística y de la dramática del porvenir más inmediato. La influencia del existencialismo en el cine es también manifiesta. En el cine cerebral europeo, se sobreentiende, francés e italiano sobre todo.

Estas incursiones de los pensadores en el arte, han provocado el fenómeno contrario, a saber, las de los artistas y literatos en el campo de la filosofía. La consecuencia ha sido un enriquecimiento de algunas posiciones filosóficas con adopción de nuevos puntos de vista y, en última instancia, como venimos insistiendo, una difusión y popularización de la problemática filosófica.

Vale la pena detenerse a examinar las causas que han provocado esta hipersensibilidad para lo filosófico. Primero, porque la situación normal de hace 50 años, era justamente la contraria, a saber, de desvío, de repulsa para toda solución filosófica, como incompatible con la seriedad y rigurosidad de la solución científica. La ciencia de moda, que venía a llenar los huecos de la filosofía, era la Sociología, la ciencia del positivismo, expuesta en aquellos grotescos manuales en que por un prurito de cientifismo, se introducía hasta la terminología de las Ciencias Naturales, para la explicación de la vida social, en capítulos como aquellos de **estática** y **dinámica**, **anatomía** y **fisiología** de la sociedad. Pero, en segundo lugar, el esfuerzo que hagamos para

Indagar las causas de la actual renovación de la temática filosófica, nos permitirá ahondar en el conocimiento de la vida espiritual de nuestro tiempo.

La situación es esta: Durante los primeros treinta años del pasado siglo, Europa asiste, atónita, a un espléndido desarrollo de la metafísica, con el idealismo alemán. Fichte, Schelling, Hegel, Schopenhauer, son los más famosos entre los grandes pensadores de la época. Pero, a partir de entonces, se inicia la decadencia del vigor filosófico. Es como si se hubiesen embotado los órganos encargados de aprehender las cuestiones más profundas y fundamentales del saber humano. Y así van transcurriendo, lentamente, los años del siglo XIX, hasta que, con el alba del presente, un nuevo florecimiento de las cuestiones filosóficas se hace notorio. Sería absurdo pensar que los pueblos del occidente civilizado, perdieron, en este interregno decimonono, unas facultades intelectuales que tenían, espléndidas, unos pocos años más atrás. ¿Qué ha pasado, pues, durante ese periodo de auge del positivismo y de escepticismo metafísico? Me atrevo a señalar que una cosa importante y hasta entonces inédita en Europa, a saber, el vuelo audaz, el desarrollo y la expansión de las ciencias particulares, de la Física y la Química, de las Ciencias Naturales, de las Matemáticas y de la Biología. Se recogen, al fin, los frutos de una cosecha que habían venido germinando y creciendo durante la Edad Moderna, desde la época del Renacimiento, cuando hombres como Galileo y Kepler, Copérnico y Descartes, sentaron teóricamente las bases metodológicas de una nuova scienza fisico-matemática. Las ciencias positivas suplantaron, pues, a la filosofía. Y si esto es así, tenemos que sacar, forzosamente, una conclusión: El hombre del siglo XIX creyó que la ciencia podía colmar, satisfacer, el anhelo, la necesidad metafísica propia del alma del hombre, aquella "necesidad metafísica" a que hacía referencia Schopenhauer, o la "disposición natural" de la razón humana de que habló Kant. En realidad no se rechaza ni menosprecia la Filosofía, los problemas filosóficos, mejor dicho. Estos quedan englobados en las diversas ciencias especiales, Biología, Psicología, etc., y son resueltos por las mismas.

Quando Descartes escribió su Discurso del Método, creó el canto de aurora de un mundo nuevo, cuya divisa podía resumirse en estas cuatro palabras: Fe en la razón. Lo mismo los grandes racionalistas continentales, Descartes, Malebranche, Spinoza, Leibnitz, como los

empiristas ingleses, Locke, Berkeley, Hume, coinciden en ésto, en la fe decidida en la capacidad cognoscitiva del hombre. El hombre se deifica, se siente orgulloso, seguro y satisfecho de si mismo. Es una época de carácter revolucionario, pero constructivo al mismo tiempo. Hay épocas en que la fe en la tradición se desmorona. Las viejas ideas dejan de ser creídas, pierden su vigencia. El hombre, entonces, traduce en acción esta falta de fe, revolviéndose contra el pasado. Aleja, menospreciativo, su atención del pretérito, sin que haya encontrado todavía con qué sustituir la fe perdida. El hombre, entonces, siente la angustia de la nada, del vacío que en torno a su existencia se produce.

El Renacimiento no fué una época de éstas. Al revés, si se volvió airado contra el pasado inmediatamente anterior de la Edad Media, fué porque, de pronto, brusca, súbitamente, descubrió dentro de si un poder, una fuerza creadora, capaz de resolver cualquier problema. Ese poder fué la razón, que vino a sustituir al Dios de la Teología, del que los hombres se desvinculaban más y más. Por esto, terminó por entronizarse como diosa, la Diosa Razón. Están puestas las bases para creer en un progreso ilimitado de la razón humana. Un poco de cautela, viene a recomendar Descartes, y se podrán ir aumentando, sin interrupción, los conocimientos. Confiesa, ebrio de gozo y de satisfacción, hallarse en posesión de un método "por el cual me parece que poseo el medio de aumentar gradualmente mi conocimiento, y de elevarlo poco a poco al punto más alto que la mediocridad de mi espíritu y la corta duración de mi vida, me permitirán alcanzar". No hay más límites al conocimiento que los impuestos por el carácter finito, temporal, de la vida humana, pues el otro, la mediocridad del espíritu, podemos ponerlo a la cuenta de la natural modestia del escritor. Pero si el hombre es finito, se sobrevive en la humanidad y a ésta espera un porvenir brillante y venturoso en la búsqueda y conquista de un saber absoluto y definitivo.

Puesto los hombres a rehacer el mundo, las tendencias unitarias de la razón se van a manifestar en los más variados órdenes de la vida. Y las monarquías absolutas van a unificar la soberanía, atomizada en la época feudal; el **jusnaturalismo** a crear un derecho unitario, frente a la diversidad de legislaciones positivas; el teísmo, tal en Herbert de Cherbury, pretende hacer una religión natural con los restos, debidamente depurados, de las religiones positivas; el capitalismo naciente y su consecuencia inmediata, la gran industria, van a comen-

zar a absorber los pequeños talleres de los maestros medioevales. El arte también va a sufrir de esta tendencia y los preceptivistas, los Boileau, los Muratori, los Luzán, van a popularizar los antiguos preceptos de unidad de acción, lugar y tiempo en las obras dramáticas.

La consecuencia natural de todo esto, es un desenfrenado optimismo. No hay traba alguna, ni barrera infranqueable que oponer al poder inquisitivo de la razón humana. De ahí, la sensación que experimentan estos siglos de que la Edad de Oro de la humanidad, no está en el pasado, en un remoto y legendario pretérito, sino en el porvenir. En el siglo XVIII, cuando esta creencia se hace más fuerte, se llega a esperar, seriamente, que el hombre logre vencer a la muerte. La divinizada Razón — así, con mayúscula, como gustaba a las almas cándidas de los revolucionarios franceses— desterrará el dolor de la tierra. Lleno de piadosa fe en la todopoderosa razón, un hombre como Condorcet, escribe una historia de los progresos hechos por la Humanidad — también con mayúscula, conforme al gusto de la época— desde los más remotos tiempos hasta el presente, y una segunda parte, de los progresos previsibles para un futuro dichoso. La ciencia naciente de la Economía Política participa de este entusiasmo. También en el mundo de la vida económica rigen leyes, como las de la naturaleza, Y así como este mundo natural, con sus leyes, es el mejor y más perfecto de los mundos posibles, como creía el optimismo racionalista de Leibnitz, así también existen leyes para la producción, circulación y distribución de las riquezas, que son, al mismo tiempo, las mejores y más convenientes para los hombres. La Economía se convierte en una ciencia racionalista, construida a priori. Movido el hombre por su interés personal, se hace servidor de los intereses de los demás. El hombre, por lo tanto, no debe intervenir, modificándolo, en el "orden natural" del proceso económico. Las cosas marchan bien por sí mismas. "Dejad hacer, dejad pasar". Así rezan los fisiócratas, los Mirabeau, los Mercier de la Riviere, los Quesnay, los Turgot, e inmediatamente después los economistas ingleses, encabezados por Adam Smith. El racionalismo no sólo es confianza en la capacidad de la mente humana para descubrir cualquier verdad, sino también, del lado del objeto, confianza en la estructura racional del mismo. Al fin y al cabo, esta racionalidad ontológica es el fundamento de aquella, que bien podríamos llamar epistemológica. Ya en el Renacimiento fué Galileo quien se admiraba, complacido, de que el mundo, en lugar de ser un caos irracional, estu-

viere "escrito en lenguaje matemático". Spinoza, en su metafísica monista, afirmaba que el "orden y conexión de las ideas es igual al orden y conexión de las cosas". Y Hegel sostenía que lo real es racional y a la inversa. El liberalismo que se desprende, como fruta madura del árbol, de las tesis económicas mencionadas, es un producto típico de la fe en la racionalidad de lo real.

El Romanticismo, que fué una reacción contra los excesos del racionalismo, ni impidió, sin embargo, que se debilitara la fe de los hombres en la razón. Las ciencias, decíamos, se desarrollaron tanto que anularon a la Filosofía, tomando sobre sí la responsabilidad de resolver los más altos problemas que se plantea la mente humana. Los científicos pretenden convertir en científicos los problemas de la Filosofía/empleando sus peculiares medios y métodos de investigación, como corresponde al estadio del espíritu positivo en la famosa ley de Augusto Comte. Todo lo que no sea esto, intentar abordar los problemas con los métodos tradicionales, no dará otros resultados, sino convertir a la Filosofía en una mera "poesía de pensamientos", como se juzga, en efecto, a la última gran creación metafísica del idealismo alemán.

Hemos querido tratar con algún detenimiento las razones de la decadencia de la Filosofía, para poder entender ahora mejor el proceso de su reconstrucción.

Esta se produce, en parte, en virtud del proceso y desarrollo de las mismas ciencias que produjeron la decadencia de la filosofía. Habían puesto los hombres un cúmulo tal de esperanzas en los resultados de las ciencias, se las había valorado tan alto, en la embriaguez racionalista de los últimos siglos y del positivismo, que, a medida que transcurría el siglo XIX comenzaron a defraudar, no obstante su ininterrumpida marcha ascendente y la magnitud de sus conquistas. No se olvide que lo que lleva al hombre a la ciencia, no es una mera curiosidad por saber, sino el ansia de ver el modo de poner las cosas al servicio de la vida, para lo cual, como es lógico, tenemos que interesarnos antes por el ser de las mismas. Nada de saber por saber. Ya Augusto Comte vió con claridad la infantilidad de la concepción intelectualista, hasta entonces dominante, de considerar el conocimiento como una ocupación desinteresada con las cosas. Se conoce para prever los acontecimientos. Y si me interesa saberlos por anticipado es para poder dominarlos, o, por lo menos, estar preparado

para enfrentarme con ellos. El secreto impulso, pues, que mueve la ciencia, es la esperanza de que ella haga más fácil la vida, proporcione la felicidad al hombre.

Pero los hombres del siglo XIX vieron en esto defraudadas sus esperanzas. Verdad es que la ciencia conquistaba cada día nuevas posiciones, que se hubieran creído ilusorias algunos años antes y que la hija de la ciencia, la técnica, brindaba cada día un nuevo servicio al hombre, iluminándole, acortándole las distancias, etc. Pero el hombre comenzaba a inquietarse, porque la esperada felicidad para un futuro próximo, en cuya creencia había vivido durante mucho tiempo, se le hacía cada día más hipotética. La ciencia progresaba a un ritmo asombroso, pero también aumentaban las dificultades y aun las miserias para el ser humano. De vez en cuando, un descubrimiento sensacional, pero la muerte continuaba implacable su tarea. Un nuevo aparato daba al hombre la oportunidad de salvar, rápidamente, las distancias, pero las enfermedades proseguían ensombreciendo la vida humana. La experiencia del siglo XIX enseñó al hombre que los caminos de la ciencia y de la felicidad no son paralelos. Que, quien añade ciencia, añade dolor. Fué una amarga enseñanza, un desilusionado despertar. Y si el hombre no se volvió airado contra la ciencia —al fin y al cabo, ésta continuaba su serie de asombrosos descubrimientos— al menos perdió la veneración y el respeto que había sentido por ella.

Yo no recuerdo época más singular a ésta que estoy describiendo, que la de la decadencia del mundo antiguo. Tampoco aquí la admirable cultura elaborada por griegos y romanos en el curso de seis siglos, había servido para hacer más soportable la vida del hombre. En muchos conceptos, al revés, era ahora la vida más difícil. Nada tiene, pues, de extraño que se hiciera, cada día más, notar la reacción contra el saber, sobre todo contra aquellas formas de saber que parecían más inútiles, más alejadas del tema vital del hombre, por ejemplo las formas del saber físico o cosmológico. Ya en Sócrates se nota su claro desvío por los problemas físicos y una vuelta de la atención al conocimiento de lo humano. La misma tendencia se observa en las escuelas filosóficas de los estoicos, de los epicúreos, de los cínicos, de los escépticos, etc. El alma desilusionada del hombre antiguo necesitaba una nueva creencia con que substituir el derrumbamiento de su fe en la ciencia. Y encontró esa creencia en la doctrina consoladora del cristianismo. Esta ofrecía una tentadora fe-

licidad futura para compensar las miserias y desventuras del presente. El cristianismo fué, pues, la salidad a la crisis y a la gran tragedia espiritual de la civilización clásica en decadencia. Pero una doctrina así podía prosperar en las almas cándidas de los sencillos pescadores judaicos, pero no podía ser la solución para las almas amargadas, escépticas y cargadas de historia, de los hombres de hace 50 o 70 años. Fué entonces cuando los hombres volvieron, de nuevo, esperanzados los ojos hacia la filosofía, para que ésta sirviera de salvación o, al menos, de consuelo, como lo había sido en otras épocas de la historia.

La crisis, pues, que comienza a dibujarse en el último cuarto de siglo de la centuria pasada, es el castigo que pagaron los hombres y que aun estamos pagando, por los errores del intelectualismo exagerado de la civilización moderna. Pero nuestro análisis no quedaría completo, si, junto a lo ya dicho, no hiciéramos mención de otros hechos que tendieron, en el siglo XIX, a ahondar la distancia, la separación entre la ciencia y la vida.

La ciencia que primero entró en bancarota fué la de los fenómenos económico-sociales, la Economía Política. Aquí, la experiencia del siglo XIX se encargó de demostrar que las conclusiones optimistas de los creadores de esta disciplina habían sido demasiado precipitadas. Ya incluso algunos economistas de la escuela clásica vieron que las leyes de la vida económica traían consigo, en lugar de armonía, pugnas y contradicciones, por ejemplo, David Ricardo. Pero sobre todo sirvió para desacreditar las conclusiones de la economía liberal el fenómeno de las crisis económicas. Frente a la concepción de J. B. Say, que negaba la posibilidad de una crisis general de superproducción, la historia fué demostrando, a intervalos de diez o doce años, que las conclusiones *a priori* van bien cuando se trata de indagar las propiedades de los seres matemáticos, por ejemplo, pero que no ofrecen igual grado de exactitud en la determinación de las leyes económico-sociales. Hubo, pues, que modificar los métodos y el plan de la Economía. De ciencia *a priori*, deductiva, abstracta, se convirtió en histórica, inductiva, concreta. El Romanticismo, en su oposición a los excesos del racionalismo, creó la Economía Histórica y Nacional —A. Müller, F. List, etc.— como había creado, frente al derecho natural y abstracto, la escuela histórica del derecho de Savigny.

Los desequilibrios entre la producción y el consumo iban siendo

cada vez mayores, las crisis más hondas y generales. Las máquinas y la técnica, en lugar de procurar el bienestar humano, se ofrecían a las mentes desilusionadas de los hombres como un factor de paro y de miseria social. El industrialismo en gran escala dió lugar a la aparición del proletariado como clase social. La contradicción de intereses entre las clases, observada sin hipocresía y explicada teóricamente por un economista millonario como Ricardo, daba lugar a la baja cuantía de los salarios y a la formulación de teorías sobre los mismos, tal la de Lassalle, profundamente pesimistas. Se separan las clases sociales en oposiciones de interés. Surgen las primeras organizaciones obreras y los primeros teóricos, más o menos románticos y utópicos, por emplear la denominación clásica, puesta en boga por Carlos Marx, del socialismo. La sociedad se va escindiendo cada día más y, junto con los intereses contrapuestos, aparecen las distintas ideologías. Queda incumplida la divisa que había servido para encender de entusiasmo los corazones del pueblo que había hecho la Revolución Francesa. De la libertad, igualdad y fraternidad, sólo se mantiene, a medias, la primera. La igualdad, que había sido defendida en las barricadas y en los campos de batalla, por lo que la palabra encierra de sentido económico, queda despojada del mismo y reducida a una hipotética igualdad jurídica de los hombres ante la ley. El libre cambio de productos entre las diversas naciones, que había sido defendido teóricamente por los economistas clásicos ingleses y puesto en práctica por el gobierno de su país, porque favorecía a la nación más desarrollada industrialmente, que era precisamente Inglaterra, es combatido por otras naciones, Alemania principalmente, que, de país predominante agrícola, aspiraba también a industrializarse. L. List es quien batalla incansablemente por un sistema proteccionista que permita en su país el nacimiento y desarrollo de nuevas formas de vida económicas. Pero a medida que Alemania se industrializa, va creciendo la tensión entre este país e Inglaterra por la conquista de nuevos mercados mundiales y creándose una atmósfera de celos y competencias que conduciría inevitablemente a la crítica situación de los años que precedieron a la primera conflagración mundial.

Se separan las clases sociales, se enemistan los grandes Estados europeos, poseedores ahora de todos los poderosos elementos de destrucción que fué creando la técnica científica de los siglos XIX y XX. Los hombres perspicaces de estos tiempos empiezan a mirar con cierta prevención el futuro. Se recuerda la paradoja de Rousseau de que

la civilización es un factor de decadencia. Y en consecuencia, se añoran los buenos tiempos del pasado. La edad de oro, ese mito de todas las civilizaciones y pueblos, se coloca de nuevo en el pasado, como entre los griegos y los cristianos medioevales. Frente al progreso ininterrumpido de los siglos XVI al XVIII, comienza a verse la historia de la humanidad como una caída, como una decadencia y se prepara así el clima espiritual para el éxito de la obra de Spengler.

La población de Europa asciende vertiginosamente de 180 a cerca de 500 millones en el espacio de unos 150 años. Esto trae consigo una serie de problemas. La técnica moderna y las facilidades que trae consigo el nuevo mercado mundial es lo que origina este curioso fenómeno demográfico. La producción en serie, la división del trabajo y su racionalización, el cultivo intensivo, los abonos, etc., son factores que intervienen en este crecimiento de la población en el viejo mundo. Pero, a pesar de todo ello, la vida en los grandes centros de Europa se va haciendo cada vez más difícil. Surge un nuevo tipo de hombre en tensión, preocupado, que trabaja noche y día para triunfar de la competencia que le presentan otros hombres innumerables, también activos e industriuosos. Cambian las valoraciones. Si en el siglo XVIII se había estimado el intelecto, la razón, en el XIX el sentimiento, ahora se va a valorar, fundamentalmente, esa otra facultad del hombre que es la voluntad. El sabio del XVIII y el artista, el poeta romántico del XIX, como tipos idealizados de las latentes aspiraciones de la sociedad, van a dejar paso a un nuevo ídolo, el hombre de empresa, el hombre de acción, que lucha con la competencia del medio, sube y triunfa hasta convertirse en el poderoso financiero o empresario, que impone su voluntad a cientos y cientos de hombres. Federico Nietzsche había sido ya, en Alemania, el apóstol de estos nuevos tiempos, con sus críticas despiadadas al sentimentalismo cristiano, su defensa de una transmutación de todos los valores humanos y su apología de la energía, de la voluntad y la fuerza como valores vitales fundamentales del superhombre del mañana. Su pragmatismo —no me interesa la verdad de los juicios, sino si éstos son o no útiles para la vida, dice— encuentra eco en W. James que no por una coincidencia es norteamericano. Norteamérica, país de escasos intelectuales y más escasos artistas, pero de formidables hombres de acción, encuentra su primera filosofía en una concepción epistemológica para la cual el criterio esencial de la verdad de un juicio es el éxito y la utilidad.

Todo este clima espiritual de desconcierto, angustia, desesperación y febril actividad que estamos tratando de presentar al lector, se diferencia esencialmente de la situación de certidumbre y seguridad en que se hallaba el hombre del XVIII. Y como la necesidad de ideas firmes en que apoyarse, de creencias, dice Ortega y Gasset, es inherente a la naturaleza humana, de ahí esta afanosa búsqueda por un saber de salvación, característica de nuestra época.

El propio desarrollo interno y progreso de las ciencias positivas, contribuyó también a sembrar el desconcierto en la mente de los hombres. Las más importantes ciencias sufrieron crisis internas y profundas transformaciones que afectaron, tanto a su contenido, como a sus métodos de investigación. Así, la Física clásica, tal como había sido construida por Galileo y Newton, se modifica revolucionariamente al comenzar el siglo XX. Max Plank con su teoría de los *cuanta* de acción, invalida el viejo principio de que la naturaleza no hace nada a saltos. Alberto Einstein, con su teoría de la Relatividad, deshace muchas de las viejas ecuaciones de la Física clásica y obliga a replantearse de nuevo los conceptos fundamentales de masa, energía, espacio, tiempo, luz, etc. El carácter corpuscular de la luz al emitirse, fotones, y su carácter ondulatorio al navegar por el espacio, de acuerdo con el descubrimiento de Fresnel en el siglo pasado y las modernas concepciones de la mecánica ondulatoria —de Broglie y Schraedinger— obliga al pensamiento moderno a hacer esfuerzos por tratar de conciliar conceptualmente dos aspectos de la realidad física, al parecer irreconciliables y contradictorios. El propio concepto de causalidad, tan esencial para la ciencia física y para las leyes de la naturaleza que fué lo que sacó a Kant, según propia confesión, de su "sueño dogmático", ante la crítica escéptica de Hume, peligra de nuevo con el principio de incertidumbre de Heisenberg. El azar vuelve a jugar su papel como en algunas de las viejas cosmologías griegas y las leyes de la naturaleza valen ahora como meras aproximaciones fundadas en el cálculo de probabilidades.

La Biología también sufre su correspondiente crisis metodológica. La importancia de los resultados obtenidos por las ciencias físico-químicas, trajo consigo la elevación del prestigio de los métodos privativos de estas ciencias. Se quiso entonces generalizar y aplicar a todos los dominios del ser la inducción, el experimento y la formulación de leyes con ayuda de las matemáticas. Los biólogos, basándose

en una concepción filosófica monista y, la mayor parte de las veces, materialista, se esforzaron, durante el siglo XIX, por explicar el fenómeno de la vida, reduciéndolo a una especie de realidad producida por estructuras complicadas de la materia. Un afán de simplicidad llevaba al intento de hacer depender lo orgánico de lo inorgánico. La no transmisibilidad, por herencia, de los caracteres adquiridos en el curso de la vida individual, el descubrimiento de las leyes de Mendel y de la base física, somática, de los caracteres hereditarios —genes y cromosomas— todas estas cosas, digo, obligaron a repensar la clásica teoría de la evolución de Carlos Darwin. Frente a la concepción de que el medio modifica las especies —Lamarck— algún biólogo moderno ha sostenido la contraria tesis de que cada organismo y especie se crean su medio propio, por ejemplo, von Uexküll. Y determinados experimentos llevaron también a distinguidos biólogos e incluso pensadores —tal H. Driesch— a la afirmación rotunda de que el fenómeno de la vida es completamente irreductible a las leyes que rigen la materia físico-química y que, en los seres llamados orgánicos, además de la materia, hay energías, fuerzas vitales de carácter teleológico, finalistas, que conforman y determinan la aparición de la vida. Surgen en Biología las corrientes vitalistas y neo-vitalistas.

Me he referido con preferencia a estas dos ciencias fundamentales, Física y Biología, pero lo mismo podríamos hacer en otras disciplinas del saber humano. Veríamos aquí también, cómo el siglo XX ha traído consigo cambios, revoluciones, en el planteamiento y solución de los problemas propios de cada ciencia. El resultado ha sido que las ideas básicas del pasado han perdido vigencia para el hombre actual y, como siempre que una cosa parecida ocurre, tal situación ha traído la desorientación al hombre, la falta de fe, la inestabilidad, en una palabra, el escepticismo y la crisis espiritual. Pero el hombre no puede vivir en esta situación. Necesita de ideas firmes en que apoyarse y en que creer. De ahí, que el hombre moderno haya vuelto, ahora como otras veces en el pasado, los ojos hacia la filosofía en busca de una radical y absoluta contestación a los últimos y más elevados problemas. No otro, a mi juicio, es el origen de esa sensibilidad para lo filosófico, característica fundamental del ambiente espiritual de nuestro tiempo, que he intentado explicar en el presente capítulo.

2.—CARACTER FUNDAMENTAL DE LA FILOSOFÍA ACTUAL

Si se me pidiera que, en breves palabras, sintetizara la nota esencial de la filosofía contemporánea, la de nuestros días, frente a la filosofía (?) del positivismo, yo diría que se caracteriza por el **enriquecimiento gradual de la idea del mundo.**

El positivismo decretó la eliminación de lo trascendente, de la "cosa en sí" kantiana, como un residuo del pensar precientífico del período metafísico de la humanidad. La máxima fundamental del positivismo es atenerse a lo dado. El espíritu, llegado a la madurez del estadio positivo, rechaza, como improcedentes, anticientíficas e incognoscibles, todas las cuestiones relativas a la esencia y causa de los objetos. El espíritu sólo puede conocer los "hechos positivos", la "experiencia pura", los contenidos inmanentes de la conciencia, lo "dado" a la conciencia inmediatamente. La labor de la ciencia consiste en establecer las relaciones habituales entre las cosas y tratar de sintetizar en el menor número posible de leyes esas relaciones dadas en la experiencia. Por la interna necesidad de sus exigencias metodológicas, el positivismo renuncia a toda transcendencia. Lo real es la conciencia, mejor dicho no la conciencia, como si ésta fuera alguna cosa separada e independiente de cada uno de sus momentos, es decir, de las vivencias. La conciencia es más bien, para el positivismo, como para W. James, la corriente de vivencias de la conciencia. Y junto con la corriente de la conciencia, los contenidos de cada una de las vivencias de la misma. Toda conciencia posee un contenido. La conciencia es siempre "conciencia de". Ahora, ese algo, contenido de la conciencia, es siempre inmanente a ella y la pregunta de si tiene una existencia allende, separada de la conciencia, es una pregunta que carece de contestación científica. Es pura metafísica y ésta es el "enfant terrible" del positivismo. El positivismo lleva, pues, a la negación de un yo y de unas cosas substanciales. La única realidad es la conciencia, en el sentido explicado más arriba. Pero las vivencias se pueden reducir a sensaciones. Los psicólogos tradicionales habían hablado de un yo sustancial, de un alma, compuesta de diversas facultades, intelecto, sentimiento, voluntad. El positivismo reduce toda la vida psíquica a sensaciones. La percepción es un compuesto de sensaciones actuales y pretéritas conservadas en la memoria. Y lo mismo podría decirse de todos los fenómenos psíquicos. Los últimos elementos de que se compone toda realidad son las sensaciones. "Los

recuerdos, representaciones, sentimientos, voliciones, conceptos, se construyen con los rastros que dejan las sensaciones", dice un representante extremo del positivismo, el físico y pensador E. Mach.

La imagen, pues, del universo queda enormemente empobrecida con el positivismo. La filosofía, en lo que va de siglo, ha reaccionado contra esto y cada una de sus conquistas, cada hito o momento fundamental en su desarrollo, significa, como decíamos, un enriquecimiento de la idea del mundo.

3.—BERGSON Y LA RESTAURACION DE LA METAFISICA

La filosofía de Bergson representa un enriquecimiento del mundo en cuanto admite la posibilidad del conocimiento de una realidad trascendente a la conciencia y, por tanto, de la Metafísica. Un enriquecimiento también por cuanto esa realidad trascendente se divide en dos campos: el orgánico y el inorgánico. Y finalmente, porque, para cada uno de estos aspectos de la realidad, existen también modos cognoscitivos diferentes.

Bergson reacciona contra el monismo naturalista del siglo XIX, contra el materialismo y su intento de explicar la realidad toda conforme a los métodos de las ciencias físico-matemáticas. En su primera obra fundamental, "Los datos inmediatos de la conciencia", combate a quienes han intentado aplicar estos métodos al campo de lo psíquico, de la conciencia. Se acostumbra a decir que las sensaciones se diferencian por la cualidad, la cantidad y el tono sentimental. El rojo y el verde, o el rojo y el do de un piano son sensaciones cualitativamente diferentes. En cambio, los diversos matices de rojo, o las diversas sensaciones de presión que experimentamos a medida que nos van poniendo sobre la mano uno, dos, tres, cuatro, etc. kilos, se diferencian cuantitativamente. Son **la misma** sensación, más o menos fuerte. Weber y Fechner intentaron formular leyes sobre el aumento cuantitativo de las sensaciones en relación con los estímulos.

Bergson se opone a esto terminantemente. Para que este intento tuviera éxito se requeriría que entre los métodos de las Ciencias Naturales y el objeto de la Psicología, la conciencia, hubiera alguna especie de similitud, de parecido. La cantidad, la medida, lo divisible, todo esto pertenece a la materia, pero en modo alguno a la concien-

cia. Las sensaciones no son más o menos intensas. Cuando afirmamos que existen dos sensaciones cualitativamente iguales pero de distinta intensidad, lo que en realidad tenemos son dos sensaciones completamente distintas. Me pinchan en la epidermis con un alfiler. Al principio, tengo un leve contacto; luego, un ligero dolor; más tarde, un dolor mucho más intenso que va creciendo sin cesar. Pudiera creerse que se trata aquí de la intensidad creciente de una sensación en el fondo única. Pero la realidad es muy otra. "La sensación no crece, sino que a la primera se añade una segunda, una tercera. Primero duele un punto en la epidermis; luego duelen los puntos adyacentes. El dolor, irradiándose, puede llegar al brazo. No es una sensación única que va aumentando, sino una multitud de sensaciones diferentes que se están fundiendo y confundiendo. El aumento de dolor no es como una nota de la escala musical, que se hace cada vez más sonora, sino como una sinfonía, en donde se dejan oír instrumentos cada vez más numerosos." (La Filosofía de H. Bergson.—Manuel García Morente. Página 77).

Bergson analiza en su libro diversos tipos de vivencia en las que parece haber un aumento de intensidad, para concluir que "en todas ellas ocurre lo que en el esfuerzo muscular, es decir, que cuando creemos sentir una sensación intensificada no es porque la sensación haya crecido, sino porque una segunda sensación ha sobrevenido con nuevas cualidades específicas a enriquecer en matices varios el primitivo estado de la conciencia". (Idem. Página 76).

Los análisis de Bergson le llevan a una nueva concepción de la conciencia. Esta no puede ser captada por la inteligencia. La inteligencia materializa, mata, todo aquello que cae bajo la red de sus conceptos. Por medio de los conceptos se aprehenden las relaciones, lo que una cosa tiene de común con las demás. La esencia íntima de las cosas individuales se escapa y es incapaz de ser captada por los conceptos de la inteligencia. A la conciencia, a su verdadero ser, llegamos por medio de la intuición.

A lo largo de la Historia de la Filosofía, la Metafísica y la Teoría del conocimiento han estado en íntima relación, se han implicado mutuamente. Generalmente, la posición epistemológica del pensador ha estado en función de su concepción metafísica. Por lo menos hasta Kant. El giro copernicano de su filosofía va a consistir justa-

mente en eso. Ahora va a ser la Teoría del conocimiento la disciplina previa que fundamenta incluso el ser de los posibles objetos de conocimiento. El racionalismo de Platón tiene su fundamento en el ser inmutable, necesario y eterno de sus Ideas. El intelectualismo de Aristóteles o de Santo Tomás, en la común concepción de que el ser verdadero, la sustancia, la οὐσία, reside en lo individual. Pero como ésta se compone de materia, ἕλη, que es el principio de individualización y de μόρφη, que es lo general, lo común a las diversas cosas de una misma especie, la Idea en suma de Platón que inside ahora, reposa, en las cosas individuales, de ahí que ambos pensadores tengan que reconocer, en función de su metafísica, dos principios o facultades del conocimiento: La sensibilidad y el entendimiento. La primera capta el ser, que es individual y la segunda separa, abstrae, el εἶδος, lo general que informa la materia.

Para el ser Uno de Plotino, no aprehensible ni por la sensibilidad ni por el entendimiento, éste tiene que crear una nueva facultad de conocimiento. Y, en efecto, su Uno del cual proceden, por emanación, todas las cosas, el νοῦς, espíritu, la ψυχή τοῦ παντός, alma del mundo y finalmente, la materia, sólo se puede captar por medio de un éxtasis, que había de dar lugar a toda la mística religiosa medieval y moderna.

En el idealismo alemán, el yo de Fichte, lo Absoluto de Schelling o el devenir de la idea hegeliana, tampoco pueden ser conocidos por medio del conocimiento sensible o intelectual. La realidad radical de lo Absoluto sólo puede ser aprehendida por medio de una intuición intelectual. Para el nuevo ser ontológico de los valores, los axiólogos han tenido que encontrar un instrumento adecuado de conocimiento: El sentimiento.

He querido multiplicar los ejemplos para que se comprenda que la hazaña de Bergson no es nada insólito en la Historia de la Filosofía. Bergson, como hemos dicho, cree descubrir una nueva realidad metafísica. La conciencia, cambiante, huidiza, fluyente, es inasequible a la inteligencia. Sólo puede ser captada por medio de una intuición. La intuición conoce la conciencia como pura duración, move-diza, compuesta de múltiples partes, no exteriores como las cosas del mundo, sino indivisas, compenetrándose, fundiéndose unas con otras. En esta realidad metafísica de la duración, el pasado se compenetra

con el presente. La duración no es en el tiempo, sino que ella precisamente es el tiempo. Bergson tiene, pues, que distinguir dos clases de tiempo: El tiempo de los físicos y el tiempo de la duración, de la *durée réelle*. Sólo éste es real, mejor, es la realidad. El otro, el tiempo de los físicos, es a manera del lugar —espacio— de la sucesión, de una sucesión en donde sus partes quedan separadas unas de otras. La inteligencia desconoce esta duración real en la unidad de un yo y la serie de estados en que esa unidad se desenvuelve. Pero mediante la intuición captamos el ser absoluto de la duración real.

La intuición capta lo individual íntimamente, como sería incapaz de hacerlo el concepto. Déseme la descripción de una ciudad, todo lo completa que se quiera. No valdrá toda ella, para el conocimiento del objeto, lo que un minuto de intuición sensible de la misma.

Cuando calamos en lo más hondo de nuestro ser, por medio de la intuición, nos reconocemos, pues, como duración real. Ahora, en Bergson, como en Schopenhauer, el camino del yo y de la introspección conduce al conocimiento de la auténtica esencia de la realidad que se enfrenta a nosotros y constituye nuestro mundo. En Schopenhauer la verdadera realidad del mundo es la voluntad y aquí también, en Bergson, la esencia del universo está constituida por una vida cósmica que se desenvuelve libremente a impulsos de un aliento vital (*élan vital*).

La oposición al materialismo y naturalismo del siglo XIX es completa. Lejos de explicarse la vida por la materia, como quería aquel, en Bergson, coincidiendo en esto con algunas de las sugerencias fundamentales del idealismo alemán, por ejemplo en Schelling, la materia procede de la vida y lo inorgánico de lo orgánico. La materia viene a ser como el residuo, las cenizas que deja tras de sí ese aliento vital. Se renueva así la vieja concepción neoplatónica de la materia como opuesta al verdadero ser y, sin embargo, procedente de él, de tal modo que, en el fondo, a pesar de la oposición, coinciden. En la materia no está completamente apagado el fuego del impulso vital. También en la materia hay vida latente, como entre las cenizas de un fuego apagado tiempo ha, subsiste quizá la chispa capaz de provocar un nuevo incendio. La materia es como un peso, lastre, que se opone al libre impulso creador de la vida. Hay una dinámica, una tensión entre materia y vida. Como en el genial Herá-

clito también aquí la oposición, la lucha —*πολεμῶς*— entre los contrarios, crea las condiciones necesarias para el universo en que vivimos. La vida es a manera de un haz de luz que irradia de un centro, expandiéndose en lucha con las resistencias que le opone la materia. Y como el impulso vital que la mueve es un libre impulso creador, la vida se ramifica en mil creaciones distintas, sin un fin y menos una pluralidad de causas que la guíen. Ni mecanicismo, ni teleología, sino libre impulso creador; pero no libertad que actúe en vista de un fin que realizar, de unos motivos, lo que destruiría la misma libertad, sino libre invención de nuevas situaciones de un aliento vital que se distiende. Vegetales, animales, en sus miles de variedades, inteligencia, instinto, son **invenciones** de una libre evolución creadora.

No se trata, en estos ligeros apuntes, de hacer una exposición sistemática de la filosofía, tan rica en sugerencias, del gran pensador francés. Tan sólo hacer hincapié en algunos de los motivos fundamentales de su obra. Aquellos en que ésta aparece como una decidida repulsa de las ideas vigentes en el siglo XIX. Se comprenderá fácilmente, por lo ya expuesto, que la filosofía de Bergson encontró gran eco en amplios sectores de la opinión pública, así como en vastos sectores del campo científico. A ello contribuyó grandemente la hermosa y brillante prosa del pensador, tan rica en imágenes, acertadas comparaciones, atrevidas metáforas. El movimiento neocatólico vió con simpatía la defensa bergsoniana de la libertad frente al determinismo, del vitalismo frente al materialismo, de la posibilidad de un conocimiento último de la realidad, frente al escepticismo metafísico del positivismo. Su obra igualmente fué vista con simpatía en los círculos científicos defensores del vitalismo y neovitalismo.

Resumiendo: Por su intento de restauración de la Metafísica, por la defensa de la libertad, por su ensayo de buscar un nuevo instrumento de conocimiento, la intuición como opuesta a la inteligencia, por centrar el tema de su filosofía en el problema de la vida, por sus análisis originalísimos de la idea de tiempo, etc., la obra de Bergson señala un momento decisivo en la restauración de la Filosofía actual.

4.—BRENTANO Y LA FILOSOFÍA DE LOS VALORES

Francisco Brentano es uno de los pensadores que, en su tiempo, vivieron más o menos obscuramente, para sólo adquirir fama y reco-

nocimiento universal de sus indudables méritos al cabo de los años, cuando sus ideas, retocadas por algunos discípulos geniales, se extendieron y triunfaron rápidamente. Pertenece, pues, a la estirpe de Kierkegaard, de Schopenhauer, de Dilthey. Ortega y Gasset dice a este respecto: "Las ideas de Brentano sobre psicología y ética no consiguieron prender en el siglo XIX, y, en cambio, en la forma que las han dado sus discípulos —Husserl, Meinong, Marty, etc.— han triunfado rápidamente en los pocos años del siglo XX que van corridos. ¡De tal modo son los siglos como climas favorables o adversos a determinadas simientes ideológicas!"

El redescubrimiento genial de Brentano —ya la escolástica había tenido conciencia de ello— consiste en algo tan simple como afirmar que el carácter específico de la conciencia no reside sino en la *intencionalidad*, en la referencia intencional a algo que no es ella misma. Esta afirmación, al desarrollarse en los discípulos de Brentano, ha dado lugar a la moderna Fenomenología y a la Filosofía de los Valores, la cual ha revolucionado la manera tradicional de concebir algunas disciplinas filosóficas como la Ética y la Estética.

Brentano se planteó en su "Psicología desde un punto de vista empírico", el problema de encontrar un criterio diferencial entre los fenómenos físicos y psíquicos.

Va examinando las diferentes soluciones que los psicólogos y pensadores han dado a este problema, discutiéndolas, aceptando lo que tienen de exacto y el punto por donde pueden ser atacadas y puestas en duda, para acabar afirmando que el carácter que distingue mejor a los fenómenos psíquicos es "lo que los escolásticos de la Edad Media han llamado la *inexistencia intencional* (o *mental*) de un objeto, y que nosotros llamaríamos, si bien con expresiones no enteramente inequívocas, la *referencia a un contenido*, la *dirección hacia un objeto* (por el cual no hay que entender aquí una realidad), o la *objetividad inmanente*. Todo fenómeno psíquico contiene en sí algo como su objeto, si bien no todos del mismo modo. En la representación hay algo representado; en el juicio hay algo admitido o rechazado; en el amor, amado; en el odio, odiado, en el apetito, apetecido, etc." (Brentano:— Psicología).

Brentano se imagina el mundo compuesto de cosas, entre las

cuales, algunas, las conciencias, tienen la curiosa nota peculiar de referirse a las demás. Mientras la mayoría de las cosas son, como Leibnitz decía de las *mónadas*, sin puertas ni ventanas, es decir, están encerradas dentro de sí mismas, sin que su ser apunte, se refiera a nada ajeno, la conciencia, como ser, está siempre en relación con las demás cosas. Esta relación consiste en la maravilla de que, sin que la conciencia ni las cosas dejen de ser lo que son, aquella posee, se represente éstas y sobre la base de la representación, las juzgue, las apetezca, las ame o las odie, pues con arreglo a lo que se denomina principio de Brentano, todo fenómeno psíquico es una representación o se funda en una representación.

Esta concepción de la intencionalidad de la conciencia ha sido modificada por sus discípulos, principalmente por el creador de la Fenomenología, E. Husserl. Todavía, Brentano se mueve dentro del espíritu clásico de considerar a la conciencia y a las cosas como substancias. La conciencia es una substancia que tiene la propiedad originalísima y fundamental de referirse a las demás, haciéndolas en cierto modo suyas mediante la representación. La estructura de la conciencia constaría de dos momentos: Primero, la conciencia, es; segundo, la conciencia se dirige, intente, hacia las cosas. Para Husserl, esta concepción es falsa. La conciencia no tiene un ser previo a su referirse a, a ese trascenderse. La conciencia no es nada sin estar refiriéndose a algo, a un objeto, real, ideal o imaginario. Una conciencia que no fuera conciencia de, sería nada. Así hay que entender la definición de Sartre —que sigue los finos análisis de Husserl en lo fundamental—, cuando dice que la conciencia es el ser que para ser lo que efectivamente es, tiene que ser lo que no es. Y no se trata de un juego de palabras, aunque haga pensar en ello el aspecto de paradoja de la definición. En efecto, yo percibo ahora este papel sobre el que escribo. Mi conciencia, ella, no es nada sino conciencia de papel. Para ser algo necesita ser conciencia de papel, es decir, una cosa que no es ella misma.

Pero si la conciencia no es una substancia que entra en relación con un objeto, con existencia anterior, previa a esta toma de contacto, tampoco el objeto es nada fuera de término intencional de una conciencia actual que lo piensa o lo representa, lo odia o lo ama. Si el objeto fuera exterior a la conciencia, ¿cómo se establecería la

relación entre la conciencia y la cosa? Tendríamos que acudir a un desdoblamiento del mundo de los objetos. Por un lado, la cosa real, exterior a la conciencia; por otro, la cosa en la conciencia. Lo que Aristóteles denominó *φαντάσμα*, el "objeto mental" o intencional de los escolásticos. Habría un afuera de la conciencia, en donde residen las cosas reales y un adentro de la conciencia, sede de las especies, de las imágenes. Pero, por los adverbios, se comprenderá claramente que este punto de vista supone considerar a la conciencia como una cosa real, física, con una superficie que limita lo interno y lo externo. En una palabra, la filosofía tradicional, al pensar lo psíquico como substancia, lo hace por analogía del ser real físico. Esta es la objeción fundamental que Husserl hace al por otra parte genial descubrimiento cartesiano del *cogito*. Haber interpretado la "res cogitans" como cosa, como substancia, como un receptáculo, por consiguiente, dentro del cual, misteriosamente, se introducen unas especies de fantasmas o dobles de las cosas: las imágenes. Imágenes que, por lo mismo, continúan siendo consideradas también, en el fondo, como cosas, a la manera de los simulacros — *εἰδῶλα* — de la vieja escuela atomista griega, como ha demostrado J. P. Sartre en su obra "L'Image".

Ni sujeto ni objeto. La realidad es la conciencia trascendiéndose, teniendo por objeto intencional algo que ella no contiene en si misma como perteneciente a su constitución. "Este tener intencional es precisamente la cualidad fundamental de la conciencia, el prodigio de los prodigios", como dice T. Celms. (El Idealismo fenomenológico de Husserl.— Página 45). "La vida de la conciencia es la vida en presencia del ser" (Joaquín Xirau —La Filosofía de Husserl.— Página 138).

Brentano, en su *Psicología*, intenta una clasificación de los fenómenos psíquicos. Rompe con la clasificación tradicional de las actividades psíquicas en conocimiento, sentimiento y voluntad. Esta división tripartita había sido realizada, a mediados del siglo XVIII, por Mendelssohn y popularizada por la inmensa autoridad de Kant que la siguió y la adoptó como base para la realización de sus tres críticas. Brentano los clasifica también en tres grupos: Representaciones, juicios y fenómenos de amor y odio. Restaura así, como él mismo reconoce en su libro "Del origen del conocimiento moral", una antigua clasificación de Descartes. Este, en sus *Meditaciones metafísicas*, los había llamado *ideae*, *judicia* y *voluntates sive affectus*.

Esta clasificación tripartita se base en los distintos modos como la conciencia se refiere intencionalmente a los objetos, o como el ser de los objetos se aparece ante la conciencia. En la mera representación los objetos se limitan a hacer actos de presencia, podríamos decir, ante la conciencia. En los juicios, esos mismos objetos se me aparecen como afirmando yo algo de ellos y en los fenómenos de amor y odio como agradables o desagradables. Ahora bien, en la dinámica de la conciencia, a estos tres grupos de fenómenos psíquicos, corresponden tres modos o formas diferentes de referencia intencional de la conciencia y, paralelamente, tres modos de constituirse el ser ante la misma. Claro que Brentano no sacó claramente esta consecuencia, porque, como decíamos más arriba, él todavía se mantiene en la creencia realista de la existencia de objetos transcendentales a la conciencia, los cuales, por consiguiente, no varían, permanecen los mismos sea cual fuere la manera como la conciencia tienda, se refiere a ellos. Pero en Husserl el ser no es ajeno, transcendente a la conciencia. Tampoco es inmanente, sino que se constituye como correlato intencional de la conciencia a cada acto de referencia de la misma. Para Husserl es un postulado que a cada acto de referencia corresponde un contenido objetivo específico. Husserl denomina noesis, al acto intencional y noema al contenido objetivo. No hay, pues, un objeto siempre el mismo, al cual la conciencia pueda referirse de distintas maneras. En cada caso, a cada intención, acto de referencia, el ser se constituye de diferente manera.

Hemos tenido que explicar lo que antecede, para que el lector asista ahora, comprendiéndolo, al nacimiento de la moderna Filosofía de los Valores. Pongámonos en el caso de los fenómenos de amor y odio. Cuando la dinámica de la conciencia actúa amando u odiando algo, este algo no es el objeto básico de la mera representación, al que luego se añade, subjetivamente, el amor o el odio hacia él, sino que aparece ante la conciencia como "objeto valioso". El acto de referencia de amor o agrado, trae consigo la aparición del objeto, como digno de ser amado o agradable. En la representación el objeto se presenta simplemente como objeto, bien percibido, imaginado, representado, etc., lo que Husserl denomina "tesis" del noema. En el amor, aparece como "objeto valioso". Esta cualidad de valioso es tan objetiva como el propio objeto intencional de la conciencia, cuya es dicha cualidad. Así como la silla, el triángulo o el número siete aparecen como correlatos intencionales de mi conciencia en otros tantos actos

—Husserl denomina acto en las Investigaciones Lógicas a toda vivencia intencional— así también aparecen lo justo, lo bello, lo malo, como lo objetivamente dado a la conciencia en determinados actos o vivencias intencionales de la misma.

Ya Brentano, sin darse cuenta de las consecuencias que traería consigo el desarrollo de su doctrina, en su breve pero denso librito "El origen del conocimiento moral", polemiza con el jurisconsulto positivista Ihering, quien, como tal, había negado la existencia del Derecho Natural y de Gentes. Brentano distingue dos sentidos del Derecho Natural: Primero, "puede querer decir: "Dado naturalmente", "innato", por oposición a lo que se adquiere mediante deducción o experiencia, en evolución histórica. Segundo, puede significar también —en oposición a lo arbitrariamente determinado por soberano decreto positivo— la regla que en sí y por sí, y por su naturaleza, es cognoscible como justa y obligatoria." (El origen del conocimiento moral.— Página 17).

Brentano está conforme con Ihering en negar el Derecho Natural en el primer sentido, pero en cambio defiende el segundo, lo cual quiere decir que los conceptos de justo, injusto, bueno, malo, etc., tienen un fundamento objetivo y no son el resultado de valoraciones subjetivas. En una palabra, las cosas no son buenas, porque a nosotros nos gusten, sino a la inversa, nos gustan y nos agradas, porque son buenas. El aforismo de *gustibus non disputandum*, carece de valor en las cuestiones morales. De la misma manera que la evidencia subjetiva no fundamenta la verdad del juicio, sino que, a la inversa, es la justeza de la relación expresada por los términos del juicio lo que, normalmente, determina la evidencia interior, así también ocurre con los valores morales. E igual con los estéticos. No el agrado de la obra de arte es el fundamento de que la juzguemos bella, sino la belleza que no podemos por menos de reconocer lo que determina el agrado subjetivo.

Brentano defiende la objetividad de los conceptos morales en pugna dialéctica, ideológica, contra los representantes del hedonismo —de *ἡδονή*, placer— y tendencias afines. Lo bueno no depende de lo que a mí me parezca, sino que se me impone. Pero también rechaza la ética formalista de Kant y su imperativo categórico. Está conforme con Kant en que todo fundamento subjetivo es inválido, pues

no puede dar lugar a juicios morales universales y necesarios. Serían imperativos hipotéticos y no categóricos, pues la validez del juicio moral dependería siempre de un "si". Tal cosa es buena, si me agrada, si me causa placer, etc. Mas se opone a Kant por lo que éste tiene de formalista, es decir, por su creencia de que la moralidad radica en la forma de la acción y no en su materia. Para Kant, como es harto conocido, no había contenidos de la acción que fueran buenos o malos en sí. La bondad o maldad residía en la forma del acto, en la máxima de la acción. De ahí que el imperativo categórico no tenga la forma de: "haz tal cosa", sino "obra de tal modo, (no se especifica qué obra) que la máxima de tu acción pueda ser principio de una legislación universal". Los actos por su contenido, no son buenos ni malos, sino indiferentes.

Es de advertir que Brentano no habla para nada de valores. Su problema es la idea de Bien. El primero que se planteó el problema de los valores en toda su generalidad fué Aloys Meinong (Investigaciones psicológico-éticas para una teoría del valor), por cierto que fundándolos subjetivamente, en el agrado y desagrado. Hubo, por entonces, a finales del pasado siglo, una polémica famosa entre este pensador y Ehrenfels, de su misma escuela, quien intentó fundar los valores en la deseabilidad. (Sistema de una Teoría del Valor.—1898).

Quien llevó a sus últimas consecuencias las doctrinas de Brentano y construyó, por primera vez, una ética fundada en los valores, fué el pensador alemán Max Scheler, uno de los discípulos más geniales de Husserl, en su obra "El formalismo en la ética y la ética material de los valores".

No se trata ahora de hacer una exposición de la Filosofía de los Valores. El objeto de este capítulo y de este ensayo, en general, no es exponer la filosofía de los autores, sino mostrar, a ser posible, dónde radica la génesis, el origen de los temas y preocupaciones filosóficos que son hoy más de actualidad. Diremos sólo dos palabras.

Los valores constituyen, para los ontólogos modernos, una de las esferas de la realidad. Los ontólogos acostumbran a distinguir cuatro:

I.—La esfera del ser real. Esta esfera se divide en dos subesferas:
a) La del ser real físico y b) la del ser real psíquico. La característica

común a esta esfera del ser real es la temporalidad. Una piedra o una vivencia, una percepción, por ejemplo, duran, son en el tiempo. El tiempo transcurre por ellas limándolas, gastándolas. Ahora, lo psíquico es sólo en el tiempo, mientras que la piedra, además de ser temporal, existe también en el espacio.

II.—La esfera del ser ideal. Se caracteriza por la intemporalidad y la idealidad. Idealidad quiere decir aquí estar fuera de toda conexión de causas y efectos. A esta especie de ser pertenecen los objetos matemáticos, las relaciones y, para algunos pensadores, los valores y los pensamientos.

III.—Los seres suprasensibles o sea aquellos que están más allá de toda experiencia posible, pero a los que podemos llegar, quizá, por deducción a partir de las cosas que no son dadas en la experiencia interna o externa. Tenemos por último,

IV.—Los valores. Sus características principales son las siguientes:

- a) **Polaridad.**—Quiere decir que a todo valor positivo se opone uno negativo. Bueno, malo, bello, feo, útil, inútil, fuerte, débil. Quizá no haya palabras para expresar algún valor como opuesto a otro, pero éste siempre existe.
- b) **Jerarquía.**—Hay varias especies de valores: vitales, estéticos, éticos, religiosos. Existe una jerarquía entre estas clases o especies de valores, es decir, unas **valen** más que otras. Así el valor más infimo de la clase de valores superior, vale más que el valor más alto de la clase jerárquicamente inferior. Cualquiera que no sea ciego para los valores, comprende que los valores éticos son superiores a los estéticos, y, por consiguiente, que el valor belleza es inferior al valor justicia.
- c) **Tendencia a encarnarse en bienes.**—Los valores no tienen en sí esta tendencia, como una cualidad o nota de su ser íntimo. Los valores seguirían valiendo aunque no hubiese cosas en que encarnarse. No habría entonces cosas bellas, es decir, bienes —bien es la cosa encarnada por un valor— pero el valor belleza continuaría siendo en su pura idealidad. La tendencia es más bien el impulso humano a realidar los valores en cosas. El hombre siente este impulso como deber. El concepto de deber, que hasta ahora tenía un matiz o carácter ético, se amplía, pudiéndose ha-

blar con propiedad de deberes estéticos o lógicos. El impulso interior que nos arrastra a asentar a un juicio que se me ofrece con evidencia objetiva, o a realizar una obra bella cuando hemos intuito o estimado la belleza, son también formas del deber.

El Derecho, la Estética, la Ética, la Filosofía de la Religión, la Lógica, son otras tantas disciplinas que, en nuestros días, han sido modificadas e incluso construidas sobre nuevas bases por la teoría de los valores.

V.—Husserl y el reino ontológico de lo ideal

La obra de Husserl representa, desde mi punto de vista, la aportación más importante a la restauración de la Filosofía como ciencia. Husserl vió pronto las consecuencias trágicas que, para la ciencia, traía consigo el positivismo y, principalmente, una forma de éste, corriente en el siglo XIX, que ha sido llamada psicologismo. Este consiste, en pocas palabras, en la afirmación rotunda de que la Psicología es la ciencia fundamental, base de las demás ciencias, por cuanto que éstas son un conjunto de pensamientos sistematizados y los pensamientos, como fenómenos psíquicos que son, están sujetos a las leyes que para ellos descubre y estudia la Psicología. Claro que, desde Aristóteles, existía una ciencia, la Lógica, cuyo objeto era precisamente el estudio de las leyes y formas del pensamiento cierto. Pero, para los psicólogos, esta ciencia no era otra cosa sino un capítulo de la Psicología, aquel que estudia justamente las actividades y leyes del pensar.

Los lógicos del siglo XIX, algunos, no se conformaban con esta situación de subordinación de su ciencia a la Psicología. Trataban de arguir que, puesto que la Psicología, como ciencia que es, necesita hacer inferencias, razonamientos, etc., y el estudio de las leyes de estas cosas corresponde a la Lógica, la Psicología es más bien la que tiene que someterse a las leyes lógicas del pensar. Husserl comienza su obra, justamente, dentro de este clima de polémicas continuas entre logicistas y psicologistas. Cree hallar que la razón está de parte de los psicologistas. Pero ve, claramente, que el psicologismo es una forma de relativismo y que el relativismo —el intento de hacer depender la verdad de algo, en este caso, de la constitución y estructura de la mente humana— conduce inevitablemente al escepticismo. Bien

hagamos depender la verdad de la constitución especialísima de cada hombre particular, como quería Protágoras, bien de la constitución específica de la mente del hombre, como el psicologismo precisamente, bien de los diferentes círculos culturales, como quería Spengler, la conclusión en todos los casos es la misma. La verdad no es una y universal, sin condición. Dependerá de esto o de aquello y, por consiguiente, dejará de ser verdad en un sentido absoluto.

A Husserl le mueve el mismo deseo de hallar una ciencia universal, absolutamente válida, que ha movido a los más grandes filósofos de todos los tiempos. Platón lucha contra las consecuencias escépticas que creía se derivaban de la filosofía dinamista de Heráclito. Sus Ideas eternas son un invento que permite la construcción de una ciencia y de un saber absolutos sobre las mismas. El método de Descartes y la filosofía de Kant persiguen el mismo fin.

Husserl cree haber encontrado esta ciencia básica y fundamental en la llamada Fenomenología. Husserl la define como ciencia eidética descriptiva de las esencias de las vivencias de la conciencia pura. Estimo que la mejor manera de dar una idea, aunque sea elemental, de la filosofía de Husserl es partir de esta, al parecer, tan difícil definición y tratar de explicarla.

Tenemos, en primer lugar, el concepto de ciencia. Ciencia, en un sentido riguroso, es un conjunto de saberes sobre una determinada esfera de la realidad. Pero no basta; para que exista ciencia es preciso que entre esa multiplicidad de conocimientos haya, como dice Husserl, "una conexión sistemática en sentido teórico; y esto implica la fundamentación del saber y el enlace y orden pertinentes en la sucesión de las fundamentaciones" (Investigaciones Lógicas. Libro I, página 34). Ahora bien, la Fenomenología, aunque ciencia, no lo puede ser completamente en el sentido indicado más arriba. Pues, como la Fenomenología pretende y quiere ser una ciencia última y radical, sin supuestos, de ahí que tenga que prescindir de la explicación. Dice Husserl: "Explicar, en el sentido de la teoría, es hacer concebible lo singular por la ley universal, y ésta, a su vez, por el principio fundamental" (Investigaciones Lógicas; tomo II, página 26). Todas demostración exige un presupuesto, no demostrable, a saber el principio de que dicha demostración parte. Una ciencia primera y fundamental no puede, pues, ser explicativa, sino descriptiva. Descartes en sus Re-

glas para la dirección del entendimiento —Regulae ad directionem Ingenii— distingue dos y sólo dos posibles modos de conocer: La *intuitus* y la *deductio*. Todo saber evidente, o es objeto de una intuición o llegamos a él a partir de una intuición evidente, por medio de cadenas de razonamientos. La Fenomenología tiene que estar constituida por una serie de conocimientos de la primera clase. Ahora, las intuiciones, sensibles o intelectuales, sólo pueden ser objeto de descripción. De ahí que la Fenomenología sea una ciencia *descriptiva*.

Pero los hechos son individuales y contingentes. Si la Fenomenología ha de ser una ciencia universal y necesaria, no podrá, por consiguiente, consistir en una mera descripción de hechos empíricos. Husserl habla, pues, de ciencia de esencias, de ciencia eidética, de la palabra *eidos*, que significa esencia precisamente.

En la lucha contra el psicologismo, Husserl triunfa demostrando la existencia de un reino ideal de las esencias. El error del psicologismo había consistido en no distinguir entre dos cosas tan diferentes como el pensar y los pensamientos. El pensar, fenómeno real, psicológico, está sometido a las leyes de la Psicología. Pero sabemos ya que todo fenómeno psíquico es intencional y que, por consiguiente, en todo pensar se piensa algo. Este algo, pensado en el pensar, ya no es un ingrediente real del pensar y no está sometido a las conexiones propias de los seres reales. Sabemos también que la característica de lo real es la temporalidad. Todo pensar es un pensar aquí y ahora, pero el pensamiento contenido de todo pensar no es algo real y, por tanto, no es temporal. La prueba de la diferencia que existe entre pensar y pensamiento la tenemos en que puede haber pensamientos diferentes con un pensamiento único. Si yo invito a varios amigos a que conmigo piensen en el teorema de Pitágoras, he aquí que hay tantas corrientes de pensar, tantas vivencias, como amigos estemos y, sin embargo, el pensamiento contenido de los diferentes pensamientos es el mismo. Y no se diga que lo que es único es el objeto, porque se pueden dar casos en que el pensar, por medio de pensamientos diferentes, se refiera a un mismo objeto. Por ejemplo, los pensamientos "el vencedor de Jena" y "el vencido de Waterloo", son diferentes y, sin embargo, mediante ellos me refiero a un objeto único. Los pensamientos, este "reino del logos", como le denomina Husserl, pueden ser el objeto de una ciencia, que no tendrá nada que ver con la Psicología, ciencia de objetos reales, las vivencias. Precisamente consti-

tuyen el objeto de una ciencia, la Lógica, que de esta manera ya no será una ciencia normativa, ni un arte de pensar, como se la ha definido a veces, sino una pura ciencia teórica.

Mediante los actos intencionales de la conciencia, *noesis*, nos referimos a un contenido objetivo, *noema*. Ahora, no se entienda que el *noema* es el objeto. El *noema* es la forma bajo la cual me es dado el objeto. Por ejemplo, esta mesa sobre la que escribo me puede ser *dada* de diversas formas, según sea el punto de vista desde el cual la contemplo. Todo *noema* tiene lo que Husserl denomina un "sentido" y una "tesis". Yo contemplo en la percepción sensible el mismo objeto, la mesa, desde la derecha o desde la izquierda y en ambos casos, la forma, los colores, etc., son distintos. Este es el "sentido". Pero el mismo "sentido" noemático puede ser objeto de la percepción del recuerdo, de la imaginación, del amor o del odio. Esto es la "tesis". Mediante el acto intencional que anima el *noema* pleno, con su "sentido" y su "tesis", la vivencia intencional se refiere a un objeto. Ahora, éste puede ser un objeto real o un objeto ideal, por ejemplo, un triángulo.

El triángulo o el número siete no son objetos reales, como la mesa. No son temporales, no *viven* en el tiempo, no tienen un comienzo aquí y ahora, ni tampoco un fin. Pertenecen a esa esfera de la realidad que, más atrás, denominamos ser ideal.

Fué Platón quien planteó el problema de la realidad de lo ideal. Sus Ideas son especies o géneros. ¿Qué clase de realidad poseen? En la Edad Media este problema apasionó extraordinariamente a los pensadores, pues de su solución dependían incluso consecuencias teológicas. Se le conoció con el nombre de problema de los universales.

Las soluciones, brevemente, que se intentaron fueron las siguientes:

- a) **Realismo extremo.**—Está representado por Platón. Las Ideas, las esencias, los géneros y especies, son seres reales, que existen fuera de la mente del hombre, en un lugar celeste.
- b) **Realismo moderno.**—Es la tesis de Aristóteles. La verdadera realidad, la sustancia —*ὄντεια*— está constituida por las cosas individuales. Ahora, éstas constan de dos elementos, la materia

—ἴλη— y la forma —μόρφη. La forma es lo general, lo que las cosas de la misma especie tienen de común, el εἶδος, que ya no existe, pues, fuera de las cosas, como en Platón, sino que *inside*, se halla, en las cosas mismas.

- c) **Nominalismo.**—La tesis de Roscelino o de Berkeley y Hume en la Edad Moderna. Lo universal no-existe. El ser es siempre individual.
- d) **Conceptualismo.**—Se puede explicar diciendo que, para él, lo universal no existe *in re*, en la cosa, sino *in mente*, en la mente del hombre que lo piensa. Sus representantes son Abelardo en la Edad Media y Locke en la Moderna.
- e) **La posición de Husserl.**—Husserl denomina **hipóstasis de lo universal** tanto el realismo extremo, como el conceptualismo. El error común en ambas posiciones estriba en querer hacer de lo ideal algo real, bien fuera de la mente, bien dentro de la misma. Husserl dice, refiriéndose a los objetos ideales: "éstos existen verdaderamente. Es evidente que no sólo tiene sentido hablar de tales objetos "por ejemplo: del número dos, de la cualidad rojez, del principio de contradicción y otros semejantes" y representarlos como dotado de predicados, sino que también aprehendemos, **intelectivamente**, ciertas verdades categóricas que se refieren a estos objetos ideales. Si estas verdades valen, tiene que existir todo aquello que presupone objetivamente su validez. Si veo con *intelección* que 4 es un número par, que el predicado enunciado, conviene realmente al objeto ideal 4, entonces este objeto no puede ser una mera ficción, una mera **façon de parler**, una nada." (Investigaciones Lógicas. Tomo II, páginas 130-131).

Una última cuestión sobre las esencias: ¿Cómo se conocen? Husserl distingue dos clases de intuición: la intuición sensible, para los objetos reales y la intuición de las esencias o intuición eidética. En la segunda investigación de sus Investigaciones Lógicas, titulada "La unidad ideal de la especie y las teorías modernas de la abstracción", Husserl critica las teorías de la abstracción mediante las que se pretendía llegar a la aprehensión de lo universal. Vemos varias mesas, se decía, y, separando, abstrayendo lo que tienen de igual, captamos la esencia común a todas ellas. Frente a este tipo de abstracción que aísla los momentos de lo individual, Husserl preconiza una abstracción generalizadora. Lo universal es aprehendido en una intuición ideatoria o eidética, mediante la cual ascendemos de la intuición de

lo individual a la de lo general. Lo individual es el trampolín, por así decir, para que realicemos ese salto de lo individual a lo universal. Algo así como en Platón la percepción sensible servía de aguijón, de estímulo al alma para que ésta recordase aquellas ideas vistas en una vida anterior, conforme al conocido mito de la caverna.

Siguiendo con nuestra definición de la Fenomenología, el lector entiende ahora lo que es una ciencia descriptiva de esencias. Continuemos con nuestra definición. Las esencias que describe la Fenomenología son las esencias de las vivencias. Conocemos ya, por lo que dijimos anteriormente, qué es una vivencia de la conciencia y cuál es, a grandes rasgos, la estructura de ésta. Mas para entender completamente la definición es necesario decir en qué consiste el método fenomenológico.

Sabemos que la Fenomenología es una ciencia sin supuestos. Esto quiere decir que, en toda descripción de las esencias, el pensador debe abstenerse de toda posición doctrinal. De ahí, lo que Husserl denomina el principio de todos los principios, a saber: "Toda intuición que dé originariamente algo es una fuente de derecho del conocimiento; todo lo que se nos ofrece en la "intuición" originariamente debe tomarse simplemente como se da, pero sólo dentro de los límites en que se da." Quiere decir, si yo contemplo una mesa y quiero hacer una descripción fenomenológica de mi vivencia de mesa, debo de prescindir de toda posición teórica, como por ejemplo la existencia real, trascendente de la mesa. Diré, quizá, que la percepción se me ofrece como la aprehensión real de una cosa, como presente, a diferencia de la mera representación que sería la aprehensión de una cosa como ausente; pero el "como presente" hace referencia a la manera o forma de ser de la vivencia no a que la cosa esté efectivamente ahí, frente a nosotros. La Fenomenología, pues, "no supone ni presupone nada, ni la naturaleza, ni el espíritu, ni realidad alguna de las comprendidas en las diversas Ontologías regionales, ni la persona misma que realiza la investigación, ni la persona del prójimo, ni la realidad de Dios." (Joaquín Xirau. La Filosofía de Husserl. Página 160).

El método fenomenológico supone, pues, dos reducciones: La reducción eidética y la reducción fenomenológica. La primera ya sabemos en qué consiste: en elevarnos desde el caso individual a la

esencia general, de la cual aquel viene a ser como un ejemplo o ilustración. Ello se consigue mediante la intuición eidética o ideación, de que más arriba hablamos ya. Pero esta reducción eidética no basta. La Fenomenología es ciencia de esencias, pero de esencias de la conciencia pura. El objeto de la Fenomenología es la conciencia, ser en el cual y por el cual se constituyen todos los demás seres. De ahí que la Fenomenología sea una ciencia primera y fundamental. Todo lo que llamamos el mundo de los objetos es siempre un mundo en la conciencia de alguien. La verdadera realidad es esa relación noético-noemática en la cual los objetos se dan y presentan ante la conciencia. La reducción fenomenológica consiste, pues, en desviar la mirada, en esa relación, del momento objetivo, para centrarla en la conciencia pura en donde lo objetivo se da. Esta abstención fenomenológica —*εποχή*— no quiere decir que lo objetivo desaparezca. Como toda conciencia es siempre conciencia de, si el momento objetivo desapareciera, desaparecería la conciencia. La conciencia es nada sin el objeto.

En conclusión, el método fenomenológico consiste en volver de lo objetivo a los modos de conciencia en que lo objetivo se da —reducción fenomenológica— y cuando ya hemos hecho esto, es decir, "pues o entre paréntesis", como Husserl dice, nuestras inclinaciones naturales a considerar como trascendente la cosa, la existencia de mí yo como substancia, etc., saltar de esta vivencia particular mía, hic et nunc, a la esencia de la vivencia —reducción eidética— de la cual es una ejemplarización.

La Fenomenología de Husserl es la forma más moderna de ese proceso de interiorización que comenzó con la evidencia absoluta del cogito cartesiano. Descartes sentó las bases del idealismo moderno alemán y de este otro idealismo fenomenológico que, a pesar de la negativa del autor por toda teoría, es la filosofía de Husserl. La Filosofía ha venido a parar a ser una descripción de las esencias de la conciencia.

La conciencia es el ser maravilloso en el cual y por el cual se dan todas las demás cosas. La Filosofía tenía, pues, que conducir a un estudio, a una Ontología de esta realidad. No otra cosa es la Fenomenología. Ahora, de la conciencia lo menos que podemos decir es que existe. En uno de sus más geniales discípulos, en M. Heideg-

ger, la Fenomenología se convertirá en una Ontología, no del ser intencional de la conciencia, ni del yo, que Husserl reconoce como sujeto de toda conciencia en las Ideas frente a lo que había sostenido en las Investigaciones Lógicas, sino de la existencia misma y, mejor aún de la existencia humana. Pero esto es ya el existencialismo, el presente en Filosofía y, como tal, queda fuera de nuestro breve estudio.

Cuenca, enero de 1952.

AGUSTIN CUEVA TAMARIZ,
Catedrático de la Facultad de Jurisprudencia
y Ciencias Sociales.

Psicoanálisis y Literatura

"Si me preguntaran qué es la Poesía, iría a la ventana y señalando al mundo con un amplio abrazo; diría: esa es la poesía. Porque la poesía es todo aquello que el hombre ha mirado en los momentos en que el mundo se abre como un abismo."

PABLO ROJAS PAZ.

PANORAMA GENERAL DEL PSICOANALISIS

Aun cuando la existencia de una actividad psíquica marginal y hasta cierto punto independiente de la conciencia personal había sido señalada, desde los tiempos más remotos, por diversos investigadores y filósofos, es lo cierto que el interés por su estudio sistemático remonta solamente a medio siglo. La noción del subconsciente y del inconsciente —personal y colectivo— ha permitido crear la denominada "Psicología abismal" o "Profunda", que en vez de ser atraída por el brillo aparente de los fenómenos que se desarrollan en el foco de la atención consciente, se desvía de éste y penetra decididamente en la zona oscura de la individualidad, con el fin de revelar en ella las fuerzas y las agencias que determinan el suceder y el acontecer de aquellas.

Casi simultáneamente, Morton Prince, Pierre Janet, H. Myers y Sigmund Freud —y un poco más tarde Berheim y Grasset— trataron de precisar el concepto de los diversos hechos psíquicos extraconscientes y crearon, con distintos propósitos y siguiendo distintas

vías, las bases de una psicología mucho más amplia que la entonces conocida. La obra de Sigmund Freud fué mucho más vasta que la de los otros psicólogos y, sobre todo, de más profundas consecuencias, pues originó la doctrina psicoanalítica que es hoy una nueva concepción de la vida.

La Psicología ante freudiana, encerrada en la ideología del dominio del cerebro, exige al individuo, al hombre instruido y civilizado, que reprima sus instintos por la razón. Freud responde a esto, neta y escuetamente: los instintos no se dejan reprimir y es vano suponer que, cuando se reprimen, se oculten y desaparezcan para siempre. A lo sumo, se llega a rechazar los instintos de lo consciente a lo inconsciente. Sin ilusiones, sin indulgencias, sin eufemismos, Freud establece perentoriamente que las fuerzas instintivas —la libido en primer lugar— estigmatizadas por la moral, constituyen una parte indestructible del ser humano, que renace en cada embrión; que ese elemento no puede ser destruido nunca, pero que, en ciertos casos, se consigue hacer inofensiva su actividad por el paso a lo consciente.

Así, pues, el estado de consciencia que la antigua ética social considera como un peligro capital, lo encarna Freud como un remedio. El retroceso que aquella estimaba como beneficioso, él demostraba que era perjudicial. Lo que el viejo método trataba de encerrarlo, él quiere mostrar a plena luz. Quiere identificar en vez de ignorar; abordar en vez de rehuir; profundizar en vez de apartar de la vista; poner al desnudo en vez de cubrir. Sólo puede disciplinar y **sublimar** los instintos el que los conoce. Sólo —como dice Stefan Swey— puede dominar a los demonios el que los conoce y los mira cara a cara.

Y esta doctrina revolucionaria de Freud ha transformado así no solamente nuestra concepción del espíritu, sino que ha indicado una nueva dirección a todas las cuestiones principales de nuestra cultura. Por esta causa, todos aquellos que quieren considerar el esfuerzo de Freud como una simple obra médica, lo estiman groseramente y cometen un gran error, porque confunden el punto de partida con el fin. El hecho de que Freud haya derribado la muralla china de la psicología antigua, partiendo de la medicina, es una casualidad históricamente exacta, pero sin mayor importancia para sus resultados. Lo que importa de un creador no es de donde viene, sino a donde

ha llegado. Freud viene de la medicina, lo mismo que Pascal de las matemáticas o Nietzsche de la filosofía antigua. Sin duda este origen da a su obra una tonalidad, pero no determina ni limita su grandeza.

"La teoría psicoanalítica, dice E. Jones, luego de haber impreso un pujante impulso a las ciencias mentales emparentadas con la Psicología, tales como la Antropología, la Filología, el **folklore**, la Mitología, la Criminología, la Jurisprudencia y la Sociología, ha recibido de ellas una confirmación brillante. La savia de la nueva manera de pensar, después de haber penetrado en el tronco vecino, se ha repartido, vivificando todas las ramas..."

Porque, efectivamente, al revolucionar la Psicología, Freud y sus discípulos fueron con las doctrinas psicoanalistas aún más allá y penetraron en los dominios de las altas manifestaciones espirituales. Llevados por la riquísima experiencia que se ofrecía a su curiosidad al sondear el alma humana, fueron acercándose a esas manifestaciones y relacionándolas con la realidad inconsciente de la vida instintiva. Así, el psicoanálisis pudo proyectar su luz más allá de la órbita estrictamente ortodoxa de la Psicología y penetrar en el dominio de las producciones literarias, artísticas, folklóricas y hasta religiosas.

El análisis de la profunda vida anímica de los grandes artistas ha probado brillantemente la tesis de la psicología freudiana, descubriendo, a través de sus obras, los complejos clásicos que, presionando desde el inconsciente, las han producido al sublimarse. Freud mismo realizó un estudio, que es un modelo en el género, de Leonardo de Vinci. El análisis de los hombres de genio ofrece un amplio campo que aun no ha sido bastante explotado.

El **folklore**, es decir, aquel conjunto de relatos, consejas y supersticiones populares fué examinado a la luz de los conocimientos psicoanalíticos y se descubrió su profunda motivación inconsciente. Todas esas leyendas que se repiten con una regularidad notable en los pueblos más diversos, están condicionadas por motivos del inconsciente colectivo. Ellas no hacen sino trasladar al lenguaje común los motivos fundamentales de los mismos complejos, que se repiten en todos los hombres. Esos complejos están simbolizados y disfrazados; pero, el psicoanálisis descubre fácilmente que los más auténticos motivos populares tienen como núcleo básico la vida inconsciente en toda su

poderosa vida instintiva. Y por eso, el culto a la tradición es la auto-defensa del subconsciente colectivo, que arraiga más allá de nuestras vidas. Es el culto a los muertos, a los ascendientes, a la base estructural de nuestra vida. Es la herencia vivida de ciertas estructuras mentales que ocupan un lugar básico en las áreas subconscientes. He ahí la enorme fuerza de las tradiciones y he ahí su papel en la estabilización de las culturas.

MANIFESTACIONES DEL PSICOANÁLISIS EN LA LITERATURA

Las teorías freudianas han sido rápidamente difundidas en los medios artísticos, singularmente en la literatura y en el teatro; pero, a su vez, aquellas han extraído de éstos buena parte de sus argumentos, ya que aquí como en tantas otras ocasiones, el Arte se ha anticipado a la Ciencia en el descubrimiento de realidades psicológicas. El psicoanálisis puede demostrar cómo las obras maestras del Arte —no sólo poético y literario, sino pictórico, escultórico, arquitectónico y musical— son, las más de las veces, resultados de la proyección de los propios conflictos y complejos afectivos de sus autores.

Según el doctor Marie, la literatura ha estado saturada de freudismo, escribiendo muchos autores sin reconocer a Freud y acabando por golpear las puertas de la academia científica. Producciones que culminaron en el teatro escandinavo con Ibsen, en el inglés con Shaw, en el alemán con George Kaiser, en el francés con Lenormand, en el americano con O'Neill, y, limitando con el reino de la paranoia, con el comediógrafo italiano Pirandello.

Muchas veces los poetas han sido los precursores de la psicología abismal, sin que lo sepan. Así lo reconoció Tomás Mann, al glosar la significación de su propia obra literaria en la trayectoria del movimiento psicoanalítico. Y no fué sin fundamento que, al celebrar el homenaje a Freud, con motivo de sus ochenta años, se encargara su elogio a la máxima figura literaria del mismo Tomás Mann. Y si muchos poetas, dramaturgos y novelistas hicieron obra psicoanalítica sin conocer a Freud, hay también que reconocer —y con pena— que Freud recorrió el espinoso camino de sus investigaciones completamente solo, independiente, simplemente como médico e investigador de la Naturaleza, sin conocer los recursos consoladores y reconfor-

tantes que proporciona la literatura en otra clase de investigaciones. Sin duda, esa misma ausencia aumentó la energía y la intensidad de su trabajo. Ni siquiera había leído a Nietzsche, en cuya obra se encuentran dispersas algunas ideas que, como relámpagos, anticipan diversos conceptos freudianos.

Shakespeare, Stendhal, Balzac y Dostoiewski, son considerados como legítimos precursores de Freud. Fueron escritores que penetraron profundamente en el alma humana, pero sin la preparación científica necesaria. Oliver Wendell Holmes poseyó también una intuición agudísima, que unida a su vasta cultura médica, hizo de él un literato, precursor eximio de Freud.

Quizá no haya ningún conocimiento científico que el poeta no hubiese adivinado con anterioridad. La ciencia se limita a formular con más exactitud y llevar a un nuevo nivel de la demostración objetiva lo que ya se conocía intuitivamente; pero la prioridad corresponde siempre al visionario y al poeta.

Han sido psicoanalizadas diversas obras de Leonardo de Vinci, la "Gradiva" de W. Jensen, "La Vida amorosa" de Denau, "La devoción" de Zizendorff, "El holandés errante" de Wagner, el "Hamlet" de Shakespeare, "La tentación de San Antonio" de Flaubert, etc., etc. Otto Rank ha reunido en un volumen —desgraciadamente sin traducción a nuestra lengua todavía— los ejemplos de múltiples obras literarias en las que se patentizan diversas variedades de complejos sexuales, además de los de Edipo y de Electra. Sus autores son maestros de la talla de Sófocles, Eurípides, Racine, Voltaire, Schiller, Byron, Ibsen, Goethe, Cervantes, Lope de Vega, Wagner, Dostoiewski. Mæder ha realizado, también, un bello análisis de la "Divina Comedia" del Dante: su miedo de las tres fieras —símbolos de la sensualidad, la ambición y la pereza—, su encuentro con Virgilio, su visita al Infierno, su ascenso al monte de la purificación, sus ejercicios expiatorios y su unión con Beatriz —símbolo afectivo del alma ennoblecida— plasman la fantasía del autor en acción para liberarle de sus conflictos y conseguirle la paz interior.

Toda la estupenda obra de Cervantes puede ser psicoanalizada. Ya que en sus intentos psicológicos de evocación, de personificaciones de ideas o fuerzas de la naturaleza, en las comedias cervantinas,

no son otra cosa que atisbos del teatro psicoanalítico de hoy —dramatización de lo inconsciente—; lo mismo cuando se anticipa a la descripción del proceso de la sublimación freudiana en su novela "El Rufián Dichoso", a la que Mauricio Barrés alude con entusiasmo, hasta llegar a asociar el nombre del Rufián con el mito españolísimo de Don Juan.

Por algo dijo el genio español —porque cabalmente se anticipó tres siglos al psicoanálisis y a la psicología genética—: "Mostré, o por mejor decir, fui el primero que representase las imaginaciones y los pensamientos escondidos del alma, sacando figuras morales al teatro, con general y gustoso aplauso de los oyentes..."

En el teatro de Lenormand recordemos el drama "El Devorador de Sueños", en que se presenta la vida de una muchacha que en la infancia, adscrita a su padre por la libido —complejo de Electra—, fué causante de la muerte de la madre, cuando la protagonista era de corta edad, haciendo señas a unos bandidos en Africa para indicarles el lugar donde la madre estaba oculta. Al traérsele este remoto episodio del inconsciente a la consciencia, la infeliz mujer se suicida, escapando así de la rival que le hizo la revelación.

Es curioso que en la trama imaginaria de Lenormand —nos lo hace notar el profesor Jiménez de Asúa en sus estudios sobre **Psicoanálisis Criminal**— el afloramiento del proceso inconsciente en vez de producir la curación, como afirman los psicoanalistas, causa el suicidio de la mujer, remota parricida. Pero, es preciso advertir que las revelaciones no se hacen, en este caso, como un medio curativo, sino con perversos fines. Por otra parte, hay que tomar en cuenta que, según Freud, todo suicidio es el homicidio simbólico de un tercero, intruso en la personalidad del suicida, como lo ha probado amplia y bellamente en sus estudios el psicoanalista español Angel Garma, autor, también, de un interesantísimo **Ensayo psicoanalítico del Poeta Arthur Rimbaud** y de sus obras. Habría que recordar, al respecto de la observación citada de Jiménez de Asúa, los conceptos de Otto Rank, quien dice que: "el psicoanálisis comete un error al ofrecer la normalidad al neurópata, pues éste no puede ni quiere alcanzarla... el paciente debe aprender a vivir con su escisión, con su conflicto, con su ambivalencia, que ninguna terapéutica puede eliminar, porque, si pudiera, con eso le privaría de la fuente misma de la vida."

Monner Sans ha estudiado el teatro de Lenormand de manera acabadísima y, junto a la obra citada, enumera otras en las que los problemas del inconsciente han sido tratados en diversos aspectos.

Guillermo de Torre, el culto escritor español, en un breve, pero magistral ensayo publicado en el número correspondiente al mes de Setiembre del año 1946 de la *Revista de América*, de Bogotá, titulado "Schnitzler y el Monólogo interior", al hacer el análisis de esta técnica de la novela psicológica, en el caso de "La Señorita Elsa", y "Huida a las Tinieblas" del gran literato alemán, dice: "el monólogo interior, puede darnos, como ninguna otra técnica, el verdadero reflejo del ser, su doble vertiente de luz y tinieblas, su mundo externo y su repliegue secreto. Hablo —dice— del monólogo que no tiene expresión hablada y congruente, que por ello, con justicia, llaman los ingleses y norteamericanos *silent monologue*, y cuya característica inconfundible y antiteatral es, de consiguiente, el ilogismo, la incoherencia: ilogismo e incoherencia en cuyos últimos extremos está la escritura automática del superrealismo, ya situadas deliberadamente en el extraradio de la posibilidad novelesca; pero, en cuyos planos más próximos cabe reflejar percepciones oscuras que mediante la secuencia racional del discurso serían inasibles."

Y este aserto se ejemplifica en "La Señorita Elsa": la doncella que se desquicia de un modo paranoico, sale fuera de sí ante la amenaza de perder su virginidad; aquí lo freudiano está en el aura envolvente de la novela, en el conflicto ético-moral planteado después de las divulgaciones psicoanalíticas.

Y en la otra novela de Schnitzler, "Huida a las Tinieblas", como médico que fué su autor, al lado de la disolución mental del personaje en la locura, que pinta con trazos magistrales, enseña, con profunda finura psicoanalítica, la lucha entre dos hermanos, mutuamente recelosos; oposición que, vista a la luz de los conceptos freudianos, personificaría, como un desdoblamiento en las dos caras del mismo personaje, el Yo y el Ello.

Stefan Zweig, el gran escritor vienés, cuya amistad con Freud es el cálido lazo de sus últimas dulces horas en Londres y que se detuvo con admiración ante la obra del anciano emigrado, salvado milagrosamente de las manos del nazismo, se dejó también arrastrar por

el atractivo del psicoanálisis en sus novelas y, sobre todo en sus biografías.

En "Confusión de Sentimientos", por ejemplo, trasluce su piedad por esas aberraciones del instinto contra las cuales no opone conceptos de moral sino de ciencia. En este terreno —difícil para el artista, pero en el que toca las cuerdas más delicadas de su lirismo— subraya esa lacra para mostrar la insostenible dualidad de una existencia que pudo brillar en el plano del espíritu, pero que se ha malogrado en las tortuosidades de morbosos desvíos. Y no es el drama interior de una alma que lucha contra sí misma, sino su entrega, en profundidades abismales, de todos los complejos reprimidos, al sino trágico de su destino.

Todas las novelas de Stefan Zweig llevan el aliento escondido de la pasión que se desata sin trabas. Almas en llama, seres incapaces de una censura razonadora y ahorrativa y que se queman en el ansia arrobadora del instante, estimulan su actividad creadora. Todo en ellos es pasión exaltada, más allá de límites y fronteras. Pasión exaltada en el trágico desenlace del amor, en la confusión demoníaca de los sexos, en la seducción irrefrenable del tapete verde, en la muerte dulce de la compañera de la desesperación, en el crimen que satisface la venganza. Seres pasionales son —como el médico del relato— otros tantos poseídos del "amok", esa fiebre devastadora de los trópicos, que corren enceguecidos hasta su propia destrucción. La libido es el signo bajo el cual se tejen los destinos de todos los personajes. En sus relatos se ve, de preferencia, el aspecto biológico, que empuja a los dos sexos desde los dos extremos de su polaridad. Matices finos, tonalidades diversas, sublimaciones del instinto, en suma, están ausentes de los modos de sentir y realizar el amor en todos sus personajes.

En "La Impaciencia del Corazón" —la novela que está más cerca del amor romántico— se delata, sin embargo, la sensualidad de esa alma juvenil recién abierta, en el beso ardiente, lleno de instinto con que sorprende al joven espantado que lo recibe.

En "Veinticuatro horas en la Vida de una Mujer", las circunstancias ajenas a su voluntad y que le arrastran a la turbadora aventura, coinciden con un oscuro sentimiento del que apenas tiene concien-

cia y que no quiere confesarse a sí mismo. La libido, el impulso incontrolable del instinto, es la atmósfera densa, compacta de la mayoría de los relatos de Stefan Zweig. Se reconocen al través de "Secreto Ardiente", "La Institutriz", "La Adolescencia" —en donde se revela el psicólogo que sabe captar el alma de la infancia y de la adolescencia, empapándose en el tono de luz crepuscular con que Freud iluminara los sinuosos rincones del alma, antes en la sombra—, "La Mujer y el paisaje" —ese morboso atisbo freudiano—. En todos sus relatos es el desbordamiento, es el despertar de las fuerzas elementales que duermen agazapadas hasta que las toca una emoción. Caen los velos de la apariencia, se desnuda el instinto, y estamos ante el sér desmoronado que ya no puede reponerse.

Y en la biografía, Stefan Zweig invade un campo propicio para el desarrollo de sus aptitudes de psicólogo de la psicología abismal. Hurgando, no en los viejos papeles, sino en los rincones sinuosos del alma para posesionarse de ella y enseñar la vida de los "prohombres del espíritu" y de las mujeres de la historia, como si fueran personajes de ficción, pero bajo la implacable verdad traída de los abismos del alma humana recién explorada...

La novelista costarricense Yolanda Oreamuno, en sus novelas "La Ruta de la Evasión" y "Por Tierra Firme", usa los términos que el psicoanalista necesita para entenderse con sus enfermos. Ella sabe de los medios que, inconscientemente, emplean los seres torturados para ahogar la angustia. Con autoridad legítima analiza a las gentes atormentadas por el afán morboso de poder y siempre insatisfechas con lo que obtienen. Esta escritora ha llegado a intuir la propiedad dinámica del contenido inconsciente, la existencia de las estrategias de la conducta, de los subterfugios y disfraces que la personalidad recóndita en cada individuo lo impulsa a emplear. Sin mencionar los nombres —porque no los conoce— se refiere de manera idónea a los diferentes dinamismos de la conducta; intuye la raíz profunda de ciertas neurosis y de rasgos neuróticos y muestra sus efectos. La compulsión de Don Vasco al medir el cuarto con sus pasos cargados de la más cruda agresión, está descrita admirablemente. También en la protagonista —Teresa— acierta Yolanda Oreamuno, cuando aquella usa la dolencia física como medio de adaptación a su triste existencia, cerca de su mefistofélico esposo.

Si Yolanda Oreamuno no sabe de psicoanálisis, lo intuye ciertamente: su prodigiosa penetración psicológica no es escalpelo que diseca, sino bisturí que corta honda y seguramente, poniendo al desnudo el riquísimo contenido psíquico que mueve a los seres humanos atormentados en su vigilia y en sus sueños.

T. S. Eliot, en una nueva obra teatral "The Cocktail Party", además de su poesía de inspiración mística, ensaya un nuevo elemento: el psicoanálisis. Y es en este punto donde nuestra atención debe centrarse. Edward y Lavinia Chamberlayne forman uno de esos matrimonios que se mueven en las altas esferas, pero que caminan bordeando un abismo. Celia Coplestone, la amiga de Lavinia, se adueña del amor de Edward. Los tres personajes se dirigen al psiquiatra, colocan ante él las cartas de su vida, y el psiquiatra escarba en la oscuridad del subconsciente de cada uno. Eliot invita así a los espectadores y lectores de esta obra a que den un paso por las tinieblas del subconsciente, y pone en boca del psiquiatra, cuando habla con Mr. Chamberlayne, estas palabras: "La mitad del mal que se hace al mundo se debe a personas que quieren sentirse importantes... ellas no entienden que están haciendo daño; es un daño que no les interesa, o que no ven, o porque justifican que están absortos en una lucha sin término para pensar bien de ellos mismos." Por estas circunstancias, no hay nada más natural dentro del drama de Eliot, sino la solución de que Celia, la amiga de Lavinia, la querida de Edward, se retire a una tierra de misioneros y entre en una vida activa de lucha heroica, hasta que, al cabo de dos años, los salvajes la dejan flechada como un San Sebastián.

"El sondeo del alma humana —nos ha dicho Germán Arciniegas— es algo que en un inglés de talento no falta. Llevan en la tradición, en el alma, en el ambiente, esta clase de paseos espirituales. Los mejores autores de teatro, los mejores actores, los mejores detectives han de buscarse en la Isla. En la Isla —Eliot, no obstante su nacimiento en los Estados Unidos, es el más inglés de los ingleses— donde encontró Shakespeare inspiración para esos tremendos personajes de su teatro, donde se han perpetrado los crímenes más sucios, donde la guerra hizo saltar en pedazos hasta el último vidrio, hoy, por la ventana rota, sin vitral de colores, el ojo azorado mira al cielo..."

Recordemos, de paso, que Sinclair, el héroe de la novela de Hermann Hesse, "Demian", nos presenta una forma extraña del complejo de Edipo. Sinclair, que luego de unirse en el espíritu con su amigo Demian demuestra la unidad del personaje, ha hecho símbolo de la ternura y del amor maternal a Eva —la madre de Demian. Y tengamos presente, también, en ese curioso medio-héroe, el reconocimiento del enorme impulso de sus sensaciones infantiles, que otros muchos creadores de las obras de imaginación supieron ver y novelar en obras imperecederas, como Kipling, Poe y, sobre todo, Oscar Wilde con su *Retrato de Dorian Gray*.

Y sólo mencionaremos la inconsistente novela de Alberto Insúa, "El Complejo de Edipo", publicada en 1935. Menos versado que Lenormand en psicología profunda, no se da cuenta Insúa que si su protagonista sabe y es consciente su tendencia erótica a la madre, no hay ya tal complejo y, por consiguiente, no pueden existir los conflictos psicológicos a que da lugar.

También de lo inconsciente extrajeron abundante material constructivo los dramaturgos como Brückner, Kaiser, Crommelynck, Pellerin y, sobre todo, O'Neill.

La visión trágica del mundo que sustenta O'Neill, arraiga en las zonas más oscuras y primitivas de la conciencia y subconciencia humanas. En sus personajes, hombres y mujeres, alienta una vida demasiado tempestuosa y salvaje, una rebeldía demasiado indómita, un disconformismo demasiado tenso y explosivo frente a sí mismos, al destino y a los imperativos del medio en que actúan. Nacen, por lo general, enfermos o torturados por una duda o un desequilibrio, y, sujetos a un infantil complejo de Edipo o de Electra, demuestran la viabilidad de las teorías freudianas.

En "Los Acosados", uno de los dramas de la trilogía trágica que forman su "Enlutada se torna Electra", asistimos al drama más complejo y a la red más siniestra de obsesiones, de crímenes e incestos que se hayan escrito jamás.

En "El Extraño Interludio", con la técnica teatral del monólogo interior, se notan sugerencias del pensamiento psicoanalítico moderno en la forma de concatenar las imágenes, de ligar los recuerdos en

el sentido de las correlaciones sexuales, que surgen a través de sus frases, por momentos, sinuosas. Es el trabajo de la subconsciencia que va elaborando, paralelamente a la actividad de la conciencia, imágenes de hechos y cosas pasadas, ocultas en las anfractuosidades del monólogo, como un fenómeno de *catarsis*, de depuración anímica de los tremendos complejos reprimidos en el inconsciente.

En Pirandello está presente la desfiguración del hombre, lo grotesco del ser humano, los apetitos descarnados de la humanidad. Pero, a pesar de esto, cabe preguntarse, si existe en tal desfiguración, realidad o apariencia, o es que el artista siente la tragedia y la representa, mostrando a sus personajes riéndose de sí mismos, o, si es acaso, el artista consciente de la tragedia de la humanidad, tragedia que ironiza hasta convertirla en el "leit motiv" de sus creaciones dramáticas. Pirandello no cree en la realidad tal cual se la presenta, sino que tiene la conciencia de su desdoblamiento, de lo que vemos tangible y ofrece cambiables aspectos, celajes distintos, bastando apenas el cambio de nuestra emoción para que surjan perspectivas insospechadas y se nos ensanche el campo de nuestra visión, nos surjan los ojos para apreciar realidades que antes no veíamos. De esta manera es como debemos internarnos en la obra pirandelliana: viendo surgir la máscara para encubrir al propio creador y hacer hablar a sus personajes en diálogos con un mundo desequilibrado.

"¿No sentimos agitarse dentro —nos ha dicho Pirandello—, con frecuencia, pensamientos extraños, casi destellos de locura, ideas inconsecuentes, inconfesables, hasta para nosotros mismos, como salidas en realidad de una alma distinta de la que normalmente nos reconocemos?" He aquí explicado, en parte, el fundamento de las construcciones pirandellianas que nacen de la observación, de los detalles, de la realidad circuntante hasta llegar a la deformación dialéctica de sus personajes. He aquí la confesión del drama estético que embarga su espíritu: la casi nula capacidad del hombre de transferirse a los demás seres, de escrutarlos y desentrañar sus más secretos pensamientos, debido a lo cerrado de la naturaleza humana, de las facetas distintas de cada ser y el conflicto perenne entre la forma que permanece inerte y el proceso de la vida que cambia en cada una de sus manifestaciones. Ansioso buscar de Pirandello; tormento de su espíritu poder atrapar el sentido mutable de la realidad y transferirla en forma de creación artística; sin embargo, allí su misma incapacidad,

porque sus mundos son enigmas casi inaccesibles para el mismo individuo, pues su mundo se convierte en muchos según los planos psíquicos en que se desenvuelve y la riqueza intelectual del hombre. Y por eso, Pirandello —en un proceso intelectual de evasión— será siempre el famoso creador de ese teatro deshumanizado y cerebralista, propio de nuestro siglo.

Arturo Capdevila, el consagrado poeta y dramaturgo, al concebir el bello drama "Consumación de Sigmund Freud" ha cumplido —como dice él mismo— "desde la pura región del arte, el acto de admiración, de agradecimiento y de espantado asombró ante el heroico caso científico de Freud, el hombre que se atrevió con el misterio del Yo hasta donde nadie, antes que él: nuevo Cristóbal Colón que cruzó el océano de la vida espiritual y descubrió no imaginadas tierras..."

Porque, efectivamente, a Sigmund Freud hay que tomarlo en su agitada y heroica eternidad, o dejarlo. Hay que sentirlo tanto como comprenderlo. Y Arturo Capdevila, felizmente, lo ha entendido así y ha tenido el sin par acierto de no estudiarlo académicamente a Freud, para hacer, en cambio, una revelación artística de los fundamentos psicoanalíticos, llevado por la riquísima experiencia que le ofrecía a su idealismo y a su rica vena imaginativa de poeta, al sondear el alma humana para proyectar la luz del psicoanálisis más allá de las órbitas estrictamente ortodoxas de la Psicología y penetrar en los dominios serenísimos del Arte. El intenso y profundo drama de Capdevila puede ser ya estudiado y comprendido junto con los dramas que han pintado a la pobre y doliente humanidad víctima de sus tremendos complejos, de sus pudores, de sus secretos, de sus pensamientos inconfesables, de sus sueños largamente reprimidos y ocultos en las anfractuosidades del monólogo.

Personajes del drama son el Comandante Freud, el Capitán Breuer, la Señorita Alma, Una Obsesión, Los Encapuchados (imágenes de los sueños). La Madre, el Padre, el Hijo. Está dividido en tres jornadas: la primera, *Hacia Adanópolis* —el País del Hombre—: es la ruta heroica y misteriosa hacia las profundidades del espíritu, en lucha desigual y despiadada con los instintos, los sentimientos, las pasiones y los sueños. La segunda jornada: *Las Catacumbas de Adanópolis*, por las que desciende Freud, oyendo las voces sepulcrales que le hablan del otro, que duerme en el fondo de cada uno, condenándole por haber revivi-

do al Edipo de la tragedia griega. Y la tercera jornada: *La Sombra de Adán*, se desarrolla en el consultorio del médico Freud, entre la Madre, joven, bella, lozana y fuerte y el Hijo, enfermo, trágico, torturado por la duda y sujeto a un infantil Complejo de Edipo, raíz de toda humana angustia y por la cual el hombre se revuelve entre sobresaltos y delirios de un oscuro amor a la Madre instintiva y una secreta rivalidad hacia el Padre justiciero. Imagen del miserable Edipo ciego, que no ha salido todavía de la sombra; pero que, un día por vía de catarsis, de depuración animica del complejo reprimido en el inconsciente, superará la etapa incestuosa, recobrá los ojos y verá la luz.

En lugar aparte, —tal como hemos hecho en este breve ensayo— hay que citar, ahora y siempre, al poeta del "Romancero Gitano" y al dramaturgo de "La Casa de Bernardo Alba", a Federico Garcia Lorca —voz telúrgica, impaciente, depurada y vital— con sus "Bodas de Sangre", "Yerma" y "Los amores de Don Perlimplín, piezas que, sin ser freudianas, son indirectamente relacionadas con este teatro de hoy que dramatiza la inconsciencia y lo instintivo.

REVALORIZACION INSTINTIVA

El psicoanálisis nos ha enseñado que, si iniciamos nuestra excursión por el inconsciente, nos hallamos con que está constituido por una parte cercana a la conciencia y en comunicación con ella: lo pre-consciente; y por otra parte, más profunda, en la que se encuentra el Yo, el Ello y el Super-Yo. Entre el inconsciente y la conciencia se halla la censura que impide que se impongan de aquella a ésta las fuerzas reprimidas. ¿Cuáles son ellas? Ante todo, afectos, deseos, instintos que desconocen totalmente las reglas sociales, éticas y estéticas de la vida civilizada y que se mueven sólo al impulso egoísta del principio del placer, sin ninguna traba ni cortapisa.

Si nos detenemos a pensar que estas fuerzas constituyen lo más poderoso, lo más cargado de potencia, lo más vasto de nuestra vida psíquica, comprenderemos su importancia para el comportamiento de toda la personalidad. Asombraría, a primera vista, pensar que la razón, luz y guía de nuestra vida consciente, esté alejada de esos mundos, no rija en ellos y que, por lo tanto, vivamos dominados por las potencias irracionales e instintivas. Pero, sólo hoy podemos apreciar la inmensidad del cambio operado en el estudio del alma humana por el psico-

análisis. Antes de él se conocía y se daba importancia exclusivamente a la conciencia, despreciando lo demás. Se creía que todo hombre civilizado debía guiarse y, se guiaba, por la razón, dominando así a los "bajos instintos". Resulta ahora que la conciencia es una ínfima parte de nuestra vida anímica y que, precisamente, esos **bajos instintos** son los que, al fin y al cabo, guían nuestro comportamiento y forjan, desde lo profundo, nuestra verdadera personalidad.

Desde esta base general de la vida reclaman su puesto de dignidad y de rango los **instintos** del hombre, lentamente diferenciados. Y este fenómeno complejo de **revalorización de los instintos** primitivos, caracteriza, a grandes rasgos, el resurgir de una nueva etapa de la humanidad que busca en sí misma el eje del progreso y que halla en la propia dirección de la Biología la línea de su desarrollo específico.

Y gracias a esta nueva dirección, avisorada por Freud, miramos hoy una nueva época con ojos más penetrantes, más libres y más sinceros. Porque la progresiva madurez de los instintos humanos, dentro de su cauce normal, conduce a la propia depuración ética de la vida instintiva; depuración ética derivada de la necesidad de la adecuación útil y euforizante, que el mismo instinto descubre y busca como inspirado por una exquisita teleología.

En la literatura clásica española ya hallamos ejemplos múltiples de esta tendencia inextinguible a la revalorización instintiva. La filosofía aparentemente escéptica y fría de Gracián, está empapada de este realismo surgido de la interior fuerza de la vida. **Andrenio**, el personaje del "Criticon"; que llega al mundo ya adulto, es la personificación de la preponderancia humana frente a la artificiosidad y a la hipocresía del mundo.

Y en el personaje célebre de Calderón —que lo volveremos a interpretar en el simbolismo del sueño—, el príncipe Segismundo, encerrado para protegerlo del amor y de las emociones instintivas, vemos desatarse el instinto, descubriendo a la mujer vestida de hombre. Personificación poética de la fuerza del instinto, cual reivindicación del mismo en el ambiente calderoniano.

W. Irving, en sus "Cuentos de la Alhambra", trae un relato árabe: "Leyenda del Príncipe Ahmed al Kamel", en el cual ha simbolizado la

imposibilidad de mantener la conducta humana al margen de la vida instintiva. Es una de las leyendas más finas e ingenuamente lanzadas por el arte poético en reivindicación de los derechos del instinto en la vida. El príncipe Ahmed al Kamel había sido educado bajo la vigilancia del sabio Eben Bonabben, en Granada, con la prohibición absoluta de que conociera lo que era el Amor, para lo cual fué aislado en una de las torres de la Alhambra, dedicado a la Filosofía y a las Matemáticas. Tenía ya veinte años, cuando al llegar la primavera súbitamente empezó a oír en los bosques y jardines del Generalife un concierto general de dulce melodía. Por todas partes se oía el mismo tema universal: amor! amor! amor!, cantado y contestado de mil poéticas maneras y con mil diversas armonías y modulaciones. Y fueron los pájaros quienes revelaron al príncipe encarcelado los secretos del contenido emotivo que latía en todo su sér, cual inexplicable inquietud. En la boca del filósofo coloca el poeta la sincera confesión: "Quién pretende ocultar este secreto al corazón del hombre, cuando hasta los mismos pájaros conspiran para revelarlo?" Pero ese mismo filósofo, que para sí se lanza tal sentencia, con deseo de escapar a la cólera del rey —quien le había amenazado con cortarle la cabeza si permitía que el príncipe supiese algo del amor— le asegura después, que "la pasión es la causa de los males que afligen a la humanidad".

He aquí la significación de un buen número de producciones poéticas: rebelarse contra las teorías antifreudianas de la maldad de las pasiones, mostrando la fuerza arrolladora de nuestros instintos en su estética expresión humana y en la feliz resolución de los conflictos que enturbian la paz del espíritu.

En una forma más viva y en un lenguaje casi freudiano, Anatole France desarrolló la prevalencia de la vida instintiva sobre el ascetismo en la figura de Panfusio, personaje religioso de su novela *Tais*, subconscientemente enamorado de la cortesana egipcia, y cuya descripción es una verdadera historia clínica, digna de un neurótico obsesivo de la calificación de Freud. De aquí que Anatole France llegara afirmar que "en el instinto está la única certidumbre a la que la humanidad podrá llegar en esta vida ilusoria, en la que tres cuartas partes de nuestros males proceden del pensamiento".

La Psicología psicoanalítica ha venido a reconciliar a la poesía con la ciencia filosófica, como ha dicho Tomás Mann "en una especie de

revolución ambigua, en contra de las tendencias milenarias, esta metafísica predicó la supremacía del instinto sobre la razón...” Y si en el campo de la Psicología se ha ido forjando esta nueva concepción del hombre, en el campo de la literatura ha imperado la exaltación de un concepto emotivo, instintivo de la vida.

En conexión con este penetrante y sugestivo tema, el mismo Ortega y Gasset decía que: “el tema de nuestro tiempo consiste en someter la razón a la vitalidad, localizarla dentro de lo biológico, supe-ditarla a lo espontáneo. Dentro de pocos años parecerá absurdo que se haya exigido a la vida ponerse al servicio de la razón, de la cultura, del arte, de la ética, cuando ellas, cabalmente, han de servir a la vida”. Aquí halla Ortega y Gasset un punto nuevo de la biología de Don Juan, colocándolo en el papel de resorte ético. “Sólo cuando existe una ética que cuente, como norma primera, la plenitud vital, podrá Don Juan someterse”, concluye. De aquí que Don Juan, según el filósofo español, significaría la nueva cultura, la cultura biológica.

Pero, esto está muy lejos de poder admitirse. Ni el valor ético, ni la plenitud biológica del personaje; pero la significación reivindicatoria del subconsciente constituye, sí, su personalidad. Porque, en realidad, el drama de Don Juan Tenorio es el drama complejo de la deformación rechazada de una vida instintiva, como vamos a ver en seguida.

Don Juan Tenorio ha sido sometido a una interpretación psicoanalítica, primero por Angel Valbuena y, luego, por el doctor Juan Cuatrecasas.

Dice Valbuena: “Si interpretamos el crimen— la muerte del Comendador— como una íntima, primaria rebeldía de origen subconsciente, contra el símbolo personal del padre, pudiera mejor explicarse el hecho. Por otra parte, a la vez que freudiana es alderiana la posición de Don Juan ante el padre.” Y luego, añade: “Para nosotros el complejo de Edipo freudiano o el sentimiento de inferioridad de Adler no explican plenamente a los Don Juanes, pero sí son un esencial punto de partida, ya que en cada interpretación literaria del mito aparecen rasgos que confirman, en parte, las teorías de las dos grandes posiciones del psicoanálisis.”

Y, por nuestra parte, haríamos notar que la libido de Don Juan

sufrió, al último, la evolución señalada por Freud, esto es, la **sublimación**, o sea la desviación del instinto de su fin propio, dirigiéndose a fines socialmente más elevados; y así en Burlador pudo llegar a ser el amante sublime que por el amor se salva, así como Juan Valjean —de los "Miserables" de Víctor Hugo— sufrió otra de las evoluciones freudianas del instinto: la **transformación en lo contrario**, es decir, la conversión de la tendencia en otra diametralmente opuesta.

También al rededor de Don Juan Tenorio, el doctor Juan Cuatrecasas hace una interpretación más conforme a la psicología analítica de Juan, conteniendo aportes absolutamente originales al dar una versión del **tenorismo**, enraizado en el subconsciente español.

Señala, además, Cuatrecasas que la acometividad irreflexiva de Don Juan es una de sus constantes características. No es, efectivamente, como la romántica acometividad de Don Quijote, siempre motivada por una ocasional necesidad de desfacer entuertos, aun delirantes. El Caballero de la Mancha se lanza a sus aventuras cara a cara contra el destino, con su lanza y su armadura, sin temor al sacrificio y al noble fracaso. El valor del Tenorio es truculento siempre, espectacular y tortuoso. Acostumbra a usar a los criados y otros subalternos para ganar sus combates personales. Así se adelanta a prender a Mejía al momento de haber apostado con él, avisando a los suyos para que lo lleven atado. Pero Mejía hace lo mismo, lo cual indica que es uso de la época en manos de personajes de su especie. El rasgo psicológico de este complejo original de acometividad lo hallamos en la escena V del acto segundo, cuando se acerca a la reja de Doña Ana y ve aparecer a Mejía, quien había logrado escapar de la cárcel donde le prendiera Don Juan. Este le dice a su criado Clutti:

"Preciso es verla, pardiez,
No perdamos lance ni fama.
Mira Clutti: a fuer de ronda
Tú con varios de los míos
Por esta calle escurtios
Dando vuelta a la redonda
A la casa."

Y tras un breve diálogo, añade:

"Corre y atájalo. Que en ello el vencer consiste."

Y dice Ciutti:

—“¿Mas si el truhán se resiste?

—Entonces de un tajo rájale.”

No hace falta analizar muy finamente estas frases para darse una idea del tipo ético de tales gestos, aun dentro del delirio de acometividad. Es radicalmente distinto de la del Quijote y también de Sancho, porque en éste hay la franca sinceridad de la prudencia y hasta el miedo, pero nunca el vacío alarde del valor hipócrita. El Quijote quiere defender a los atacados, quiere aplastar a los monstruos morales causantes de alguna desgracia. Pero el Tenorio se propone simplemente cruzar apuestas y ganarlas. La irresponsabilidad nata de su personalidad se afirma desde las primeras escenas de la obra, en cuyo decurso exterioriza su vanidad egolátrica, la cual se sobrepone a cuanto de respetable hubiera en la existencia de los demás, incluso la vida. Lo que le importará será hacer una larga lista de muertos para ganar la apuesta. Los motivos para sumar víctimas no le importan; los provocará, los inventará. Lo que importa son las dimensiones de la lista:

“Contad. Contad

Veintitrés son los muertos.

A ver vos. Por la Cruz de San Andrés!

Aquí sumo treinta y dos. Matar es.”

Debe diferenciarse este acto del sadismo y de la simple criminalidad. Es el deportista de la muerte, que con un esguince de elegancia elimina todo concepto de inmoralidad en un acto que él mismo se avergonzaria de cometer en otras condiciones; no es un asesino: es un noble peleador, que se ha convencido a sí mismo de su valor personal. Este mismo hombre es incapaz de mentir, engañando al contrincante. Todos los muertos de la lista y todas las mujeres burladas son hazañas verdaderas. No admite otra prueba que su palabra, que noblemente apoya en su espada: “Lo que Don Juan aquí escribió, sostenido está por él”. Este es uno de los rasgos difíciles de comprender. Es la veracidad y la nobleza en medio del vicio y la crápula. En cambio, no le ofrecerá escrúpulo mentir y engañar a una mujer o a un hombre que haya elegido por víctima. Siempre hallaremos un doble campo ético y social, es decir, una ambivalencia psíquica. Conserva cierta sinceridad y noción del deber dentro de un limitadísimo campo en el que incluye al contrincante de la apuesta; pero en el

circulo de los que son o pueden ser sus víctimas, se borra toda noción humana y aparece la cinica insensibilidad.

Este fenómeno es distinto del que conduce a odios personales o al deseo de reivindicaciones sociales, que pueden llegar a grados de acometividad patológica. Este otro tipo paranoide lo ha pintado en el campo literario Anatole France en "Los Dioses tienen sed", en donde aparece la sed de sangre del revolucionario en fase aguda. El proceso del tenorismo es muy distinto y por esto ofrece caracteres propios y difíciles. La arrogancia ilimitada y ciega hallase en el centro de la personalidad tenoriesca. No reconoce limite y lo expresa únicamente en pocas palabras, cuando alardea Don Juan de escarnecer la virtud, atropellar la razón y burlar la justicia.

Otra característica propia del personaje de Zorrilla es la ausencia de autocritica y la incapacidad de rectificación de la conducta y de visión retrospectiva de los propios errores. A veces, en un momento de lucidez, se infiltra en la esfera consciente un haz de sentido común o una chispa de emoción humana:

"Cuántas al mismo fulgor
De esa luna transparente
Arranqué a algún inocente
La existencia o el honor."

Pero, inmediatamente, vuelve a imponer obstinación a sus ideas, afirmándose en su conducta de siempre, porque lo considera todo subordinado a su valor. Es esto lo único que sobrenada en su bullicio imaginativo, constituyendo una idea obsesiva:

"No a fé; contra todos juntos
Tengo aliento y tengo manos.
Si volvieran a salir
De las Tumbas en que están
A las manos de Don Juan
Volverían a morir."

Y, a pesar de ser tan demasiado repetidos, no dejaremos de recordar aquellos versos que lanza el Tenorio en el cementerio, ya próximo a su fin:

"Jamás ni muertos ni vivos
Humillaréis mi valor

Yo soy vuestro matador
 Como al mundo es bien notorio;
 Si en vuestro alcázar mortuorio
 Me aprestáis venganza fiera,
 Daos prisa, que aquí os espera
 Otra vez Don Juan Tenorio."

Estos versos, que a fuer de repetidos parecen hasta vulgares, entrañan, sin embargo, la expresión de una actitud psico-social propia de la personalidad tenoriesca y actualizada en ciertos rasgos españoles. Así fué caricaturizada por Zorrilla en la época en que engendró esa deformación mental específica, injerta en el subconsciente de la raza hispana.

Los rasgos del Tenorio son, decididamente, los de una mentalidad deformada, mezcla caótica de deshonor y altivez, de amor y depravación, de fe y de vicio, de cinismo y de valor, de absurdidad y de misticismo sublime. Si es verdad que no fué creación de un espíritu metafísico ni trascendente, fué sí plasmación de un disector y observador fiel de la vida sevillana subconsciente de la época. Por esto, el drama de Zorrilla puede ser desvalorizado por los eruditos y por el ambiente culto e internacional, mientras todos los años resuena con éxito constante en los teatros españoles. Es utópico atribuir a la sonoridad de los versos el entusiasmo del público que lo sostiene. En tal caso, hubiera sido un éxito efímero. Pero los gestos y el tipo del Tenorio de Zorrilla, ofrecen multiformes aspectos en los que, muchas veces, el subconsciente español se identifica, desenterrando incomprendidos complejos.

Y así el Don Juan Tenorio, ese personaje literario que tiene, sin embargo, una realidad: la realidad psicológica profunda, porque es la síntesis de una psicología humana y colectiva, como un personaje de carne y hueso, que tuviera hasta su propia historia clínica, ha sido estudiado en sus múltiples y variados aspectos, por los más grandes literatos, ensayistas, críticos y científicos del habla hispana, como Sai Armesto, Menéndez Pidal, Américo Castro, los hermanos Quintero, Azorín, Pérez de Ayala, Clarín, Eugenio de Ors, Diez Canedo, Machado, Marañón, Ortega y Gasset, José Ingenieros...

También nosotros ya habíamos intentado una concepción psicoanalítica de Don Juan, cuando decíamos que toda su energía instin-

tiva, triunfal y arrolladora la realizaba subconscientemente nuestro malogrado Emmanuel Honorato Vázquez, ese espíritu inquieto, ardiente y exuberante que, con una emotividad tan expresiva y tan pronta a exteriorizarse en el gesto, en la actitud, en la fisonomía, supo encarnar y crear un nuevo tipo de Don Juan, el Don Juan de Tarfe, que es el tipo vivo, estallante de pasiones diversas, de ese mito español tan rico y tan humano (*).

Aparte del Don Juanismo y del Tenorismo, cuya significación acabamos de ver, los temas genuinamente sexológicos han ocupado extenso volumen en el teatro español. Pero, hay que referirse aquí a los temas sexológicos intrincados, freudianos, y no al argumento amoroso, romántico y sublimado que anida en una elevada producción de obras teatrales de todas las épocas y de todos los países.

El teatro de García Lorca —en el cual la vieja y entrañable tradición literaria popular española había encontrado su más verídica expresión— es una floración de temas psico-sexuales de origen netamente español, con sus contraste, sus matices psico-analíticos, sus trágicas profundidades. Y así como el tenorismo exhibió un aspecto reivindicatorio, preferentemente social, bajo la máscara del mito donjuanesco, así podría decirse que el teatro de García Lorca nos ofrece, en apariencia de temas rurales y sencillos, los complejos psico-sexuales de una herencia estratificada en el subsuelo de la mentalidad colectiva. Paradojas de la historia literaria, que, a la manera de la textura formal de los suelos, interpretada por el freudismo, desplaza y encubre el verdadero sentido que inspira la producción de la obra, ignorada por su autor.

El teatro de García Lorca parte de una base ambiental muy distinta de la de la época de Zorrilla. Parte de la libre sensualidad fecundante de la Naturaleza, de la tierra; parte de la conservación universal de la ley del amor en su plenitud más exuberante. Por eso se usa un lenguaje primitivo, crudo, sin temor a ambages ni a equívocos. No es lenguaje procaz, ni lo será nunca, porque sale de lo íntimo del alma universal, abierta a todos los matices, confundidos en la luz fecundante del sol, la fuerza instintiva de las flores llenas de vida, la

(*) "Semblanzas Biotipológicas", pág. 221 y siguientes.

germinación olorosa de la tierra cálida de Andalucía y la procreación general de todas las especies...

Podemos hallar en el donjuanismo de Zorrilla una reacción reivindicatoria frente a la anquilosis afectiva, artificialmente creada por el misticismo filipico. Los dramas de García Lorca, en cambio, constituyen un canto perenne y rudamente expresado de la vida sana y libre del campo andaluz. Los personajes de aquel drama eran comendadores, capitanes, aristócratas y abadesas, y su mundo era el convento y el palacio. Los personajes de García Lorca son hombres y mujeres del campo, animales y flores y el mundo en que viven es la tierra que cavan y comen, el prado y la choza, el sol y la brisa libre de la noche andaluz. Es el poeta que canta su mundo, el granadino, florecido en un jardín, que ignora la existencia de aquel príncipe que fué enjaulado para que no conociera nunca del Amor.

Pero no es esto sólo el teatro de García Lorca. Hay, además, varios episodios morbosos de ciertos seres humanos que desentonan en este concierto natural de los seres vivientes. Hay los despojos sangrantes de las deformidades heredadas todavía de aquel mundo de Zorrilla. Hay la interferencia de las tragedias agonizantes de un mundo artificialmente modelado y la arrolladora realidad de la vida que ha conservado, a través de las generaciones, el contenido erótico de la vida campestre, el poder fecundante de la laboriosidad humana todavía no enmascarada por el malabarismo económico de las grandes urbes, sin embargo, no totalmente intacta frente a las deformaciones psico-sexuales procedentes, histórica y topográficamente, de aquellos otros estratos contaminados. Estos dos aspectos superpuestos que crean el original contraste del teatro de García Lorca, aparecen en parte disociados en sus diversas producciones.

Que el autor ha captado este aspecto deformante, lo revela una de sus obras, que fué considerada como secundaria y que sólo fué publicada posteriormente a su muerte —rastros de la sombría venganza de las cimitarras traidoras, desenvainadas para salvar a España, decapitando su canción en flor—: "Los amores de Don Perlimplín", cuyo valor literario quizás sería escaso, si no tomáramos en cuenta su simbolismo, único móvil que pudo haber impulsado al poeta del "Romancero Gitano" a escribirla. Bajo la máscara de la jocosidad y de una modesta pantomima, se oculta una sátira feroz de la hipócrita

vida palaciega, ridiculizada y desenmascarada por el poeta en un estilo bien distinto del de Molière, puesto que es de una profundidad abismal más trágica, en la que queda descubierta la inconsistencia de una pseudo-moral convencionalista y alejada de la realidad amorosa. Podriase negar la significación simbólica o freudiana de esta obra si fuera la única en la cual su autor hiciese alusión a los problemas sexuales; pero, al considerarla en su ilación temática con el contenido de sus otras obras teatrales, bien se le puede interpretar como un jalón de tránsito entre la recia pintura de la sensualidad de la Naturaleza que sonríe en "Yerma", a través de las resquebrajaduras de este drama y el derrumbado artefacto de la antigua sexología palaciega.

Sería el tipo de Don Perlimplin una especie de Tenorio destenorizado, el cadáver ambulante del galán medioeval, desprovisto del carácter reivindicatorio que dió vida al Burlador. De aquí que, dentro de la vulgaridad del argumento, el simbolismo de la comedia se destaca en una vaga forma de sutileza, de ironía, aún en medio de la aparente grosería de algunas escenas. No puede decirse que es una imitación de Molière. Garcia Lorca no ha partido del mismo campo de observación: parte de un ambiente ascético, degenerado en una rigidez ética desexualizada. En los dramas de Tirso y de Zorrilla descubrimos el ambiente de la España filípica, contra la cual quería sublevarse el Burlador. En la pantomima de Garcia Lorca es la frágil y vacía etiqueta de la moral cadavérica, que se nos presenta como una burda sombra inextricable, sin consistencia, dessilvanada, sin vida.

He aquí la acción de los siglos sobre aquella moral que no se apoyaba en el hombre, en el sentimiento humano, en la biología del sexo. Montaner ha pintado el hijo del Tenorio en su interesante obra: "El Hijo del Diablo", como un sér enclenque, fracasado. Garcia Lorca ha pintado en el Don Perlimplin al hijo de aquellos comendadores, abadesas y novicias, los restos arruinados del pasado. Y lejos de coincidir en la caracterología del personaje con el de Molière, describe en Don Perlimplin, como contraste, un sentido estratégico y casi heroico de la conquista, lejano del ridículo engañado molieresco. Contrasta este punto de vista irónico y ridículo, reflejado globalmente en la obra, con el gesto trágico que comunica al tipo destenorizado del Don Perlimplin.

Pareciendo desconectada del resto de la obra lorquiana esta producción jocosa, había pasado, como habíamos dicho, casi inadvertida hasta que se ha publicado la edición póstuma. Sin embargo, estaba arraigada en la unidad profunda de la españolidad, en la estratificación subconsciente de algunos complejos sexuales colectivos, con la visión intuitiva del genio poético. Por eso resalta el significado de esta obra cuando se la considera como un simple fragmento de la total obra sexológica de García Lorca. Una especie de prólogo, se diría, de contraste, para su "Yerma"; para sus otras obras de trágico significado, como "Bodas de Sangre". Pero, en conjunto, hallamos en la obra teatral de García Lorca diversos tipos de personajes enfermos sexualmente, siempre en contraste con la Naturaleza. Cervantes recurre a la imaginación hiperbólica y paranoica de Don Quijote para personificar a la soñada Dulcinea; García Lorca halla su tierra andaluza pletórica de Dukineas reales, vivientes, elásticas, más o menos deformadas, pero llenas de fuerza biológica, que nutren la mayor parte de sus producciones, tanto poéticas como dramáticas.

AMOR Y MUERTE

En la Revista *Imago* —en 1913— ya publicó Freud su primera contribución en el aspecto de las aplicaciones del psicoanálisis en el Arte, psicoanalizando la famosa obra de Shakespeare, "El Mercader de Venecia". Relacionando la escena de la elección de una caja entre tres, de oro, plata y plomo, con otras escenas similares de otras obras —como en la tragedia del "Rey Lear", el pastor Paris también ha de elegir entre tres diosas— llega a concluir que aquella simboliza la elección del hombre entre tres mujeres, y esta elección se realiza siempre a favor de la tercera, que ama y se esconde en el fondo, es modesta y desaparece en la profundidad como el plomo. De la imagen de esta tercera hermana hace el psicoanálisis el símbolo de la Muerte —silenciosa y oculta en la profundidad— que es, a la vez, por curiosa antinomia, el símbolo del Amor. Amor y Muerte se condensan en el mismo símbolo y así, en "El Rey Lear", la Muerte bajo la apariencia de la tercera hermana viene a tentar al héroe en el campo de batalla y le aconseja la renuncia al amor para escogerla; él alarga, entonces, vanamente, sus brazos hacia sus otras hermanas —símbolos de la madre y de la esposa— pero solamente llega a estrecharlas alrededor de la que simboliza la Vida-Muerte, es decir, la Eternidad.

Siempre han sido tema de preocupación filosófica las oscuras

relaciones existentes entre el Amor y la Muerte. En este campo, como en tantos otros, el espíritu torturado de algunos poetas había entrevisto —antes que la ciencia pudiese demostrarla— la íntima y compleja vinculación de fenómenos y conceptos habitualmente tenidos por antitéticos.

Ya los clásicos castellanos habían descrito la vivencia amorosa como sinónimo de muerte —o de la agonía— insistiendo en la languidez, desfallecimiento y exhaustación propias de la *sed de amor* y, también en el arrobamiento y la parálisis vital, peculiares del éxtasis amoroso. Recordemos que García Lorca, en una de sus poesías, denomina al éxtasis amoroso con el calificativo de "muerte chiquita". Y nuestro gran lirida, Medardo Angel Silva, fijando en su subconsciente un gran amor ideal, sin esperanza real de satisfacer su deseo amoroso, presa de gran exaltación erótica, sufriendo la angustia torturante de perder ese amor en algún recodo de la vida, decía:

"Sus labios que vierten sensuales erubelesos,
Juntan en una mezcla de caricia y herida
El sabor de la sangre al sabor de los huesos..."

Y Mariano José de Larra —el *Fíguro*— en una comedia, *Macías*, que muchos críticos la han considerado como una descripción simbólicamente autobiográfica, nos dice de los motivos del suicidio del protagonista con las siguientes palabras puestas en boca de éste y que están dirigidas a la mujer que ama:

"Fementida,
Cuando olvidarme quieras entre tus brazos,
Entre tu esposo y entre ti mi sombra
Alzada se alzaré para tu espanto
De sangre salpicando todavía..."

Y los poetas, de todos los tiempos, han insistido en que el estado pasional amoroso produce, en quien lo vive, una especie de onubilamiento que sólo se ve interrumpido por los llamados "sueños de amor".

Todo ello, sin atisbar que el psicoanálisis había distinguido dos grupos principales, opuestos aparentemente, en los instintos: el instinto de Muerte o *tánico*, y el instinto del *Eros*, del Amor y de la Vida. Hoy vemos clara y evidente la raíz *tánica* en el proceso amoroso: ca-

balmente si la raíz tánica, de muerte, se adueña de la dirección de la conducta asistiremos al amor masoquista, cuyo último episodio puede ser el suicidio —activo o pasivo: matarse o dejarse morir, real o simbólicamente—. Esta actitud tánico-masoquista es capaz de producir múltiples manifestaciones que pueden, a primera vista, parecer desligadas de ella. Así, desde la simple actitud contemplativa —forma mal llamada idealista del amor platónico— hasta la actitud de renunciamiento y sacrificio amoroso, la raíz tánica tiene un amplio campo de acción encubierta.

También los naturalistas habían descubierto las nupcias tánicas, propias de diversas especies de animales, que los fisiólogos han identificado con la vagotonia del sueño —muerte parcial y pasajera— y a la vagotonia subsiguiente al éxtasis. Pero ni los filósofos ni los biólogos pudieron, antes, darse cuenta exacta del entronque orgánico e instintivo existente entre los dos procesos fundamentales del Amor y de la Muerte. Sólo el psicoanálisis concibió la explicación del hecho de que en todo ser vivo existe la predisposición a volver a vivir las situaciones ya pasadas. El ser trata siempre de volver hacia atrás en el proceso de la vida. Y ¿qué es lo primero? ¿Hasta dónde puede volver? Hasta el principio de la existencia, hasta el no ser, hasta la muerte. "Lo inanimado, dice Freud, era antes que lo animado." El instinto tánico fuerza por hacernos volver al momento más sumergido en el pasado de la vida: a la muerte.

Un ejemplo de amor tánico lo hallamos en la vida de Buda. Este príncipe indio consumió, como es sabido, su juventud, gozando de todos los placeres de la vida y abusando de ellos hasta el punto de agotar sus potencias sensuales. Secadas ya las fuentes impulsivas de sus actividades agresivas, creadoras y sensuales —instinto del Eros— apareció en él el deseo incoercible de sumergirse en la Nada, en el Nirvana —instinto tánico—. Abandonó a su familia, a su corte, y vagando por los bosques se enclaustró para fundar la nueva doctrina que proclama la muerte como la máxima forma de la felicidad.

EL SUEÑO EN EL PSICOANÁLISIS Y EN LA LITERATURA

Stefan Zweig, en su apasionada afirmación de la obra de Freud, dice: "Así como el cazador reconoce en el más levisimo rastro el modo de andar y la especie a que pertenece la pieza perseguida, y del

mismo modo que el arqueólogo, a la simple vista de un fragmento de ánfora, es capaz de apreciar el carácter de toda una ciudad sepultada, así también el psicoanálisis, en su fase más avanzada, ejerce su arte detectivesco fijándose en los hechos al parecer insignificantes en los cuales la vida del inconsciente se revela al través de la conciencia, es decir, de lo consciente."

Al tratar de saber qué es lo que hay en lo inconsciente, el psicoanálisis nos da la respuesta: en el inconsciente está lo reprimido. La misma palabra **reprimido** nos está evocando la idea de violencia, de contención. Lo reprimido, pugnando por salir a la conciencia, no lo hace porque lo impide la censura y lo mantiene en represión. Hay algunas oportunidades, sin embargo, en que las fuerzas del inconsciente logran burlar esa censura y se presentan a la conciencia como huéspedes inesperados e incomprensibles. Si consideramos a la censura como un portero celoso, colocado entre lo consciente y lo inconsciente, podemos suponer que ese portero, en cualquier momento llegue a dormitar, o a desviar su atención, descuide momentáneamente su deber; descuido que las fuerzas del inconsciente aprovechan para burlarlo y manifestarse a la conciencia.

Y ello es lo que ocurre. El inconsciente se manifiesta, además de muchos otros fenómenos que antes parecían inexplicables como los actos fallidos, el chiste, los mitos, el **folklore**, etc., en los sueños. Constituyen, pues, éstos una manifestación del inconsciente, la más auténtica e importante de todas. Durante la noche, desaparecida la actividad consciente, aflojada la censura, el inconsciente sobrepasa la represión y es manifestado al durmiente bajo las imágenes del sueño. Pero los sueños no siempre se presentan tales cuales son; casi siempre necesitan un disfraz que facilite su entrada, como si recurrieran a él para llegar a la conciencia. Hay, por eso, lo que se llama el **contenido manifiesto** de los sueños, que es lo que el soñador conoce y recuerda, y las **ideas latentes**, escondidas detrás de él y que sólo se descubren por medio de la interpretación psicoanalítica de los sueños.

Ya Freud, en "El delirio y los sueños", en **Gradiva** de W. Jensen (1907 Tomo III) y "En la creación poética y la fantasía", hizo una aplicación del psicoanálisis a la psicología del artista y a la interpretación de la obra de arte. Establece Freud las profundas vinculaciones

entre la fantasía y el sueño, dilucidando la esencia de los sueños al denominar sueños diurnos a las etéreas creaciones de los fantaseadores. Una vez que la ciencia logró interpretar los sueños, interpretar la deformación onírica, resulta fácil reconocer que los sueños nocturnos no son sino otras tantas realizaciones del deseo, igual que los sueños diurnos, que no son sino realizaciones de la fantasía, de la imaginación poética y creadora.

El poema lírico y el ensueño fantástico, son como válvulas de escape por las que han de pasar impulsos retenidos o violentados, entre negaciones del ambiente exterior y rechazados en el interior humano, pero vibrando y agitando por hallar el camino de salida. "En los poetas desaparece la censura onírica —nos dice el doctor Falconi Villagómez, en su bello ensayo "Sueño y Ensueño"— y soñando despiertos, libres de toda represión vigil, se extravían como la pitonisa antigua para hablar a modo de oráculos a su pueblo y a su raza..." Y cita el mismo autor que Wagner —feliz conjunción de hombre y de artista— hacia decir a Hans Sachs en los "Maestros Cantores de Nuremberg": "Precisamente la obra del poeta es que interprete y conozca sus sueños. Creedme, el destino más verdadero del hombre se lo manifiesta en los sueños; todo el arte poético y toda la poesía no son más que interpretaciones del verdadero sueño." He aquí cómo un artista, un poeta —porque Wagner lo era en forma extraordinaria— se adelantó a un psicólogo profundo, a Freud, para fundamentar una simbología artística al rededor del sueño y sólo a base de la intuición.

El doctor Enrique Garcés —médico y escritor— con su comedia en tres actos "ALONDRA" ha dado a su producción dramática un toque visionario y sustancial, que constituye un acervo vigoroso en la nueva técnica del teatro, cuya realización es de hondo interés para el actor y el espectador, precisamente por el cúmulo de ángulos que son los pilares del teatro moderno, con base psicoanalítica. El propósito de esta comedia de Garcés, obviamente se colige que es el de dar realidad viva y plástica a ese suceso del subconsciente, mudo, gris y silente, sin corporeidad física, pero con todos los atributos de la realidad y en el que, anímicamente, vivimos y actuamos como en vigilia.

ALONDRA tiene el intento de realizar el milagro de conceder una

consciencia positiva a la congruencia negativa de un sueño, sacando a flote el subconsciente que estruja, dobla y desdobla el espíritu, dando la intensidad de un siglo amargo a los fugitivos instantes de una pesadilla. Es la estilización de la realidad, porque para la dramática el sueño es el horizonte promiso, la zona inexplorada, el ámbito inédito para las nuevas valorizaciones de la emotividad, para reconceptuación de la plástica al través de los signos de la mimica y del lenguaje oral. La obra pertenece a esa categoría de teatro que hoy se lo llama onírico, quizá porque es en el sueño en donde se realiza esa síntesis de todas las artes a que ha aspirado el hombre desde que tiene consciencia de su poder creador.

Se ha dicho que el teatro onírico sin dejar de ser **inmaterialista**, como es el surrealista, es de mecánica inversa a éste, en el orden del funcionamiento. No desmaterializa en la escena los hechos reales, no deshumaniza al ente vivo; es al revés: lo irreal de los sueños es lo corporizado en la plástica viva y dinámica de la escena. Monner Sans en su obra "Panorama del Nuevo Teatro" ha dicho: "Si la originalidad artística sólo estribara en los asuntos que los autores en cada época suelen escoger, la originalidad —a medida que se modifican las costumbres sociales— aparecería con regularidad periódica en la evolución de las letras. Pero la originalidad artística requiere no sólo diversidad en los asuntos, sino nuevo repertorio de temas, o por lo menos, nuevas maneras, de encarar estos temas y diferente forma de desarrollarlos."

Y esto es lo que, precisamente, lo ha conseguido Enrique Garcés: ha señalado —para nuestro teatro— la conveniencia de una ruta artístico-dramática poco frecuentada; pero que al saber transitar sobre ella nos ofrece nuevos modos posibles para la renovación del motivo escénico, en su emotividad y en su plástica. Hay en **ALONDRA**, por ello, el sutil análisis emocional, las complejidades de los procesos oníricos y los agudos desmenuzamientos psicológicos. Hay el regio perfil de las emociones inexpressadas, pero fuertemente ligadas a las complejidades abismales de la mente humana.

"La Vida es Sueño", la gran obra de Calderón de la Barca, ofrece un enorme interés para el estudio psicoanalítico de los sueños. El psiquiatra y psicoanalista español, doctor Angel Garma, nos dice que tiene redactado un trabajo —todavía inédito— en colaboración con

el doctor Belger, de New York, sobre los problemas de la conciencia, de la subconsciencia y de la inconsciencia que en la obra de Calderón se plantean; intentando, al mismo tiempo, descubrir el significado latente de las vivencias relacionadas con el sueño. Pero ya antes, el mismo doctor Garma, en su bello libro: "Sadismo y Masoquismo en la Conducta" y en el capítulo concerniente a "Las Neurosis obsesivas", cuando dice que los discursos del neurótico obsesivo tienen un aspecto vacilante, indeciso y vago, como un proceso de defensa del Yo contra las posibles emergencias instintivas, señala como un ejemplo preciso y característico en la literatura la figura de Clotaldo en "La Vida es Sueño". En ella se señalan los orígenes instintivos de tal conducta vacilante e indecisa, porque el conflicto de Clotaldo es consecuencia de una oscilación entre su obediencia al Rey Basilio o al príncipe Astolfo, y sus deberes de padre frente a su hija, a la que debe defender y proteger contra el hombre que la agravió. Y la ambivalencia se acentúa aún más, al parecer, cuando la hija aparece disfrazada de hombre:

"No sé a qué parte acudir,
No sé a qué parte ayudar.
Si a ti me obligué con dar,
Dél lo estoy con recibir;
Y así en la acción que se ofrece,
Nada en mi amor satisface,
Porque soy persona que hace
Y persona que padece."

Y ante conflicto tal, como ocurre frecuentemente en el neurótico obsesivo, Clotaldo adopta una solución absurda, pero con la que pretende conciliar las dos tendencias contrapuestas:

"Vencido de tu argumento
Antes liberal seré.
Yo, Rosaura te daré
Mi hacienda. Y en un Convento
Vive; que está bien pensado
El medio que solicito."

Secundariamente, el haber encontrado esta solución, le produce una satisfacción narcisista y de ello hace que Clotaldo se alabe a sí mismo de lo que ha ocurrido. Y este narcisismo secundario, así originado, es una de las fuerzas que más se oponen a la labor psicoanalítica de vencer las resistencias que obstan la posibilidad de una cura-

ción. Porque la indecisión del neurótico obsesivo, juntamente con la interiorización de sus conflictos y con sus esfuerzos de racionalización, tiende a las cavilaciones intelectuales, sin llegar a ninguna solución precisa.

Intentemos, ahora, una interpretación psicoanalítica de la obra "La Vida es Sueño", en la que el protagonista cree vivir en un sueño irreal del que teme despertar.

El héroe principal del drama, Segismundo, vive en una torre sujeto con cadenas. Se siente desdichado, porque carece de libertad. Adormecido por la acción de un hipnótico es trasladado al palacio real, en donde le tratan como príncipe heredero, ya que es hijo del Rey. Su conducta es mala, por lo que su padre, el Rey, hace que lo encierren otra vez en la torre, a donde le llevan adormecido. Al despertar Segismundo, desengañado por encontrarse de nuevo en el encierro, ya no desea la libertad de antes. Y exclama que "la vida es sueño" y que el hombre sueña que vive.

¿Qué significará esta manifestación de que la vida es sueño? No parece difícil la interpretación, teniendo en cuenta que el Rey le ha hecho sacar de la prisión y le ha vuelto a encerrar otra vez en ella, todo con el propósito de que Segismundo, al despertar, pensase que lo ocurrido en el palacio real había sido solamente un sueño. Pero el problema psicológico no es tan sencillo como a primera vista parece, ya que Segismundo, al despertar, considera como sueño no solamente lo que ha vivido en el palacio real, es decir, durante el tiempo comprendido en la absorción de los dos hipnóticos, sino también toda su vida anterior y posterior al encierro en la torre:

"Yo sueño que estoy aquí
Destas prisiones cargado. . ."

Se comprende que el hipnótico, administrado en esas dos ocasiones, como así mismo las palabras de su guardián, contribuyan a crear la impresión que tiene Segismundo de haber soñado. Lo que no se comprende es cómo todo el resto de su vida puede también considerarlo como un sueño.

Hay, además, otros dos hechos psicológicos que es necesario explicar. ¿Por qué Segismundo pierde el interés que anteriormente te-

nia por la vida, desde el momento que despierta de nuevo en su prisión? Y ¿por qué modifica su conducta desde ese instante? Para comprender estos hechos intentemos, ante todo, conocer el sentido de las palabras que pronuncia Segismundo. ¿Qué quiere decir cuando exclama que la vida es sueño?

Ante todo, Segismundo quiere decir que todo lo que consideramos como realidad, es decir, todo lo que según nosotros existe, es solamente una ilusión sin existencia real. Por ello, al pensar que la vida le ofrece solamente ilusiones vanas, Segismundo pierde interés por la vida. Después de la estancia en el palacio de su padre, Segismundo vive como el viajero, que perdido en el desierto, sufre de hambre y de sed y cree que el oasis que percibe a lo lejos es solamente una ilusión de sus sentidos atormentados. Este oasis deseado, pero inalcanzable, porque se le considera ficticio, es para Segismundo el poder, la fortuna, las mujeres. Se esforzó para conseguir todo ello en el palacio real, pero despertó en la torre. Segismundo piensa entonces que lo ocurrido sólo fué una ilusión y que no vale la pena perseguir ilusiones:

"Ya os conozco, ya os conozco
Y sé que pasa lo mismo
Con cualquiera que se duerme.
Para mí no hay fingimientos."

Este es uno de los significados que tiene para Segismundo lo que él llama el sueño de la vida. Por otra parte, para Segismundo soñar significa también satisfacer los deseos. Así, cuando los soldados revolucionarios vienen a liberarlo y le nombran jefe suyo, Segismundo se pone al frente de ellos, diciéndose:

"Pues que la vida es tan corta
Soñemos, alma, soñemos."

Cuando se sueña, según Segismundo, se goza de la vida. No soñar o despertar es para él inmovilidad, la falta de deseos, el desengaño, la muerte. Segismundo niega, pues, la realidad del mundo que lo rodea. Va todavía más lejos; niega hasta la realidad de la vida, de su propio cuerpo:

"Idos sombras que finjís
Hoy a más sentidos muertos."

Estos "sentidos muertos" constituyen el tercer elemento de la filosofía de "La Vida es Sueño". Segismundo cree vivir en un mundo muerto, y sus **sentidos** —que en la obra equivalen a su organismo— están muertos, porque ya no desean nada. Lo mismo que la realidad que le rodea, su propia existencia parece también un sueño.

La práctica de su profesión acostumbra al psiquiatra a ver personas que presentan un estado psíquico análogo al de Segismundo. Estas personas suelen decir que el mundo que las rodea les parece incoloro, irreal y poco interesante, añadiendo que la vida no merece la pena de ser vivida. Si el estado citado se inicia bruscamente, el enfermo tiene la impresión de que el mundo se ha modificado de pronto o de que ha ocurrido o va ocurrir una catástrofe mundial. Son esos síntomas que pertenecen al llamado síndrome de despersonalización. Teniendo en cuenta las analogías existentes entre las descripciones de estas personas y la de Segismundo, se puede decir que Segismundo, durante su segundo encierro, se encuentra en un estado de despersonalización. El estado de despersonalización que sufre Segismundo no se debe a una modificación de su organismo. Es más bien la consecuencia de conflictos existentes dentro de su personalidad psíquica. Es la resultante de la acción de diferentes tendencias que obran en sentidos distintos.

Pero antes examinaremos otro fenómeno psíquico: el cambio de conducta que se produce en Segismundo después de su nuevo encierro. El estudio de este fenómeno psíquico es indispensable para comprender la psicología de "La Vida es Sueño".

Cuando por primera vez llevan a Segismundo al palacio del Rey, su conducta es la de una persona que sólo obedece a sus deseos instintivos. En efecto, su conducta está regida por el deseo de conquistar a las mujeres que ve y de matar a todos los hombres que se oponen a su voluntad:

"Nada me parece justo
En siendo contra mi gusto."

"De todos era señor
Y de todos me vengaba,
Sólo a una mujer amaba."

Cuan diferente es Segismundo al conseguir su libertad por segunda vez! A partir de este momento, su conducta es inmejorable y parece la bondad personificada. Y, sin embargo, en él siguen existiendo los mismos deseos que anteriormente. Se siente atraído por la mujer y odia a los hombres que pretenden dominarlo. Pero ahora, Segismundo no se somete a sus deseos instintivos. Por encima de ellos hay algo que modifica por completo su conducta. En su segunda liberación lo que le importa es obrar bien. Todo lo demás, aun la satisfacción de sus propios deseos, sólo tiene para él una importancia secundaria:

"Obrar bien es lo que importa."

"Que estoy soñando, y que quiero
Obrar bien, pues no se pierde
El hacer bien, aun en sueños."

Es que Segismundo ha aprendido a distinguir una buena acción de una mala, y se somete a las reglas que le dicta este nuevo conocimiento. He aquí el cambio esencial en su personalidad, como consecuencia de su segundo encierro. Segismundo se siente obligado a "obrar bien", porque después del segundo encierro posee una personalidad moral, una conciencia, un *super-Yo*, del que antes carecía.

Lo que ha creado esa personalidad moral o esa conciencia, que ejerce un influjo tan decisivo sobre su conducta, es el castigo, ese nuevo encierro en la torre como consecuencia de su mala conducta en el palacio real. Desde el instante que despierta de nuevo en el encierro, la idea del castigo no abandona a Segismundo; el temor al castigo le obliga a someterse y a obrar bien. He aquí por qué para él, despertarse tiene también el significado de un castigo por haberse conducido mal:

"...no así desvanecemos
Aqueste aplauso incierto
Si ha de pesarme, cuando esté despierto."

El temor al posible castigo origina los conflictos psíquicos de Segismundo. Su primer movimiento en su segunda liberación es, como anteriormente, satisfacer sus deseos instintivos; quiere conquistar a las mujeres y vencer a los hombres que se oponen a su voluntad.

Pero en este momento surge el conflicto intra-psíquico por el recuerdo de los sucesos pasados, y entre ellos del castigo, lo que le obliga a renunciar a la satisfacción de sus deseos.

¿Cómo es la personalidad moral de Segismundo en su segunda liberación? Teóricamente se puede asignar a la moral dos orígenes distintos. Un pensamiento moral puede ser la consecuencia de un razonamiento intelectual, o bien del temor del castigo. Este último es el origen de la moral de Segismundo. Su conducta buena no se debe a que razones intelectuales le presenten las reglas morales, como normas de un hombre superior. Segismundo se conduce bien porque:

"...estoy temiendo en mis ansias
Que he de despertar, y al hallarme
Otra vez en mi cerrada
Prisión."

Toda la moral de Segismundo se reduce a someterse ciegamente a los mandatos de la sociedad en que vive, es decir, a los mandamientos que le fueron dictados por su padre o por el guardián de la torre, a quien su padre le había confiado. Segismundo se identifica con el padre, que dicta las normas de conducta y crea dentro de sí mismo una instancia psíquica que representa a ese padre. Esta instancia psíquica, que es la moral de Segismundo, es lo que el psicoanálisis llama **Super-Yo**.

Es fácil ver, en casi todos los actos de Segismundo, cómo su moral no depende de un juicio lógico, sino del temor al castigo. Esto se observa, sobre todo, en la conducta con su padre, con su guardián Clotaldo y también con el soldado, que representa a los que le proporcionan de nuevo la libertad.

El Rey Basilio, padre de Segismundo, se ha comportado con su hijo de un modo extraño. Después de haberle tenido muchos años sometido a un tratamiento cruel, quiere que Segismundo, en seguida de ser libertado, se conduzca bien. Cuando el Rey observa que Segismundo se conduce mal, como era lógico que sucediese, manda que lo encierren de nuevo en la torre. Segismundo se da cuenta y comprende toda la crueldad que hay en la actitud de su padre:

"Mi padre . . .
Por excusarse a la saña
De mi condición, me hizo
Un bruto, una fiera humana:
De suerte, que cuando yo . . .
Hubiera nacido dócil
y humilde, sólo bastara
Tal género de vivir . . .
A hacer fieras mis costumbres."

Pero, a pesar de sus razonamientos lógicos, Segismundo se somete a su padre y hasta llega a agradecerle lo que ha hecho anteriormente, es decir, el encierro en la torre.

Clotaldo, el guardián de Segismundo, es un fiel vasallo, pero incapaz de llegar a una decisión por sí mismo. Cuando el Rey le ordena algo obedece sin discusión, pero cuando debe hacer algo que salga de su mente, se pierde en vacilaciones interminables. Ya vimos que puede decirse de él que es una personalidad psicopática del tipo del neurótico obsesivo —parapatia anancástica— aunque no existan síntomas precisos y si solamente modificaciones de su carácter.

El soldado que abre las puertas de la prisión en que yace Segismundo, librándole de nuevo, obra lógicamente y, además, con valentía. Merece, por lo tanto, la gratitud de todo el reino, y sobre todo de Segismundo. Pero este soldado, para libertarlo, ha tenido que desobedecer al Rey Basilio. Por esta razón Segismundo, que teme el castigo a cualquier acto de desobediencia al padre, en vez de recompensar al soldado, decide que le encierren para siempre en la torre. Ante todo, Segismundo se somete. Después de haberse sometido, encuentra buenas razones para justificar su conducta. Pero estas buenas razones son únicamente una racionalización y no el origen de su moral.

Vemos, pues, que Segismundo, para evitar el castigo, tiene que dominar sus instintos. Pero dominar los instintos no es empresa fácil, ya que Segismundo tiene una vida instintiva muy intensa. Para alcanzar la difícil victoria sobre sí mismo, Segismundo recurre a diversos procedimientos. Uno de ellos es el desprecio a la realidad que le rodea. Segismundo piensa que si los seres y las cosas que desea son solamente una ilusión, podrá más fácilmente renunciar a ellas:

"Pues mientras menos fuere
menos se sentirá, si se perdiera."

Despreciar la realidad, en efecto, es un medio para desear menos los seres y las cosas reales. Si éstos no existen realmente, no se los desea y, por lo tanto, es más fácil conseguir un dominio sobre los propios deseos. Por un lado, Segismundo tiene que renunciar a la satisfacción de sus instintos; de aquí que la vida real cese de interesarle, ya que la vida real interesa por las satisfacciones que produce; por otra parte, Segismundo, se siente en la obligación de reprimir sus instintos, que le impulsan a cometer acciones que son punibles:

"Es verdad, pues reprimamos
Esta fiera condición...
Esta furia, esta ambición
Por si alguna vez soñamos."

La represión de sus instintos es el origen de lo que Segismundo llama sus "sentidos muertos". Estos dos factores: el desprecio a la realidad y los "sentidos muertos" son la causa de la despersonalización, como una solución neurótica que permite a Segismundo vencerse a sí mismo y huir del castigo temido. En lo que se refiere a la acción del hipnótico con las vivencias psíquicas se puede decir que el hipnótico ha obrado patoplásticamente, pero no patogenéticamente. La causa del modo de reaccionar de Segismundo hay que buscarla en algo muy distinto a la acción del hipnótico. Es el aprendizaje y el sometimiento forzado a las normas de conducta que le dicta su padre lo que le obliga a Segismundo a renunciar a la satisfacción de sus instintos y a los placeres de la vida, y esto secundariamente contribuye a que la vida le parezca un sueño.

Tal sería el significado de las vivencias intrapsíquicas relacionadas con el sueño, en "La Vida es Sueño", en donde el monólogo de Segismundo, entre el mundo sensible y el suprasensible recuerda las antinomias de Kant, entre la razón pura y la razón práctica. Y dentro de la esfera cognocitiva del consciente e inconsciente, se enlaza con el idealismo de Fichte, cuando este filósofo explicaba el no yo —inconsciente— como una especie de shock que el Yo —consciente— sufría.

Y es por esto que la gran obra de Calderón de la Barca encontró

eco en Alemania, con los críticos Schlegel y Rosenkranz, porque, cabalmente, el personaje central, Segismundo, vivía en un plano ultrasensible, dentro y fuera de la realidad al mismo tiempo, sentando un principio de metafísica trascendental, tan grato para los filósofos de la época.

LA OBRA LITERARIA EN EL PSICOANÁLISIS CRIMINAL

En las aplicaciones del psicoanálisis a la Criminología, tienen enorme importancia las agudas observaciones psicológicas de los escritores que crearon obras literarias; no sólo porque los grandes genios de la literatura vieron mejor que los técnicos los hondos problemas de la psicología abismal, sino principalmente, si los apercibieron los artistas, es porque los complejos, el sentimiento de culpabilidad, la necesidad de confesión, etc., son fenómenos existentes que los ojos penetrantes del creador supieron captar aún antes de que se hablara del psicoanálisis.

Los estudios del doctor Angel Garma sobre el suicidio, por ejemplo, están llenos de citas literarias, desde "La Celestina" y "Antonio y Cleopatra" de Shakespeare, hasta el "Werther" de Goethe y "Ana Karenina" de Tolstoi, para no citar sino las grandes obras geniales que junto a las novelas menores invoca el gran psicoanalista español.

Y el insigne penalista, Profesor Luis Jiménez de Asúa, en palabras que unen a la belleza de su forma con la autorizada elocuencia de su convicción científica, en la brillante conferencia que, sobre "Psicoanálisis Criminal", sustentara en el paraninfo de nuestra Universidad, nos hizo entrever en las páginas admirables de "Crimen y Castigo" de Dostoiéwsky la más característica revelación de la necesidad de confesión y el sentimiento de culpabilidad, transparentados en la nebulosa que rodea las motivaciones del crimen, incluso en el propio pensamiento del personaje Raskolnikoff. Lo mismo que en los siniestros relatos de "El Demonio de la Perversidad", en "El Corazón Revelador", en "El Gato Negro" y en "El Hombre y la Multitud", de Edgar Allan Poe, se muestran patentes el mismo sentimiento de culpabilidad y el deseo de castigo, que gravitan sobre el criminal al lado del impulso agresivo o sádico. Porque —como dice Jiménez de Asúa— "el sentimiento de culpabilidad y la autopunición preceden al acto delictivo y no son sólo su consecuencia".

EL INCONSCIENTE EN LAS NUEVAS ESCUELAS DEL ARTE

El mundo moderno del arte no oculta a nadie su subjetivismo, su apego al inconsciente, su desprecio a la razón. Y hay que convenir en que el origen de esta verdadera dirección histórica —llamémosle así— del arte y de la literatura se remonta a muchos años antes de la primera guerra mundial —esa explosión gigantesca de la sinrazón—. Naturalmente ésta, con su secuela de miserias y descontentos exasperó todavía más sus veleidades disolventes, porque no es esta la primera vez que una revolución histórica general se pre-anuncie en el terreno estético.

Los artistas, los poetas, los más adecuados que eran para lanzar el grito de rebeldía contra la razón, se pusieron a la cabeza del movimiento "revolucionario" para liberar sus complejos reprimidos en el subconsciente, personal o colectivo. Y lo que pusieron en circulación, bajo la capa de estética, a decir verdad, no eran sino viejos sedimentos de rebeldía contra la civilización, el orden y las conveniencias sociales y estéticas más corrientes, es decir, contra el **Super-yo**. Todos aquellos que, desilusionados, despechados, fracasados e incomprendidos, incubaban una venganza contra la sociedad, se lanzaron a las nuevas ideas. Y este arte mórbido, como lo hace notar el psicólogo italiano Ferrero, era una defensa contra las tendencias anormales e inconscientes —el Yo y el Ello, diríamos— que acabarían, sin esto, por transformarse en acción.

Los **surrealistas**, por ejemplo obtuvieron —imponiéndose una regla de composición extremadamente difícil y complicada— resultados análogos, aun, más concretos que la "escritura automática". Para estos epígonos de Rimbaud —sin tener como éste la alquimia del verbo y una precoz, pero riquísima y profundamente sedimentada experiencia literaria— la creación es un acto pasivo, de abandono, de voluntad de hacer en sí el vacío para sacar a la **superficie** el fonde **inconsciente**. Habrían conseguido con su método indirecto, perfectamente consciente y lúcido, una radical supresión de la **censura**, organizando, sin apercibirse, en torno de la idea consciente, una constelación de mitos simbólicos inconscientes.

Dentro de la interpretación psicoanalítica de las producciones neo-simbolistas y surrealistas, caracterizadas por la imprecisión, trans-

posición, fusión, oscilación y vaguedad de los juicios y conceptos, habría que considerarlas como substituciones del criterio lógico por el criterio mágico, ya que como resultado de esta invasión del campo consciente por las fuerzas ancestrales del inconsciente, se desorganiza el pensamiento racional y aparecen imágenes arcaicas, estableciéndose las relaciones significativas y expresivas propias de la mentalidad primitiva. Los neologismos, los pseudoneologismos, es decir, el aprovechamiento forzado del significado de la palabra conocida, el abuso de las metáforas, etc., revelan que no hay integración de las configuraciones expresivas, y que para expresar sus vivencias utilizan en el plano de la expresión afectiva los significados procedentes del mundo fenomenológico, aplicándolos en una forzada relación conceptual. Puede decirse, en este aspecto, que más de un escrito de un esquizofrénico podría pasar de tipo de la literatura superrealista, impregnada de imágenes plásticas.

Interesante resulta, también, la interpretación, en este aspecto, de las particularidades de la pintura moderna. El psiquiatra español, Gonzalo Lafora, ha escrito varios trabajos analizando esta pintura ultra-moderna con la de los hombres primitivos y con los dibujos de los infantes. Y nos dice Lafora —cuya cultura pictórica le permite reforzar su criterio psiquiátrico— que el "cubismo" y el "expresionismo" representan el resultado de un proceso de disgregación mental, totalmente comparable y semejante al que producen los dibujos esquizofrénicos; es decir, se caracterizan por su amaneramiento, su rigidez, su simbolismo y su tendencia al geotropismo mórbido.

El literato, médico y psicólogo, Dr. Falconi Villagómez —a quien, por varias ocasiones, no hemos podido dejarlo de citar en este trabajo— en su estudio "Al Margen del Parnaso", dice al respecto: "Dentro del complejo de superioridad, los poetas y los artistas en general, se liberan hoy no sólo de las normas académicas sino de cuantas trabas se encuentran para el mejor logro del arte. Y estando el arte, en general, y la poesía, en particular, ligados a la función del inconsciente, lo liberan de toda clase de censuras. Si la anarquía que existe en la lírica se trasladara a la música y los compositores se pusieran al margen del pentagrama, liberándose de la armonía y del contrapunto, ¿qué sucedería? Sencillamente que, en lugar de innovadores como Wagner, Ravel, Strakinsky, surgirían cerebros dignos de tocar el jazz-band en Harlem. El arte emancipado del espiritualismo y de la técni-

ca, es un automatismo de las formas; de las palabras y de los ruidos. Y ese automatismo, según Augusto Marié, corresponde a los primitivos, a las artes negras, a la música infantil y a las producciones pseudo-artísticas de la demencia"...

Pero, felizmente para la supervivencia del Arte, ese extravío de las novísimas escuelas, parece que ha durado poco. Y como ha dicho Alejandro Carrión —uno de los portaestandartes de la lírica nueva en el Ecuador —refiriéndose a su propia poesía, hoy vuelve, en movimiento de retorno, hacia los temas eternos, sin despreciar a la belleza, expresando sin limitaciones y sin desvíos del inconsciente, todo cuanto alienta en el mundo de los seres y de las cosas; estableciendo las relaciones del arte con la realidad, que es en lo que consiste el gran sentido de la poesía en la vida...

El Arte, psicológicamente hablando, tiene un carácter psicodramático: se parece a una Proserpina que pertenece al averno como al reino de la luz.

¿Una definición de la Paz?

En el catálogo bastante largo de los empecinamientos humanos, cuenta el de hacer constantemente la paz, para violarla con igual ahinco. Aun cuando los historiadores de un sector crítico demasiado pio y cobarde se empeñan por eliminar el relato de los hechos cruentos y, sobre todo, se esfuerzan por esquivar la explicación fundamental de los mismos, y aun cuando el llamado pacifismo pretenda, tras un velo de ignorancia voluntaria, ocultar lo que instintivamente llevan en su seno los hombres y los pueblos, hemos de reconocer que lo pertinaz, lo inesquivable es la sucesión del clamor bélico y la sucesión de la bonanza pacífica, dos suertes de estación en donde da la vida, casi con ritmo fatal.

¿La guerra, entonces, es de nuestra naturaleza? Hacemos bien al contestar rápidamente que no. ¿La paz constituye una heredad humana? Prontamente afirmamos que la paz constituye el mayor de los bienes asequibles. ¿Por qué hay guerras, pues? La tercera pregunta, si somos sinceros y si no somos unilaterales en nuestro modo de concebir las cosas, nos hace dudar. Y digo si no somos unilaterales, pues esta actitud que es simplismo, halla siempre la solución pronta y, por tanto, incompleta. Oigamos sus respuestas: la maldad humana, las ambiciones de los poderosos, la codicia del bien ajeno, el capitalismo, los imperialistas, la intolerancia, etc. Unas cuantas responsabilidades teóricas superficiales, para un suceso tan real, tan hondo, tan complejo, tan constante. Porque la guerra no es la brutalidad humana, tomada a la ligera. Ni la paz la bondad o la bonanza social, brotada también a la ligera en el tallo de las declaraciones pomposas de unos tratantes de tal o cual pacto internacional. Paz y guerra son entidades más sutiles

y complicadas, y mientras más declamamos en favor o en contra de ellas, mayormente ignoramos su entidad cabal y las implicaciones de largo alcance que en su seno abrigan, desde que la sociedad de los hombres y desde que la conciencia de los hombres se han dado cuenta de ellas.

En efecto, ¿puede definirse la paz? Si la respuesta es afirmativa, ¿dónde se halla esta definición que, en realidad, consistiría en el lugar de refugio más cómodo y utilizable? Históricamente hallamos que es usual declarar la paz o declarar la guerra, aunque la declaración de ésta implique una problemática mínima que casi no es problemática; pero vemos declarar la paz, o sea hacer con ella el intento de repoblarla donde antes estuvo y ya no está, vistiéndola al mismo tiempo de formulaciones doctrinarias y de principios jurídicos, a la par que se le acompaña de un aparato defensivo material, que uno y otros dicen: si atentas contra mí, estás en guerra. O sea que toda declaratoria de paz confiesa humildemente su propia debilidad, su insostenible consistencia como definición o como fórmula, pues recae en un círculo vicioso, en una paladina demostración de que ella, la paz, como principio doctrinario o fórmula jurídica, sólo existe en tanto la guerra y la agresión le permitan existir. En otras palabras, una declaratoria de validez tan importante, confiesa tácitamente poseer una existencia negativa, nada más.

Es que acaso la paz sea un estado. Se habla del estado de guerra o del estado de paz. Pero si se la aloja en esta condición, sobreviene otra pregunta: ¿qué clase de estado o estado de qué? ¿Es real, moral o vital? Y si es simplemente un estado, ¿nace en la utilidad, en el interés, en la conveniencia, en el convencimiento, en el acuerdo económico? El cuestionario quizás se acrecentaría en forma desmedida y el afán lógico de hallar asidero sólido desde dónde comenzar, acaso quedara fallido. Lo cual implica urgente retorno al hecho mismo, el rodeo prolijo y detallado de ese dulce país que tanto codiciamos, el levantamiento real de su plano, el examen obediente de su esencia, por extraña que sea a las fórmulas usuales y por incompatible que se presente con los estados aquí aludidos.

LA PAZ, PRODUCTO ARTIFICIAL

El hombre es un animal belicoso. Naturalmente, y en contra de los romanticismos cándidos que ven en la sociedad el germen corrup-

tor del salvaje casi santo, por obra de su caída inicial el hombre es proclive a la agresión. Lo que no tiene, lo toma. Si algo le resiste, lo quebranta. Si la resistencia es superior, sucumbe pero no abdica. No se deja aleccionar por la experiencia: siempre acometivo, toma lo que no le dan. Su natural inclinación demuestra su natural belicosidad.

Dos cosas crecen, poco a poco, en la conciencia humana, mientras va alargando su existencia sobre el tiempo. Y crecen por obra de iluminación, por intuitiva visualidad del mundo y del prójimo, por costumbre o por hábito: la moral y la útil adecuación de lo material circundante. Digo crecen, pues sobre todo la moral, envuelta en ropajes miserables, coexiste con la vida humana más elemental. Y tan atada camina la moral con el hombre primitivo, que muchas veces apenas es un atisbo, una chispa alojada en la ceniza gris, en esa vida gris ceniza del hombre cavernario.

El desarrollo de la moralidad —cosa diversa de la moral—, el desarrollo de los hábitos morales que constituyen la moralidad, es lento como toda tarea de edificación humana, pues en nosotros la súbita iluminación del pensamiento y la carrera deslumbrante del mismo, va compusada por la perezosa lentitud de la edificación personal. El pensamiento en sus niveles altos, el científico y el filosófico, demanda austeridad y firmeza. Pero la moralidad en todo momento exige austeridad y firmeza, si no queremos ver la efigie de nuestro yo echada a pique en cada instante de descuido. Un hábito lo formamos por la pertinaz repetición del acto, que sólo por esta dinámica se transforma en habitual. Pero un hábito de calidad moral, por ser obra de hombría, es una virtud. La virtud se adquiere. Y cuántas veces la adquisición de la más pequeña virtud comporta esfuerzos, sacrificios, tragedias, remordimientos, en síntesis, comporta un caudal de energías anímicas imponderables.

La paz no existe, no está hecha, no nos ha sido dada. No es un dato con el que operamos en nuestras relaciones con los demás hombres. Tenemos que hacerla, tenemos que elaborarla pacientemente, que construirla con la suma de nuestros actos, con la reiterada y esforzada repetición de ellos, violentando la condición belicosa aparejada a la naturaleza humana. La paz es producto artificial, obra de artificio humano.

LA PAZ, VIRTUD QUE NACE EN EL ANIMO ESFORZADO

Aristóteles decía en su Política: "en cada Estado el Soberano es el combatiente y participan del poder los que tienen las armas". El realismo de la observación aristotélica no deja escapar una cruel verdad: la belicosidad adopta formas y sutaliza su manera de ser y de presentarse, llegándose a confundir con lo que en esencia debe ser antibélico: el Estado, forma organizada y estable de la elaboración jurídica. Acaso al griego no le pasaba todavía de su ánimo el tremendo miedo que levantó en Grecia el peligro del asiatismo personificado en Persia, y acaso tampoco dejaba de gloriarse con la revancha tomada por su discípulo sobre esos mismos orientales a quienes la suerte terminó por helenizar. De todos modos, la esencia del Estado, no definida aún con la diaphanidad jurídica que nosotros conocemos, y la cual en buena parte será obra de los romanos, implica la presencia del aparato bélico y del impulso belicoso, tan del agrado de los griegos deportistas. El ánimo naturalmente, no sólo entre los griegos, tiende a la contención, a la superación del obstáculo, al predominio. Y se vale de una técnica adecuada para lograr el éxito, técnica variante y capaz de perfeccionarse, técnica en cuyo servicio se han inmolado todas las técnicas: se vale de la guerra.

El pensamiento de Aristóteles ejemplifica una larga cadena de opiniones filosóficas surgidas ante el suceso bélico. No es el primero, ni es el último. Antes de él la cuestión anduvo en la mente griega. Después de él, sigue caminando con nosotros. Naturalmente las soluciones son adecuadas a los matices del problema o del hecho, pues su presencia tan definitiva, hace que la mente se ocupe de la paz, en ausencia o en cercanía de ella. Teóricos de la paz y negociadores de la paz tratan de dar respuesta, sea en el terreno de la especulación, sea en el del convenio internacional.

Pero nos interesa aquí el asunto en su lado fundamental y permanente, que es el teórico. Y vemos que este lado no sólo compromete el pensamiento incapaz hasta hoy de acertar con una definición, sino que comporta el ataque reiterado de la belicosidad humana, en lucha con la moralidad también connatural al hombre, pero muy lenta en formarse y en ser no sólo definición, sino fuerza definitiva primordial.

La paz, configurada como debe configurarse, o sea convertida en

fuerza definitoria primordial, como toda virtud, nace en el ánimo. Es obra de artificio lento, sutil, cuidado, es obra en cuya esencia no han reparado sino muy escasos teorizadores y en la que, como fuente y raíz, sólo el cristianismo ha sabido penetrar en sus honduras.

Recordemos primero a los teóricos. A uno, al que más finamente ha señalado o acotado el territorio de la paz, Baruch Spinoza. A él debemos una afirmación, que en cierto modo se polariza con la aguda observación aristotélica, citada más arriba: "La paz no es la ausencia de la guerra, sino virtud que nace en la fortaleza de ánimo." Destaco los términos virtud y ánimo, pues en ellos debemos bucear el secreto de la paz.

EL SECRETO DE LA PAZ

Por de pronto, el examen superficial de la Historia nos enseña que la paz, mejor dicho las muchas paces declaradas o concertadas, tienen su fuente en la victoria y en la actitud del vencedor, primeramente. Luego esas declaratorias han seguido la rutina de ser logomaquias, es decir guerras de palabras, en sustitución del hecho bélico real, mediante las cuales el vencedor somete al vencido a un género peculiar de tratamiento, género que ha variado en todos los grados de la escala aflictiva, desde la reparación material injusta, hasta la afrentosa servidumbre personal o moral. Por tanto, la paz lograda, de un lado es imposición y de otro lado afrenta. La consecuencia es necesaria: aquella logomaquia o declaración de paz, constituye una auténtica declaración de guerra.

Luego después, el examen de las doctrinas aparecidas sucesivamente, claudicantes unas, interesadas otras, intencionadas las más, pero casi todas cometiendo el mismo error de convertir en postulado mental o en fórmula jurídica lo que comienza por ser una virtud, el examen de aquellas doctrinas, digo, nos deja en desazón y nos desorienta, contagiándonos del mismo clima de invalidez y de ineptia que envuelve las construcciones teóricas pacifistas, paralíticas expresiones de un no saber que aspira a convertirse en dogma fundamental.

El secreto de la paz reside en otro sitio, positivamente distinto, ubicado en regiones espirituales más hondas y menos exhibicionistas, más modestas, recatadas y heroicas. Porque la paz explica un largo es-

fuerzo, representa hacia fuera un largo combate sostenido entre la moralidad edificante y la belicosidad destructiva, combate interior, prolongado, angustioso, entre el yo y el mismo yo, combate sin miedo a los términos verbales, divorciado de las teorías pacifistas, alejado de las declaraciones y pactos infructuosos, combate, en fin, en cuyo campo se hace a fuerza de actos virtuosos el hombre pacífico, a quien no mientan las doctrinas ni los declaradores de la paz.

Contra la belicosidad natural y el pacifismo declamatorio, no hay sino la positiva y real calidad diamantina del pacífico de ánimo fuerte, tipo humano a quien el desarrollo ético no permite aún situarse en la proa de la actividad política de casa adentro o de casa afuera. Porque sigue siendo cierto lo que en su tiempo, tan remoto ya, dijo Aristóteles: que participan en la función del poder los que tienen las armas. Es decir, la fuerza de cualquier índole que sea, menos la fuerza moderadora de los impulsos y de la tendencia a convertir en cosas de propaganda asuntos tan vitales como la modelación virtuosa del hombre virtuoso.

El secreto de la paz y de su posibilidad está en que mientras se estatuyen normas jurídicas internacionales o se quiere escribir una historia raquítica y cobarde, sin heroísmo o sin epopeya, haya o hayamos quienes, sin temor a los valores entendidos o a los lugares comunes, hagamos lo posible por sustituir al pacifista con el hombre pacífico y de ánimo fuerte, echando a pique la paz teórica y sin consistencia, para crear activa y ardientemente, en vez de ella, una paz que sea virtud y la practiquemos todos, en todos los instantes de la vida. Porque así como no es honesto quien no ejecuta actos honestos en toda su vida, tampoco es pacífico el pacifista que declama en favor de la paz y lleva el ánimo poblado por los instintos belicosos de todos los colores, formas y grados. No es raro el monstruo híbrido, con razón y pezuña, que se proclama pacifista por un lado, y por otro desgarrar a su prójimo en la primera oportunidad a su alcance.

LA ESENCIA DE LA PAZ

Y luego de haber recordado a Baruch Spinoza, pensemos en la raíz y fuente de la paz, virtud cristiana civilizadora de Occidente, pero olvidada en las curvas del tiempo, como si en ella no hubiese configurado Europa la efigie de su cultura. La Buena Nueva se anuncia

en un cántico de paz: paz a los hombres del beneplácito divino, y paz a los hombres de buena voluntad. Virtud activa, actividad que crea hábito, hábito que modela y edifica al bienaventurado. Bienaventurados los pacíficos y los de mansa condición.

No son bienaventurados los dominadores, los legisladores, los impositivos caudillos de pueblos sojuzgados. La ventura no es para ellos, ni se engendra en su actividad externa. La esencia de la paz escapa a su comprensión y es víctima de sus pasiones o de sus actos tendientes a imponer la misma paz, cuyos signos exteriores nada tienen de común con la virtud y el ánimo fuerte. Guerra no es fortaleza. Victoria no es fortaleza de ánimo, pues incontables veces el vencido demuestra ánimo superior a su adversidad y a su adversario, extrayendo de su miseria lecciones de vida nueva, esperanzas prolíferas y seguras rutas para otra senda histórica. Esto han comprendido con claridad los dominadores y unas veces se han asimilado mansamente el espíritu de sus sojuzgados, y otras los han procurado exterminar por miedo a la restauración espiritual del vencido. El espíritu y la inteligencia tienen tan gran aptitud de comprender lo negativo...

La verdad sobre la paz se muestra en horizontes muy distintos. El pacifista mantiene siempre el mismo error: posee de la paz un concepto quieto, estancado, con tendencia a paralizarse. Necesariamente llega a esta consecuencia por olvidar que la paz es virtud y, por ende, es dinámica. Como olvida asimismo la calidad múltiple del instinto belicoso, hoy de un cariz, mañana de otro. ¿Ejemplos? La Pax Romana del imperio clásico, paz diversa de la eirene o actitud griega ante el problema, del cual el hombre griego extraía lecciones de estética o doctrinas filosóficas propicias. Y por sí no basta el ejemplo de Roma, ahora mismo tenemos una paz agresiva, una paz que tiñe de lividez cárdena el rostro de un país con ánimos de liderato, como es Estados Unidos, que tiembla ante la paz trepidante de la U. R. S. S.

Las formas de la paz deben ser cambiantes y no anquilosadas como pretende el pacifismo, que confunde formas con fórmulas. Mas la esencia dinámica de ella permanece inalterable: virtud que genera hombres pacíficos, hombres que en actos sucesivos de virtud dominan la belicosa y dramática situación interna del hombre natural y con artificio primoroso lo convierten, por obra de moral profunda y res-

ponsable, en hombre verdaderamente social. Porque no es paz la igualdad monótona del hormiguero, ni el horripilante maridaje de las sierpes en un nudo de viboras. Cuántos países pacifistas son el hormiguero. Y cuántos pactos de unión son el nudo de viboras.

ERROR TEMPORAL Y DE PERSPECTIVA

Si descontamos la parte de buena fe que existe en el fondo de las instituciones pro paz, hallaremos en ellas la marca del miedo a una próxima guerra, acaso muy natural actitud en quienes acaban de sentir una en cuerpo vivo. Pero a más del miedo y de la buena fe en pequeña dosis, hay en las célebres instituciones modernas pacifistas un tremendo error de temporalidad y de perspectiva.

Amén de confundir la paz, que es virtud, con una formulación inoperante de la misma, se incurre en otro yerro tan peligroso como este: se olvida que antes de la norma debe existir el hecho digno de normarse, que antes de una doctrina debe surgir una conciencia correspondiente y predeterminante, sin la cual normas y doctrinas de esta índole son especulaciones en el vacío.

No soy partidario de la eliminación de las entidades pro paz, ni su fracaso me causaría regocijo. Por el contrario creo en el deber de todos a apoyarlas y, lo que es primordial, a encauzarlas. La Sociedad de las Naciones fracasó por el mismo error temporal y de perspectiva del que adolece la presente Organización de las Naciones. No fué la guerra quien puso punto mortal a la S. D. N. Decir tal cosa es no comprender ni la corteza del suceso histórico. Antes del hecho bélico de 1939 estuvo periclitada dicha entidad. Del mismo modo, tampoco supongo que sea una nueva guerra la que ponga a prueba de fuego a la O. N. U. Ella misma entrará en esta especie de juicio de Dios, si no recobra la visual perdida entre el estampido de palabras vanas.

Tenemos que crear el tipo correspondiente de hombre pacífico, así como tan inútilmente se ha creado el pacifista. Este no ama la paz ni la práctica. Sobre todo no la práctica. Hace con ella comedias, dramas, novelas, películas, artículos de periódico, fotografías, pampinas, en suma. Pero no hace de ella la norma de su existencia cotidiana, pues el pacifista aún no deja de ser un fóbico en las relaciones políticas, un extorsionador en las relaciones económicas, un farsante

en las relaciones sociales o religiosas, un indecoroso en las relaciones jurídicas, un mentiroso en lo que dice o escribe para los demás. Hay un ejército incontable de pacifistas a sueldo de determinadas farsas internacionales empeñadas en mantener criterios falsos o en desviar el curso normal de los sucesos humanos.

Pero el hombre que ha hecho de la paz su virtud social primaria, no sigue tales caminos ni se presta a tamaños juegos cuyo des- crédito comienza a ser notorio. Echa su simiente, por pequeña que sea, y espera con su conciencia clara y enterada del deber que le compete, pues su obra requiere de larga espera.

Comprendiendo esta virtud fundamental de la socialidad futura, debemos aproximarnos con otra estrategia a nuestros prójimos y volver a hacer de ellos lo que son en verdad: prójimos. Y debemos eliminar para siempre el concepto paradójal que ha reemplazado al auténtico: prójimo es el que está próximo, el que es sujeto y objeto de nuestra proximidad, no ese extraño a quien denominamos "prójimo" como diciendo aquel que nada tiene que ver con nosotros. Muchas técnicas y artimañas manejamos en el arte de acercarnos a este paradójicamente alejado prójimo. Pero hemos olvidado la sustancial manera de aproximarlo: el amor y la ética puestos como cimiento de la existencia conjunta. Nos acercamos al prójimo en el tiempo, en el espacio, en la técnica, en el odio, en la muerte. Pero andamos lejos de él en la auténtica vida, que es el amor.

Dos cosas son necesarias para formarnos una cabal idea de la paz: crear conciencia pacífica, y crear vinculaciones éticas, por encima de las aproximaciones técnicas, lo cual demanda un cambio de perspectiva hacia los demás.

Febrero 28 de 1952.

Un peso muerto: América Hispana

Si queremos dar culto al Libertador de América, apartémonos del mito. Cerremos las puertas a la fábula. Huyamos de la versión fetichista, de la magia desnaturalizadora, de la mitomanía desocupada. Y busquemos en nuestra realidad exacta la medida de su anhelo. Estudiemos los propósitos y alcemos el postudalo frente a la rimbombancia y la cursilería.

Bolívar, constructor de la libertad, no es una deidad simplemente solemne y ornamental: es una exigencia. La exigencia, diariamente renovada, de mantener sus ideas.

Humanicemos a Bolívar. Encontrémoslo, descubrámonos en él. Combatamos con su intrepidez por una realidad democrática sensata, sin frenesí.

Bolívar académico; Bolívar totemizado; Bolívar habitante de museos, ornamento de discursos, deidad de retórica barata, es el único enemigo declarado de Bolívar.

Busquemos ser el pueblo sincero, diligente, circunspecto, tersamente comprensivo, que oye a Bolívar en el corazón. Con este Bolívar humanizado y diáfano, acendradamente sencillo; con este Bolívar sano, saludable, puro. Con este Bolívar diluido en la vida limpia, en los imperativos de la conducta; con este Bolívar indivisible, impar, íntimamente conllevado, encaremos al Bolívar que nos sale al paso desde todos los desvanes, coronado de adjetivos y adobado con todos los aderezos de la mitomanía perdularia.

Huyamos del Bolívar que construyeron, en todas las latitudes de América, los desocupados y los alcornoques.

Meditaba yo de esta manera cuando periodistas colombianos —Posada, Restrepo y más— de estirpe bulliciosa e intrépida nos visitaron a los ecuatorianos. Nosotros los recibimos apasionadamente conmovidos. Una vieja ansiedad de abrazar americanos; es más: de abrazar gente sincera y luchadora de América, se nos vino desde adentro.

A poco de llegados los compatriotas en Bolívar, dimos en la flor de conjugar los sentimientos, las convicciones, el quehacer doméstico y periódico, con las convicciones, la sensibilidad, la perspicacia mental y espiritual de los visitantes: y vimos ¡oh, sorpresa! que éramos iguales, de punta a cabo de esta americanidad lacerada que vivimos ahora, bajo la égida de una truhanería política, en vigente actitud ofensiva y turbia. Esos periodistas inteligentes —oradores de viva gesticulación y palabra suelta, sin machacarla en la noria retórica—; esos periodistas hablaron de una cierta conducta americana que nos corresponde a los ecuatorianos: y encarecieron el goce democrático de nuestra libertad. Sea en buena hora como ellos lo han visto: el Ecuador aparece, así, como siempre, un país de contraste, al menos en el ordenamiento doméstico del momento, si bien dentro de la somatología del hemisferio asomemos sin piernas, desrabadillados, como eficaz resultado de la política del Buen Vecino, sonriente y ágil mutilador de nuestra amazonia indeclinable.

Alguien dijo que para sensibilizar la vida y hacerla provechosa hay que "levantar el peso muerto". Sonaría esto a pragmatismo, a cursillo de filosofías Industrializadoras de William James, en beneficio propio y de la propaganda que el iroqués nos vende a los latinos en revistas de tonelaje: más, a la verdad, vivir es moverse, es preferir, es estimar, es dar y recibir, es cambiar de posición, es conducir. Conducir, dinamizar el acto humano, esa y no otra es la misión de la especie en sociedad. Acto humano valorado y conducido: he ahí la actitud pro-

vechosa que conlleva fruto, resultado. Los dechados de conducta, las conductas múltiples, dirigidas, encauzadas, constituyen la intravitalidad humana que se sedimenta en la herencia proteiforme de la cultura.

En nuestra América, poco simpática para los selváticos cazadores de cabezas que descubrió Ferrándis Albors en el occidente europeo, a raíz de la muerte de Doumergue, Presidente de Francia; en nuestra América, que contrasta con el occidente cristiano de la Europa, ebrio de sangre y cenizas; en nuestra América —la de Espejo, Bolívar, San Martín, O'Higgins, Sarmiento, Montalvo, Mitre, Rodó y los actuales héroes emancipadores de Puerto Rico (que quieren expropiar su escudo de armas hispanoamericano de poder del ropavejero Truman); en nuestra América, digo, se escucha un toque de rebato inmensamente agudo: la caza de cabezas propia del Estado Absoluto hegeliano —hitleriano—francoide— se ha iniciado y está en vigor. Y hemos empezado a vivir de insalubres ficciones. Creemos que el hombre indioamericano dispone todavía de su libertad. Fantaseamos con la hipótesis de nuestros rötulos democráticos. Suponemos que todavía no están obstruidos los arcaduces nutricios del trabajo libre, de la escuela, de la opinión. Ideamos, en suma, que somos libres; y no vemos en las narices el garrote del gendarme o el birrete del usurero semita, ofendiendo el rostro del continente desde el Labrador y Terranova hasta la Tierra del Fuego. Queremos creer que podemos todavía hacer funcionar en sus propios pivotes la conducta libre americana que nos legaron los emancipadores y que no está entorpecido aún ese anhelo de lo móvil, de lo esencialmente transportable y germinador, por la herencia, de generación a generación, de hombre a hombre, de pueblo a pueblo, en lo tradicional histórico y evolutivo. Inguenamente confiamos en que todavía somos capaces de entregar grandes lotes de energía a los principios democráticos, articular los anhelos y los esfuerzos de un país con los anhelos y los esfuerzos de otro país. Y nos arrastramos así, lentamente, día a día, en un aglutinamiento indiferenciador de concepciones y actitudes, sin echar la vista sobre la magia negra de una política de opresión que nos circuye y que es el más amenazante espectro que mancha el continente desde la emancipación y las guerras libertarias hasta nuestros días.

A este paso de galbana frente a problemas de vida o muerte nos dejamos ir. Nos movemos, rutinariamente entre la casa y el bufete o el taller; nos aturdimos en la *boite* o en el cine; mascullamos palabras con un diario entre las manos; vemos el noticiario yanqui sobre las hazañas en Corea, y lo damos por verdad, aunque fuese truco fotográfico, pagándolo con nuestra plata; pagándolo, en efecto, como nos hace pagar el iroqués toda propaganda suya, incluida la revista "Selecciones" y otras réclames del pillaje americano; y nos vamos al lecho, después de alguna película insultante a un país latino o demostrativa de las hormonas de esas evas millonarias que fuman y sonríen; y nos vamos, digo, entre una tos que mata y una canción que nada salva. Y los días pasan, los tiranos engullen y todo se hunde bajo el fascismo desatado en Indoamérica,

Los ídola forí de Lord Bacon andan sueltos y se alzan por todo derrotero americano. Conspira así contra nuestra realidad irrespetuosa de sí misma una de las mentiras declamatorias de más conspicua estirpe: la frase hecha de la *solidaridad continental panamericana* que tanto cuesta ya al Nuevo Mundo alejado por entero de ese tipo de mundo humanista que los discretos, en poco número, quisieran construir.

Conversando cierta vez con un talentoso pedagogo colombiano, éste me decía: "Cada pasaporte concedido en un país de América no es otra cosa que un *tiquet* de recíproco antagonismo para que el americano visitante se burle del americano visitado y para que el americano visitado explote febrilmente al americano visitante. Desconfíe usted, amigo mío, de este panamericanismo que no tiene, por de pronto, otro sentido intrínseco". La verdad es que, recibiendo esta doctrina con beneficio de inventario, es indispensable darla por cierta en alguna medida. No solamente los productos de la riqueza física, de la industria, de la agricultura, rebotan contra las barreras aduaneras y hay hambre en el país vecino cuando en el otro se incinera el café o los productos exportables: es el espíritu, es la mente que topan en la panza del politicastro oficiante o chocan con el gesto avinagrado del hacendista curialesco, o se hieren en el tolete que va a la grupa de los gendarmes y polizontes que construyen la guardia de corps de

cada César mestizo de nuestra América; es el espíritu que hace impacto y regresa cuando atuzza los mostachos el salvapatrias providencial, bajo cuyas pezuñas se hunde el hemisferio. He aquí pues cómo la conducta americana es conducta de crisis, cronicidad comatosa; he aquí pues que todo género de conducta de tipo específicamente continental, plenariamente hispanoamericano, mestizo, nuestro, resulta impracticable, ineficaz. Por este modo, cada país indolatino constituye un reducto de caracol, una área celular prediseñada por las barreras de todo linaje; y cada pueblo un loco encerrado que quisiera asir su bandera y blandirla, y clavarla al tope en la más cimera cumbre del mundo de Colón.

Obsérvese, no obstante, a veces, un intento de fuga para burlar las realidades dolorosas que quieren matar al Nuevo Mundo, o hundirlo bajo el pisotón de los detentadores criollos o foráneos que alimentan sus mastines en los presupuestos fiscales de cada Estado. Se están escuchando clamores aurorales, singularmente desde las coces peronistas de indiana estirpe, aplicadas a la frente de la libertad de opinión universal con la clausura de "La Prensa" de Buenos Aires. Se escuchan voces en forma exuberante de paso por las tribunas universitarias o en las columnas de los periódicos inteligentes, o en las peñas literarias, o en las hoyas del Ande donde quedan y se encuadran ciudades indohispanas, suerte de reservorios humanos que tutelan los principios, los postulados, la raigambre espiritual.

En una América traicionada; en una América villpenciada; en una América enredada y caída en brazos de los filibusteros modernísimos, es difícil hallar un pueblo donde se predique, a toda voz, la doctrina democrática inquebrantable, la fe de Bolívar, el credo de la libertad. Los periodistas colombianos que visitaron la patria ecuatoriana creen, no obstante, que ese pueblo yace aquí en las cabeceras del Amazonas, patrimonio quiteño de incuestionable legitimidad, o al pie del Pichincha, en cuyos flancos fue sellada la Libertad de América. No es difícil, ciertamente, que el ojo del viajero, deslizándose desde la meseta cordillerana y llegando al mar de Balboa, descubra ciertos contrastes y, desde las cumbres nevadas eternamente, observe con ansiedad las ataduras que de latitud a latitud cruzan sobre el pecho

de América. Ataduras, cadenas, cerrojos: toda una flora alarmante de las forjas que construyen la servidumbre continental. Ataduras, cadenas de galeote que parecen fabricadas con el mismo material de los auriculares que circuyen los cráneos pelicalvos de las Naciones Hundidas, que no Unidas. Ataduras todas ellas trabajadas con el entorchado de oropel de los galones y charreteras "ersatz" tomados de entre las ruinas del Palacio de Deportes, el Reichstag y la Puerta de Brandeburgo. Charreteras que no son precisamente las que brillaron en Junín y Ayacucho en hombros del valiente de ayer avocado a las batallas rugientes, al ciclón de la guerra sacrosanta, de la guerra emancipadora; ataduras aliñadas por el tinterillaje político que nada tiene que hacer con la política hazañosa, un poco salvaje a veces, constructivas las más, de hace una centuria; ataduras, en suma, donde el simoníaco, el lechuguino que calza espuelas y el valentón engañado ponen por igual ambición y descoco, para modelar una imagen de América sellada a sangre.

¿Qué hacer dentro de un continente que vive de los textos de historia sofisticados por las riñas limitrofes, de los mapas escolares teñidos y desteñidos a mansalva, de las geografías escritas para una docencia socarrona de piratería y meridicidad; qué hacer de un hemisferio que incinera el café y los alimentos, que entrega sus materias primas en actitud de oveja degollada, que llama, en su prensa lacaya, "asesinos" a los combatientes por la libertad en Puerto Rico, que tolera las boberías cinematográficas desnaturalizadoras del sentido puro del nacionalismo convirtiéndolo en política egotista de las taifas? ¿Qué hacer cuando el sentido de masa y de masa rebelde que descubriera Ortega y Gasset —otro de rebelados con conflicto personal— ha pasado a ser patrimonio del mestizo insolentado que detenta el poder, o bien se ha puesto a servicio de los aduladores de muchedumbres, de los adonis de camuflada identidad política, de los envilecedores de ujieres y mozos de hotel, de los creadores del neo-corporativismo fascistoide elevadores de salarios a cambio del degüello de la ética institucional y estatal; de los traidores a los programas democráticos preconizados por ellos mismos como escabel político? ¿Qué hacer cuando se apalea a los periodistas, por series; qué hacer contra los arrebatos y atracos de este prusianismo mestizo, cholejón y bas-

tardo? ¿Qué hacer cuando se dispara a quemarropa, cuando se mata en las calles de las capitales americanas, cuando la soberbia del mestizo que desconoce su origen y lo odia, en híbrida mezcla con el atuendo de los fascistas fugitivos de Italia se ha dado en la flor de mover los instintos corporativos —el deus ex machina de Mussolini— descubriendo ese resorte secreto en el hambre de los betuneros, de los tranviarios, de los voceadores de periódicos que se traicionan, pobrecillos, a sí propios? ¿Qué hacer contra los dómines explotadores de multitudes que tuercen el destino y la naturaleza de los sindicatos?

Las raciones de libertad concedida se dejan observar en la gran mayoría de los pueblos del hemisferio. Nada menos: a Puerto Rico se le permite canturrear su opresión en el bolero y hacer que la copla se vaya camino de los pueblos hermanos del continente; pero cuando Puerto Rico pide noticias sobre su autonomía en el Continente de la Libertad, la canción es otra: ella nace de la boca de los revólveres automáticos que portan los pistoleros iroqueses. Ya dijo alguna vez el adalid norteamericano de las democracias, Paul Robeson, —el hombre de color más autorizado de toda su raza oprimida—, refiriéndose a las ficciones libertarias de que viven los pueblos del Norte: "Por algo será que la Estatua de la Libertad siempre está dando las espaldas a los Estados Unidos."

Pues bien: menuda tarea le queda a América Hispana para quien no hay otra fórmula que bajarse a los inframundos de la filosofía popular y oír la aspiración legítima de los pueblos sojuzgados. Esa filosofía popular, filosofía del esfuerzo y de la fe, tiene apotegmas inquebrantables. He aquí uno de ellos: "hay que aprender a levantar el peso muerto". No se trata, pues, de levantar sobre las espaldas llagadas el peso de los capitolios orgiásticos. Se trata de levantar un continente caído. De alzar sobre el hombre americano de hoy la mitad de un mundo venido de bruces, casa abajo de las tradiciones libérrimas. La mitad enferma de un mundo que experimenta la recidiva incalculable del fascismo que arroja sus esporas sobre todas las latitudes. Esporas

que vienen sobre los vientos de guerra que se andan desatados a nombre de "pacificación"; una paz a culatazos y explosiones; una paz de alambrados y arrasamiento de ciudades. Una paz conveniente para los que la imponen sobre los sepulcros.

¡Levantad el peso muerto! Desde acá os ayudamos, amigos de toda América Hispana; desde este Ecuador, donde todavía resuenan, no obstante todo, los tiros de Pichincha y de Tarqui; desde este Ecuador, víctima ayer de dictaduras; desde esta fracción de la Gran Colombia donde el chapetón —hay uno, nuevo, desde 1936, en la España nuestra— quiso ahogar la marea libertaria del Real de Lima; desde este Ecuador, donde discurren las últimas palabras del Delirio de Bolívar sobre el Chimborazo; desde este Ecuador, pequeño y ofendido, mutilado hasta los pulmones por el tiburón de la Buena Vecindad que, como en sus desarrollos cinematográficos, lleva una Biblia bajo la aleta; desde este Ecuador, al que insultó en Río de Janeiro un prosaico orador de palabras de ladrillo, el mulato Graca Aranha, lacayo de Sumner Welles, gángster "sioux" de noticiario cinematográfico; desde este Ecuador os llamamos a todos y os incitamos a que oséis todo cuanto osar podáis, pueblos de América Hispana. ¡Levantad el peso muerto! El mensaje intenta llevar en vilo un continente. Menuda empresa, a la verdad: mas, no dudéis que destino de hispanoamericanos fué siempre el redondear el mundo y levantarlo hasta el sol.

Federico González Suárez

PARA "ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA",
(Tomado del libro: "HOMBRES Y MUJERES DEL ECUADOR")

EL QUITO EN QUE NACIERA FEDERICO GONZALEZ SUAREZ

El Quito puramente colonial, en el que no disonaban aún ninguna construcción que pretendieran libertarse de la española conquistadora. El Quito de las abuelas que portaban gorguera y puños de encaje albisimo sobre el vestido de lustrina oscura o de moaré de oro, competidor de aquel destinado a los ritos católicos. El Quito del Rondó galante y el Minué, baile éste que descubría el milagro de los miniados picesitos de las mujeres por bajo del enorme círculo de las crinolin. El Quito en que los hombre intercalaban, vanidosamente, entre su nombre de pila y el apellido, el de afirmativo de aristocracia de antiquísima cepa. El Quito del "Arco de la Reina" y el "Arco de Santo Domingo", bajo cuya sombra cobijadora, se cruzaron, en más de una ocasión, las estocadas de los caballeros que rubricaron con sangre el testimonio de amor a su dama. El Quito de las chullas tapadas, que velaban, coquetonas, el fulgor de sus ojos entre los pliegues de claros y fantásticos mantones de flecadura enredadora de corazones. El Quito de las calles "Del Robo", y "De la Ronda", y "Del Cucurucho", y "De los Milagros", y "De la Mama Cuchara", y "De las Almas", y otras más; tituladas así, por las imágenes de las hornacinas de sus portones o las leyendas populares que las bautizaron.

Y en este Quito, en el antiquísimo barrio de "Santa Catalina", el doce de Abril del año del Señor de mil ochocientos cuarenta y cuatro;

de Don Manuel María González, colombiano, y Doña María de las Mercedes Suárez, quiteña, nació Federico González Suárez.

Su infancia, como casi todas las infancias de los grandes hombres, fué dolida. El mismo la pinta de esta manera, en sus "Memorias Intimas":

"Yo era huérfano y desvalido, no tenía más amparo que el de mi madre: ¿qué amparo podía ser el de una señora viuda, de salud delicada y tan pobre, que, casi todos los días iba yo a la escuela y al colegio sin más desayuno que un pedacillo de pan, lo único que mi madre alcanzaba a proporcionarme con su trabajo? Eramos tan pobres yo y ella, que carecíamos de todo: mucho tiempo yo fui a la escuela descalzo, porque me faltaba un par de zapatos, que, por cierto, en aquella época costaba muy poco."

Un día, demasiado tierno para retener en su mente la imagen moral y física del padre, sintióse huérfano. Y no la muerte ni el olvido de los deberes paternos de su progenitor, le sustrajeron a éste del hogar. Don Manuel María González, que viera, con orgullo, su propia reproducción, y, con ella, la perpetuación de su casta, debía dejar el hogar; abandonando, aparentemente, a la esposa amante y a su hijo Federico: imperativo cruel de la vida, que quiso vengar en el padre la culpa del Luminar engendrado por éste, en tiempos de plena oscuridad moral y material en nuestro Ecuador. Laceria física y no moral, aisló al padre del hogar con amor formado y dejado con dolor triplemente torturante: su enfermedad incurable y contagiosa, más aun, temible; la esposa inigualada y el hijo, del que apenas escuchó los primeros balbuceos. Oligamos lo que al respecto de su padre, dice el mismo González Suárez:

"Mi padre arrastró en Colombia una existencia dolorosa de pocos días: enfermo, abandonado de los suyos y en suma pobreza. Los últimos años los pasó en la resignación cristiana; y espero que una alma para la cual abundaron en este mundo las tribulaciones, encontraría en el otro una abundancia mayor de divinas misericordias. No he podido descubrir con seguridad, ni el año, ni el día, ni el lugar de su fallecimiento: el lugar donde reposan sus restos mortales me es del todo desconocido. Donde quiera que yazgan sepultados, aguardan la resurrección de la carne, para unirse de nuevo con una alma que salió de este mundo con la esperanza de la inmortalidad."

Las primeras letras, que él las enseñaría, más tarde, en la más excelsa forma castellana; y los primeros trazos de palotes y letras que, años después, debía sublimarlos, como ningún otro hijo del Ecuador, las aprendió de los Padres Dominicos. Estos, bajo las arcadas coloniales de su convento, acariciaron, paternalmente, la cabeza del cenefio muchachito que, en día no lejano, habría de asombrarles con su ciencia.

Mas, no mano extraña modeló su espíritu, ni artifice alguno vertió en el molde de su cerebro el oro de la sabiduría que él lo transformaría en verbo. Su madre, su santa madre —como él solía llamarle— la que un día formara con su carne y con su sangre el cuerpo del hijo, informó ese cuerpo con su sopro divino. Y, así como había dado un hombre a la vida, dió un sabio a la Patria. Porque Federico González Suárez, según su filial expresión, fué obra de su propia madre.

De los claustros de Santo Domingo, pasó a estudiar Humanidades y cursos de Filosofía y Latin en la Universidad de Quito. Terminados, brillantemente, sus estudios universitarios, ingresó en el Seminario Mayor de San Luis, para estudiar Ciencias Eclesiásticas. Deseoso de profundizar dichas ciencias y aquietar por completo sus pasiones mozas, entró en la Compañía de Jesús. Y, en la soledad de sus claustros, encontró los dos tesoros ocultos a los anhelos profanos.

CUENCA: MADRE DEL INTELECTUAL

Es en la hermosa Cuenca del Ecuador en donde Federico González Suárez pasó sus mejores años, aquellos que acendrerón su amor por las ciencias y las bellas letras.

Cuenca, la ciudad privilegiada, cuyo bello y fértil suelo fué pródigo de fuentes magnificas en las que aplacara sus sedes el joven científico. Hablando de ella, decía cierto día a sus discipulos:

“ Mi madre es madre del hombre. Y Cuenca, esta maravillosa Cuenca de los Andes, es, propiamente, la madre del soñador, del intelectual, del científico.” (Lo he recogido yo de quienes escucharon al Maestro). El Maestro: que hallara lejos de su tierra natal lo que ésta le negara incomprensiva, como inmisericorde. A confirmar lo último, vienen las palabras de cordial acogida del santo y sabio Re-

migio Esteves Toral, Obispo de Cuenca, cuando González Suárez le pidiera asilo:

"El Arzobispo de Quito y el Obispo de Ibarra le rechazaron a Usted, ¿no es verdad?: pues yo le ruego que honre Usted mi Diócesis, quedándose aquí, en Cuenca, donde el Clero y el Pueblo le aprecian de veras."

Y, desde ese entonces, Cuenca le declaró **Hijo Predilecto**. Y Federico González Suárez amó a Cuenca, como un hijo ama a su madre adoptiva. Lo digo, para honra y prez de quienes somos cuencanos.

Todos los valores del último tercio del siglo anterior y lo que llevamos vivido de este siglo, en las comarcas azuayas, le deben su sabiduría: Julio Matovelle, José Peralta, Francisco José y Rafael María Arizaga, Miguel Moreno, Honorato Vázquez, Remigio Crespo Toral, Tomás Alvarado, Juan Cuesta, Gonzalo Córdova, Benjamín Cordero, Manuel J. Calle: luminarias de primer orden en la política, la diplomacia, la clerecía, la literatura, el foro, el periodismo. Todos éstos y cien valores más de la Morlaquia bebieron en tan rica fuente la ciencia que supieron hacerla producir el ciento por uno.

Cuenca influyó poderosamente en el cerebro, en el espíritu y en el sentimiento de González Suárez. Escuchad lo que, al respecto, afirma uno de sus más documentados, veraces y minuciosos biógrafos, Nicolás Jiménez:

"Allí, en Cuenca, se inicia el génesis de su pensamiento y de sus doctrinas, son esos los años de la formación de su inteligencia y del desenvolvimiento de su carácter. El ejercicio de la palabra, los estudios históricos, los estudios literarios, las polémicas, las investigaciones en los archivos y en los restos arqueológicos, la organización y disciplina del clero, la doctrina en materia de cuestiones políticas, todo lo que constituye la figura única y eminente de González Suárez, tiene su origen en aquellos años de ejercicio sacerdotal en Cuenca."

Parece que la naturaleza pródiga de la Capital Azuaya, la cristalinidad de sus aguas múltiples y torrenteras, la eclosión virgiliana de sus campos y vegas, el hondo misticismo de su estructura colonial,

sus calles rectilíneas —como el espíritu de sus habitantes— influenciaron, de manera providencial, en la formación espiritual y letrada de Federico González Suárez.

El, en cambio, hurgó los tesoros de su suelo, estudió sus tipismos bellamente autóctonos, inquirió al "Cojitambo", ("Curitambo", depósito del oro), al "Chordeleg", al "Ingapirca", al "Huatana", al "Cauzhin" y otros montecillos-tolas de aborígenes. Y habló de los Indios Cañaris con perfecto conocimiento de ellos; conocimiento adquirido a través de sus ánforas cuajadas de escrituras geroglíficas, que, el paciente Arqueólogo, supo descifrarlas; mediante las claves de su ciencia y su cariño ilimitados; con la visión y estudio de sus ídolos de oro, plata, piedra y barro, burilados y tallados con primor; de sus palacios y ciudades —respetado por los siglos el "Ingapirca" o "Palacio del Inca"; o devuelta a las miradas del sol por manos de sus hijos, como la ciudad cañari de allende el Tumipamba, hacia el Oriente de la ciudad española de Cuenca.

Once años de estadia en Cuenca, desde mil ochocientos setenta y dos, hasta mil ochocientos ochenta y tres, como Sacerdote de dicho Obispado, en el que recibiera las Ordenes Sagradas, egresado ya de la Compañía de Jesús, por razón de ser el único hijo de su madre anciana y tener que velar moral y económicamente por ella. Once años de acendramiento científico. Once años de dación espiritual e intelectual a los Azuayos. Once años que fructificaron munificamente para El y sus discípulos.

FEDERICO GONZALEZ SUAREZ: HUMANO

Un hombre de alcurnia letrada aislase de la sociedad, tachado por ésta de ególatra y orgulloso, sin comprender que tal aislamiento fruto es de selección espiritual y altitud de pensamiento.

Solas se destacan las cumbres en el plano terrestre, por ello se las distingue y admira. Igual sucede con los hombres: los triviales, los adocenados, los mediocres, en fin, se dan —y con hartas baratura y continuidad, a las muchedumbres. Mas, los hombres de verdadera selección moral e intelectual se recogen en sí mismos, viven su vida interior y propia, acrisolando en ella el oro del saber que, cualquier día, será la riqueza del Mundo; albergando ésta vida en el sagrado

de su hogar, sustrayéndose al bullicio exterior, bullicio impregnado siempre de maligno rencor para las cumbres humanas.

En este aislamiento máximo —como en el caso de Federico González Suárez— la sociedad —plana y lisa por demás— forma poco a poco, con la argamasa de su incomprensión y envidia, el pedestal del Hombre - Luz.

De nieve es el manto en que se embozan las cumbres, por hacerse inaccesibles al profano escalamiento de los hombres. Y un manto de nieve reboza, aparentemente, el corazón de los hombres eminentes. Y tan de nieve, que sólo a pocos les es dado sorprender el cráter llameante de ese corazón, bajo del manto immaculado.

Algo de este cráter he de mostrar a los ecuatorianos, sorprendido allá, en las mocedades de Federico González Suárez por sus discípulos: los únicos seres capaces de cariño, comprensión y veracidad. Recordemos que, entre los discípulos de Cristo, el Divino Maestro, sólo se encontró un Judas.

Lo que voy a relatar ocurrió en una de sus Clases de Literatura, en el Colegio Seminario de Cuenca. Asistía a dichas clases un grupo de jóvenes, entre los cuales, años más tarde, destacarían verdaderos valores de las Letras Patrias. Uno de éstos, Juan María Cuesta, muchacho que tenía como quien dice el diablo en el cuerpo y que, mientras aparentaba escuchar la lección, ejecutaba mil travesuras no muy santas.

En varias de éstas le había pillado ya el Profesor. Y un día que él explicaba la figura literaria de **Hipotiposis**; Juan Cuesta trataba de pescar cierto animalillo en el cuello de la camisa de un compañero suyo, cuando González Suárez le ordenó:

—Tú chico Cuesta, dáme un ejemplo de la figura literaria que estoy explicando.

El chico, levantándose presto, contestó:

—Cómo, Señor Profesor,
incurre en cacofonia?...

—Mi Dios, qué sucedería
si fuese yo el pecador?...

González Suárez, mordiéndose el labio, reprendió al insolente,
tanto o más listo que el discípulo:

—Con o sin cacofonia,
has de citar el ejemplo.
Si no, la palmeta mía
te lo sacará del...

—templo, —concluyó el muchacho, —señalándose las partes de más
bien alimentadas carnes.

Sonrióse González Suárez e insistió más serio:

—Venga ya esa figura, poetita Cuesta...

El chico se puso más serio aun y respondió resueltamente:

—No sé si piojo de cerdo
o cerdo con piojo veo:
peludo, incoloro, lerdo,
entre los feos, refeo;
un colosal mastodonte
capaz de dar susto al diablo,
va internándose en el monte
del cogote de Luis Pablo.

—Bien!, muy bien!, —aplaudió el Profesor—;
—mas, aquesto no me priva
de llamar al José Raco
a que, quitándote el saco,
te acaricie en carne viva.
Tú me has dado la Figura
yo la esculpiré en tu templo:
para que sirva de ejemplo
de cierta literatura...

Y, como dijo, lo hizo. Subió el viejo Portero, despojó a Cuesta del

saco y algo más... y le propinó una soberbia tunda de azotes en salva sea la parte y en presencia de todos los compañeros ejemplificados.

Cuando el muchacho, rencoroso y gimoteando, se subía los pantalones, González Suárez le llamó y consoló:

—Esto no obsta a que te ponga la nota máxima en el certificado. Y, a fin de que te consueles más pronto... Toma... —Y puso un sucre reluciente entre las manos del poeta, sonriente ya.

Años más tarde, el Literato y Orador Sagrado, digno discípulo de tal Maestro, relataba este cómico episodio, lleno de orgullosa emoción.

Esto nós muestra que, si los años infantiles de Federico González Suárez fueron demasiado tristes y azotados por la vida; como los de su mocedad lo fueron también; mas, no ya por la vida sino por los hombres; su corazón, como de esencias preciosas debió cerrarse herméticamente, por no dejar escapar hacia el mundo circundante, incomprensivo y cruel, ni una sola gota de esas esencias vitales que atesoraba.

Sólo en Cuenca, donde todo se le ofreció como regalo: corazones y naturaleza, pudo destaparse el pomo y revelarse el Hombre: Talento y Humanidad en consorcio máximo.

Veamos ahora otro rasgo de humanidad de González Suárez:

Una de las grandes sequías agosteras asolaba los campos de Cuenca. El famoso Tomebamba no traía agua "ni para un drake", según el metafórico decir de los morlacos. Precisamente, de esta sequía aprovechaba Federico González Suárez para observar, a su gusto, los seculares estribos del semiderruido puente de "Ingachaca" o "Puente del Inca", que se encuentran junto al Tomebamba, al Oriente de la ciudad.

Embebido se hallaba, inquiriendo a las piedras recubiertas de lamas el secreto de una reza; cuando distrajo su atención un longuito que, con asombroso equilibrio, saltaba de piedra en piedra del río. Traía en su mano un molinete hecho de soguilla y en cuyo extremo brillaba algo como un disco metálico, que atraía y quebraba los rayos del sol crepuscular. El niño y el disco interesaron poderosamente la

atención del Sacerdote. Así que hubo llegado el chico a la orilla en que él se encontraba, le preguntó:

¿Qué es eso con lo que juegas?

—Alabado sea Jesucristo, —saludó el longuito, contestando luego: —Taita Curita, ésto halló mi taita, arando tierras, después del saque de papas.

Y le dió al Taita Cura el disco agujereado, que era un instrumento de los incas.

—Y ¿en dónde están esas tierras? —indagó, ansioso, el joven sabio.

—Aquí mismo, más abajito, no más, mi Taitito halló bastantes cosas; hasta lindas ollitas. Otros runas de aquí también han sacado, cavando bastante. Todavía hay unos huecotes.

—Llévame donde tu Taita, ordenó González Suárez, pensando para sí: "Madre casualidad, que vienes a mí, cuando más te necesito".

En efecto, a unas cuatro cuadras, en todo "Pomapongo", estaba la choza del indio. Al fondo del cuartocho se destacaban tres o cuatro preciosos cacharros incásicos llenos de geranios chagras y romero que adornaban el altar de la Cruz triunfadora de esos cacharros.

El indio viejo y su mujer creyeron que, con su hijo, venia Taita Dios, en persona. Atendieron, a su manera, al Taita Curita y el indio le enseñó todo lo que había encontrado en el saque de papas: algunos cacharros, tres discos como aquel con que jugaba su longuito y dos ídolos, de piedra el uno y el otro de metal precioso, que el Miguel Lucero había guardado con religiosa superstición; porque:

—No dizqué es bueno vender lo que úno se halla de nuestros Ingas; más tarde, sus almitas piden cuentas de lo que han querido dar a úno...

Ojalá todos los ecuatorianos pensaran lo propio.

González Suárez explicó a los indiecitos lo que significaban los objetos encontrados por ellos; dijoles, además, que él saldría por los antepasados ingas, tan infelices en sus hijos, como maltratados en sus tumbas o tolas. No le fué difícil convencerle al Miguel Lucero de que le prestara sus objetos, a fin de estudiarlos y de que le acompañara a las casas de los indios vecinos que habían cavado y hallado huacas.

—Prestar a vos, Taita Curita?, —dijo el indio— llévate, no más; porque Taita Diosito mismo te ha mandado a mi pobre choza, y a vos te han de servir mejor que a mí. En esa misma tarde y en otras, acompañóle donde sus vecinos en donde el estudioso Arqueólogo encontró tesoros insospechados para su "Estudio sobre los Cañaris".

En cambio de los dones de Miguel Lucero, González Suárez pidióle que, todas las mañanas, de siete a nueve, enviara a su hijo al Seminario de Cuenca; porque él quería enseñarle a leer y escribir y, algo más, si había madera para ello.

Y todos los días fué el longuito Jacinto a la celda del paciente Maestro de primeras letras. Sería de ver juntos al ilustre Sacerdote y al longuito: las cabezas del Sabio y del indiecito sobre el "Catón Cristiano"; enseñándole aquél al asombrado chico a descifrar las letras españolas, en pago de las letras aborígenes que sus padres le regalaron.

Y fué la luz en la mente del Jacinto: aprendió a leer y escribir y, luego, las cuatro operaciones fundamentales de aritmética y elementos de gramática, historia y geografía patrias; todo bebido en la más clara fuente... Hasta que, dando por terminada su tarea de Maestro primario, el eminente Profesor matriculó a Jacinto en primer año de enseñanza secundaria. Ahí el longo recibió el Bachillerato y, después, por sentimientos de gratitud, ingresó al Seminario Mayor, en donde esperaba formar filas entre los Levitas de Cristo.

Mas amor truncó la Carrera Sacerdotal del estudioso Jacinto Lucero; trocando el místico idilio por el real y verdadero del tálamo nupcial. Fué la chola Angelita, tentadora manzana que hiciera caer al Adán indígena. Pertenecía ella al servicio de uno de los sacerdotes profesores del Seminario Mayor. Todo fué verla el Seminarista y sus

veinte años corrieron locos tras la humana fuente del amor encañado en la linda Angelita.

Cuando la entrada de los alfaristas en Cuenca, en Julio del año 1896, el joven Jacinto Lucero, padre ya de tres hijitos, caía, acribillado de balazos, defendiendo, a costa de su vida, la fe y la religión, profundamente grabados en su corazón y mente por el Maestro y Protector, Federico González Suárez.

Sus condiscipulos y la compañera de su vida, supieron por boca del mismo Jacinto Lucero, la historia que narramos.

FEDERICO GONZALEZ SUAREZ HISTORIADOR

Con el "Estudio Histórico sobre los Cañaris", realizado paciente-mente en la ciudad de Cuenca y publicado en Quito, aparece ya el formidable Historiador ecuatoriano que, con su HISTORIA DEL ECUADOR, mostrara la Patria ante los demás pueblos de América, elevándola al nivel de las naciones, que, por su historia, enseñaron a los hombres la potencialidad de la raza, la riqueza del suelo y subsuelo, la infinita variedad de fauna y flora, la belleza imponderable del paisaje, la magnificencia americana, en fin.

Por Federico González Suárez conoce el Mundo a nuestro Ecuador. Perfectamente documentado en fuentes arqueológicas, aborígenes y coloniales, escribió su Historia, con expresión de ponderado casticismo.

FEDERICO GONZALEZ SUAREZ ORADOR SAGRADO Y PARLAMENTARIO

El fecundo Orador Sagrado que alentaba en González Suárez, se reveló ya desde los primeros discursos religiosos. La persuasión del ademán, el fulgor de la mirada, la unciosa cadencia de la palabra, en veces, arrebatadora y apasionada y, otras, mística y dulce, le impulsieron como uno de los máximos oradores sagrados de la época. Infinitas veces las bóvedas de los templos multiplicaron los aplausos de auditorios electrizados por la sapiencia de su palabra vasalladora de multitudes.

Como Orador Parlamentario, se destacó igualmente, en cuantas ocasiones asistiera a Constituyentes y Congresos, como Senador o Diputado por diversas provincias del Ecuador; semejando, entonces, el manto sacerdotal sobre sus hombros, la toga romana que cubría los hombros de los Tribunos. González Suárez discutió con hombres de su talla intelectual y hombría ciudadana los arduos problemas de la Patria que, en aquellos tiempos, hallábase en adolescencia política, económica y letrada; y legisló sabiamente para su Pueblo desgobernado por tiranos y dictadorzuelos.

FEDERICO GONZALEZ SUAREZ MAESTRO DE UNIVERSIDAD Y EMINENTE CRITICO LITERARIO

En el año mil ochocientos noventa y cuatro era Federico González Suárez Profesor de Historia en la Universidad Central de Quito que, con las Universidades de "San Marcos", de Lima y la "Universidad Nacional de Popayán", constituyen el decoro de la América Latina; siendo ellas como las acrisoladoras de la mentalidad de los grandes hombres de América. González Suárez formó en el Ecuador la pléyade de hombres que, más tarde, investigarían, ansiosos, en el cofre sellado de nuestros ricos Archivos Coloniales; a fin de darnos a conocer el pasado glorioso y casi legendario para nosotros; antes de la búsqueda científica de esta primera mitad del siglo que vivimos.

González Suárez fué, pues, el informador del espíritu histórico en su Patria, la que, antes que él, sólo contara con el Padre Velasco, el Doctor Pedro Fermín Cevallos y Don Pablo Herrera, quienes historiaron vidas de hombres y pueblos, y épocas de pensamiento y acción, de esplendor incario y de grandeza española.

Como resultante de sus clases de Historia en la Universidad, o, mejor, como don perpetuo a sus discípulos, escribió la semblanza de César Cantú, (Una Lección en la Clase de Historia). Más tarde, aparece su nueva obra de Crítica Literaria: "Estudios Literarios". Virgilio, Milton, Dante, Chateaubriand, Balmes, Fray Luis de León, Pedro Faber y otras personalidades estudiadas por González Suárez, con el mismo afán justiciero con que estudiara a César Cantú. Los espíritus supremos de estos Genios conviviendo, a través del tiempo, la raza y los idiomas, con el espíritu hermano que, esclareciendo la figura de ellos, esclareciera también la suya.

Como Crítico Literario, caminó por senderos diversos a los hasta entonces caminados, discrepando en varios puntos con aquellos que coincidieran con él en los hombres y las obras estudiados. González Suárez lee, analiza, medita, aprecia, escribe; y nos da el hombre exacto, enmarcado en su medio y escribiendo para su época; sin apasionamientos perjudiciales, sin envenenamientos perversos, sin exhibicionismos ridículos, nos da la semblanza de los hombres y su labor intelectual, tal cual los propios hombres las juzgarían. Tenemos en González Suárez un Crítico poseído de hondo sentido humano, serenidad casi olímpica y erudición ilimitada.

FEDERICO GONZALEZ SUAREZ PATRIOTA Y NACIONALISTA

No cabe ponderar el patriotismo, a prueba de calumnias y malas interpretaciones, de González Suárez. El mismo lo proclamó rectísimo, en el año mil novecientos, con aquella célebre frase, que ha llegado a immortalizarse: "No debemos nunca sacrificar la Patria por salvar la Religión." Palabras de verdad incontrovertible y que, sin embargo, las vertieran, las revertieran y las persiguieran los enemigos de su talento cumbre, de su entereza ciudadana y de su hombría —aún bajo la sotana sacerdotal—.

Nacionalista convencido, liberal, en la amplitud del vocablo. Hijo del Ecuador, ante todo; y tanto, que dice su Evangelio contra los detentadores de nuestro territorio: "Los sacerdotes, que, por fortuna, no tenemos partido político alguno, los sacerdotes, para quienes la Patria es una sola; los sacerdotes, que vivimos deplorando la división de nuestros compatriotas en bandos políticos opuestos, no debemos ni podemos ser indiferentes ni respecto a la integridad del territorio, que es inviolable; ni menos, respecto al decoro y a la honra nacionales que son sagrados; ni, muchísimo menos, a la existencia de la misma República como Nación Libre, Independiente y Señora de sí misma. ¡Si ha llegado la hora de que el Ecuador desaparezca, que desaparezca; pero no enredado entre los hilos diplomáticos, sino en los campos del honor, al aire libre, con el arma al brazo: no lo arrastrará a la guerra la codicia, sino el honor!" Así dictaminó el Patriota sobre nuestra Cuestión Limitrofe, en antigua y actual contienda con el Perú.

**FEDERICO GONZALEZ SUAREZ SACERDOTE,
OBISPO Y ARZOBISPO**

Veámosle ahora a Federico González Suárez como Sacerdote Católico: con carencia absoluta de dotes pecuniarias; pero archimillonario de dotes espirituales. Rechazado en el Seminario Mayor de Quito, refugióse en la Compañía de Jesús, y luego ejerció el Sagrado Ministerio de Dios, como simple sacerdote en la Capital Azuaya. Austero siempre, asceta, místico exaltado, a probarlo vino su "Nuevo Mes de María", el canto de su corazón como él mismo llama a su libro. Sublimación de pensamiento y pureza de acción fueron las normas de vida del joven Sacerdote de Cristo; imponiéndose ante el mundo, tanto como por su sapiencia, por su conducta intachada e intachable.

Cuenca, Quito, Ibarra contemplaron, edificadas, la vida cristiana de este verdadero Apóstol del Señor.

En mil ochocientos noventa y cinco, y en la Iglesia Metropolitana de Quito, fué consagrado solemnemente Obispo de Ibarra, triunfando, con tan alta Dignidad Eclesiástica, así de la maligna envidia de sus adversarios religiosos y políticos, como de su propia modestia, vendida esta vez.

Y en su vasto campo de pastoreo de almas, descubrió su nueva, relevante faz: la de Buen Pastor. Amante, fatigado, sangrándole los pies en las zarzas de la odiosidad humana, burlando las astucias del lobo-hombre, con el empeño divino de redención, fue siempre tras de la oveja descarriada.

Y también en los maravillosos campos Imbayas de su Diócesis, tan ricos arqueológicamente, como los Tumipambas, continúa el Sabio —maduro ya para la ciencia— su búsqueda incansable y logra arrancarles riquezas preciadísimas que sumará a sus primeros hallazgos aborígenes.

Por último, el año mil novecientos seis, Su Santidad Pío X le confiere la Primera Dignidad Eclesiástica Ecuatoriana, En el desempeño de dicha Dignidad, cuando por la rotura del Concordato del Gobierno del Ecuador con la Santa Sede, el General Eloy Alfaro, Encargado del Mando de la República, pretendiera desconocer la Autoridad Ecle-

siástica del Arzobispo Federico González Suárez, éste le reta en el viril y vibrante Manifiesto dirigido a los ecuatorianos. Hélo aquí:

"... Bien: aquí estoy inerme e indefenso... señores de la Dictadura. ¿Qué os place hacer de mí?... ¿La celda del panóptico?... —Ahi yo he de ser el Arzobispo de Quito!... ¿El destierro?... —Por remoto que de la tierra patria estuviera el lugar de mi conscripción, allí yo no he de dejar de ser el Metropolitano de la Provincia Eclesiástica Ecuatoriana!... De dos cosas no podréis nunca despojarme: del amor a la Patria y del Palio Arzobispal!... Ecuatoriano y Arzobispo de Quito he de seguir siendo aquí en mi Catedral o en cualquier otra parte."

Tal Federico González Suárez: Sacerdote, Obispo y Arzobispo.

Ardua y fructifera labor la de este Hombre-Genio que rindiera el tributo a la madre de todos el día del Señor primero de Diciembre del año mil novecientos diecisiete; luego de haber colmado con su santidad, su ciencia, su literatura, su política, su oratoria sagrada y profana y su Ministerio de evangelizador y conductor de almas, casi la mitad del siglo pasado y los primeros años del presente, que comienza a brillar para los ecuatorianos con el nombre excelso de FEDERICO GONZALEZ SUAREZ, quien muriendo su vida de Hombre, nace para la eternidad de la Gloria.

Arturo Capdevila, Poeta Profundo

(ESPECIAL PARA "ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA")

Sopla el viento en la pampa... Desde lejos, desde arriba, desde una lontananza en que el pensamiento ahonda una extraña hondura, trae el viento mensajes esotéricos, a veces cargados de tragedia muy a la exacta manera comprendida, es decir, el sino del ser y del volver a ser, en las metempsicosis que nos identifican con el destino de las estrellas... A veces también trae asombros de luz, puesto que en su viaje hubo de conquistar luz de astros ignotos, de aquellos que los horóscopos convencionales inútilmente pretenden descubrir, y que sólo descubre en verdad el cielo que cada uno de nosotros lleva en el dominio sumergido del alma... Sopla el viento en la pampa, y por dentro de su sonido audible para todos los oídos, hacia lo que constituye la esencia de su sonido, que, por cierto, viene a ser silencio para los no iniciados, pero que guarda voces múltiples para quienes destierran las actuales interpretaciones, hacia esa hondura que los demás no quieren o no pueden ver, algo identifica aquel que ha construido una videncia que atormenta sus pupilas de profecía y hace que en los labios de extraña tristura contraídos le suenen palabras de una lengua maravillosamente remota...

El Poeta frente a frente a este viento de la pampa... Lo escucha, lo entiende, lo interpreta... Es muy cierto que el mensaje no le es dicho en exactitud de términos, sino revestido del símbolo, traje de seda oscura del misterio, pero el símbolo brilla tenuemente, como las propias lámparas que la altura prende por probar que su abismo también crea perlas luminosas...

Arturo Capdevila es esto: un Poeta, en el más elevado y noble sentido, que se sitúa frente al viento de la pampa, frente al mensaje poblado de presagios y que hace temblar el alma... Ha pasado ya la prueba del fuego, aquella en que los ritos queman sangre sobre las ascuas hasta que de la llama se ve nacer dulce y eternamente la rosa de pétalos suaves, más suaves que cuanta suavidad dicta el mundo... Nada le importa el dolor, por más que gima la carne, si por ello ha de hallar unas miradas diluidas en horizontes... No quiere engañarse ni engañarnos sobre la dimensión exacta de su voz decidora de cosas trascendentes: "La misteriosa Poesía —dice— mucho me dió, y su don no me hizo mal. Espero que tampoco al prójimo, ni aun cuando ella hubo de ser mensaje trágico."

No ignora Capdevila que la vida es un tormentoso mar, con espumas amargas, con profundidades tenebrosas, con pulso de enfermo supremo, mas también con instantes copiadorez de constelaciones, con magníficas tempestades y, sobre todo, con orilla ignota, con distante e inefable orilla que precisa conquistar pero con lucha, con batalla íntima, con angustia, en suma... Del triste hispano que conminara a las barcas falaces que ilusionadamente se hacen al mar, quedóle el signo de tristeza, pero supera su decir de retorno con jarcias hechas pedazos y velamen de asesinadas gaviotas... No, él, Arturo Capdevila, llegará, con igual desventura que la platicada por el hispano triste, pero no de retorno, sino en madurez perfecta de orilla... Aquí su palabra:

.....

 Fuerza es anclar en la ribera ignota
 —cuyo misterio turbador nos hiere—
 aunque lleguemos con la barca rota.

Tal vez la aurora en fontananza quemó...
 O tal vez... ¡Qué me importa lo que fuerel...
 ¡Rema, remero de mi barca, remal

Y el remero obedece, porque remo y remero se confunden en la realidad del ser en viaje hacia los insondables conocimientos, porque barquero, barca y mar son una sola cosa: el misterio divino de un hombre...

Arturo Capdevila, remero de su tránsito humano hacia la inmensidad, intenta el primer viaje, mejor dicho, la ruta inicial, que después seguirá por mares y océanos, mirando de tiempo en tiempo la tierra que atrae con sus amaneceres de jilgueros y sus atardeceres de luciérnagas, pero sintiendo siempre, siempre, esa extraña nostalgia de los marinos que mimetiza sus pupilas con el confundido horizonte de cielo y mar y vuelve sus melenas parte pura del viento... Será el viaje interior, a esas profundidades de antiguos continentes poblados de leyenda, a esas islas vírgenes donde habitantes apacibles y puros rezan humildemente a la naturaleza con oración de agua y sol, donde los frutos sencillamente se dan y se hallan al extenderse de la mano de cualquiera, según el querer más simple y diáfano... Pero, ¿será éste realmente el reino interior?... ¿Será su forma inaprehensible de nube y ala, como la siente el Poeta y la desea?... Capdevila sufre estremecimiento, el justo estremecimiento de quien sabe a ciencia cierta que comienza su aventura por los mares extraños... Pero no es de su ánimo el gesto de retroceder: apaga lágrimas en las pupilas, ahuyenta temblores de la sangre, hace añicos un cristal que la hería la esperanza... Y el viaje se cumple, se cumple inexorable y puro... Aquí su itinerario de asombro:

Languidecía en torno una infinita calma
cuando salí de viaje por los reinos de mi alma

¿Y qué le da el reino ignoto?... El asombro del Poeta es mayor cuando descubre en el reino incógnito el espejo abismado de la Muerte, cuando siente que con su propia mano sembró la semilla de la Muerte:

.....
.....
Bellos están —me dije— mis reinos interiores
con sus aves, sus brisas, sus frondas y sus flores...
(Y es que ignoré que el alma, santuario de misterios,
empieza con jardines como los cementerios).

.....
.....
¡Una tumba! ¿Quién duerme bajo su losa fría?
Responde a mis palabras, oh tú, Melancolía,
que a sentarte has venido con tu traje de luto
sobre esta tumba ignota que ahora te disputo.

¿Quién duerme? Dí, ¿quién duerme? Tu silencio me agobia.
Te callas... ¡Ah, comprendo que duerme aquí mi novia!
Oh gris Melancolía, bien pudieras contarme
por qué, por qué la novia se cansó de esperarme...

—No es que se haya cansado de esperarte... Una noche,
una noche... ¿recuerdas?... en que ardía el derroche
de los astros, bajaste hasta el fondo del alma...
Reinaba como ahora una infinita calma...
La llamaste a la amada con voz terrible. Y ella
emergió en la penumbra con su bondad de estrella.
Un horror sacrosanto en las cosas sufría...
Tú llegabas siniestro... En tus ojos lucía
una chispa perversa... Celos... rabia... locura...
Entonces, en lo negro del recuerdo, en la hondura
del dolor, en lo fosco de la vida, en lo helado
del alma, le dió muerte tu amor desesperado.

Tal el descubrimiento del Poeta, realidad dolorosa que no es suya solamente... Confesémoslo con verdad, por más que esta verdad duela muy fuerte: todos, todos nosotros hemos matado esa primera novia, ese primer ideal, esa primera llamita de pasión que tiene no sé qué de infinito en su pequeña realidad... Todos, todos la hemos matado: unos con la saciedad de las absolutas satisfacciones, otros con la indiferencia del orgullo, los más, los más con el olvido... Y ella, el ideal, paradójicamente vive en una tumba, duerme su sueño perfumado hacia el fondo del alma... No la despertéis, yo os digo que no la despertéis con vuestras manos impuras, hombres del siglo, a no ser que vuestra voz se apreste a cantar una elegía sencillamente infinita, a no ser que os aprestéis para abrazaros con ella en el sepulcro sonoro de la Música... Arturo Capdevila, el Poeta, también la ha dejado allí, y no por cobardía, sino por ese sagrado terror que es el umbral de la ciencia del corazón... Su sabiduría reside en esto de descubrir en su alma, más allá de las flores y los trinos, la cuna postera de una tumba...

El Poeta consulta a Melpómene, la Diosa extraña y de los más dolidos misterios... Y halla respuesta en el dolor, como suma purificación... La llaga perfuma la herida... El dolor de la puñalada es el perdón para el puñal... Melpómene así lo dice, aunque su estatismo aparente cubrir de indiferencia el crimen y sea oráculo oscuro de la catástrofe... Más allá de las ruinas hay el perdón del polvo, detrás del cataclismo se anuncia el llanto compasivo de la noche...

El humo del incendio es la oración que el fuego eleva por el incendiario... Hasta en el mismo grito de piedra del terremoto hay un gemido de la madre tierra aunque esté dando a luz la catástrofe... Melpómene es interrogada del Poeta, y en sus propios labios pone la respuesta:

.....

 Eres sacerdotiza de todos los que gimen:
 esfinge del misterio, oráculo del crimen.
 Pero sin la tragedia, sin la llaga y la herida,
 sería algún suceso muy misero la vida.

.....

 Fui llama, y al ser llama fui crédulo y fui ciego,
 y es que ignoré que el humo es la vejez del fuego.
 ¿No advertes mi humareda? Me quemó y me consumo.
 ¡Que nunca sea fuego quien tiemble de ser humo!

.....

 ¿Habéis oído alguna vez frase más bella que ésta?... "¡Qué nunca sea fuego quien tiemble de ser humo!"... La valentía trágica del Poeta es premiada por Melpómene... La misteriosa sacerdotiza no gusta de las debilidades claudicantes: besa la ceniza porque fue incendio, acaricia con manos eternas el dolor porque fué herida y desesperación... El Poeta se llena de esa extraña serenidad inmovible que asusta a los incrédulos en Arte... Ni vida, ni muerte le asustan... La vida es el camino hacia la muerte, y la muerte el sencillo retorno hacia la vida... Quien a la muerte teme es que no supo vivir más allá del sentido biológico, es que ignora que cada día cumplido es un título más para el descanso abrazado a la tierra y floreciendo de la carne triste la maravilla de flores azules... Quien teme a la vida es que ignora con ignorancia condenable que no es digno de morir aquel que no quiso vivir, que no merece el viaje por las constelaciones quien no probó hambre humana, sed humana y humana desnudez... Vida y muerte no asustan, no pueden asustar al Poeta... Para vosotros, hombres del siglo, os diré por qué no asustan vida y muerte al Poeta, y os diré en palabras del propio Capdevila... Hé-las aquí:

.....

 No temas ni a la vida ni a la muerte:
 son países los dos que tú no ignoras.
 Ir a la muerte es detenerse un punto,
 para dormir y reposar. La alcoba
 está llena de sombra en su silencio:
 ¡que para el buen dormir se hizo la sombra!
 No temas ni a la vida ni a la muerte:
 son países los dos que tú no ignoras.

Así serenado ante la vida y la muerte, no creáis que el Poeta es insensible a las cosas del mundo... Por el contrario: sólo ve la realidad quien penetró lo intangible, sólo encuentra el camino quien pidió consejo a los otros... Arturo Capdevila ha dicho una voz que yo quisiera sea algo más que página de antología: quemadura en el espíritu de todos los hombres... Ha retratado la locura de un siglo, la tormenta de una edad en víspera de catástrofe, y lo ha hecho con tal veracidad y exactitud que duele, porque duele la verdad en prosa o verso... Reta a los silenciosos, acusa a los innobles, increpa a los falsos humildes, y dice palabras de fuego... La profecía de su "Cristo Rojo" es latido de incendio, está contagiada de apocalipsis, es como un manifiesto escrito con ascuas... Melpómene abre los ojos del Poeta hacia las cosas de este lado del mundo, y le hace proferir en esta bella erupción volcánica que ilumina cielos negros y negras almas:

.....

 Hay una gran tragedia detrás de cada frente.
 Hay una gran protesta detrás de cada rostro.
 Hay una gran blasfemia detrás de cada boca.
 Hay una gran borrasca detrás de cada enojo.
 Hay una gran soberbia detrás de cada humilde.
 ¡Y hay una gran cordura detrás de cada loco!

Pero no basta quedarse mirando la tristeza desgalgada en som-

bra de los otros: hay que ser el propio arúspice, y volver por los mares de lo interno... ¿Encontrará de nuevo el Poeta nada más que una tumba?... Melpómene le ha premiado... Su dolor ha florecido extraña luz... Ahora se define, que es como retratar el alma:

.....
 Yo cantaré mi augurio:

—Sobre el más alto cerro,
 mi voluntad encumbra su vertical de hierro.
 Más que un hombre parezco un águila zahareña:
 ¡tan bien descanso en este silencio de la peñal

.....
 ¿Todo será tragedia?... ¿Será Melpómene, la Divina Incurable de los tiempos, la única que ilumine este corazón de Poeta que es como montaña para el eco de las cosas de una orilla remota?... Nó, no sólo esto es la vida, que también hay algo más, también hay el amor, dolor, por cierto, pero sabroso dolor que mantiene la vida de los mundos... Tan antiguo como el espíritu de la tierra es el filosofar sobre lo coincidente entre el amor y la muerte, de tal manera que amar viene a ser tan sólo grande en cuanto morimos para nacer en otro, para ese proceso de integración suprema con el todo, para ese hundimiento nuestro en un reino de perfume e infinitas ternuras... Y morir viene a ser amarlo todo, ya no como individuación, sino en confusión que vale mucho más que la pobre lámpara encendida por alguna mano bajo el nombre de vida...

Arturo Capdevila, el meditador, debe comprender todo esto, lo comprende con su clarividencia exquisita, y su verso enraiza en el amor... Así surge Nenúfar de sus sueños poéticos y de sus inefables realidades: al igual que la flor cuyo nombre copia, nace del fondo del lago maravilloso del propio Poeta, por eso que la voz del cantor viene empapada de agua fresca, sí, pero también de profundidad, y así, junto a su sencillez aparente no es dable olvidar aquello que dijera otro gran soñador sobre "la difícil sencillez"... El canto es traducido en claridad asombrosa, pero nace del lago, del lago misterioso y grande que copia cielos y tierras y que acaso en un instante de estrella dió vida perdurable a Nenúfar... Nenúfar es tan delicada que si se

la quiere tocar se desdibuja como el sólo reflejo de la estrella, quizá dejando luminosas las manos, mas también prendiendo en el alma una dulce nostalgia inexpresable... La maravillosa comunión realizada en Nenúfar, de realidad sonriente y de fugaz aroma es lo que sostiene en el tiempo esta flor de lago, siempre en trance de beso y siempre en trance de ausencia... Soñó el Poeta tal esencia suprema para su amada del alma, que gusta pensar en la transmigración de la ternura de una vertiente o en el avatar de un menudo mensaje de brisa... Nenúfar atrae por su sencillez y encanta por el misterio de su destino: es de esas novias que extienden las manos para que en ellas se vea la marcha de la sangre, y, de pronto, nuestros asombrados ojos encuentran la marcha de la savia que debe volver tan claros los luceros... Es muy de acuerdo el escenario que debe guardar tal figura: el campo, fiesta de follaje y especie de templo sencillo con sus oficiantes antiguos en los árboles y sus letanias suspiradas en las corrientes de agua mansa... Hacia un clima de cigarras halla el Poeta a Nenúfar, relatándonos en paisaje perfecto su sencillez musical:

Esto pasó en el campo, rico de olor a meses
al protector auspicio de los más dulces meses.
Todavía parece que en la noche escuchara
el fa de los follajes y el la del agua clara.

.....

Y luego de esta inicial maravillosa, el idilio sencillo, esa aventura virgiliana que el Poeta cuenta con una belleza inigualada, pues historiendo está sus palpitaciones, la música del pulso bajo las hojas y el mirar de los paisajes todo violetas en las atardecidas... El amor de los amores fue puro, esencia de corazón de niños lo alimentó, y los astros debieron sonreír del tema en tono menor frente a su inmensidad acogedora... El amor fué como el agua, cristalino, y como el canto del ave encantada, hilar de miel hacia la copa de los árboles...

.....

La besé en las mejillas. Todavía
en los atardeceres del verano,
me trae blandamente su recuerdo
fresca ilusión de saborear duraznos

.....

Y termina esta escena de pastoral en música con estrofas que vienen a ser algo de lo más bello y perfecto que se ha dicho para ponderar el sentido del amor inefable... Nó, no es pasión la que me guía, ni pura emoción ocasional la que me infunde ánimo, para decir esto... Es el haber sentido con Capdevila un temblor sagrado, el que realmente caracteriza el hondo amor, sobre todo en la parte final del Poema que es, os lo aseguro, algo que quedará sonando en vuestras almas de la misma manera y con igual belleza que el arpa de la luz acariciada por las manos del viento en milagro y recuerdo...

Tanta fue la excecencia de mi geórgica
que al evocar mi trance virgiliano,
cobran relieve estas dos cosas buenas
que son, por su bondad, las que más amo:
Que Nenúfar solía darme el agua
en el hueco moreño de sus manos,
y que una noche, contemplando el cielo,
vi bajar el silencio de los astros.

Después de tal estado del alma, luego de tan suprema pasión en poesía, cabe la fuga de lo tangible, porque aun el paisaje, con su belleza imponderable, ya no puede por sí solo encerrar tan perfectísima perfección... Es bueno para los instantes que siguen a estas esenciales estaciones perfectas del alma el ala del ensueño, el beso de la música pura, el ensayo de distancia... El Poeta se ha enamorado, juntamente con el color de los ojos de Nenúfar, de ese silencio que vió bajar de los astros... Purificado en su infantil asombro, sintiendo que su espíritu de lago sufre agitaciones leves en el fondo, y que la flor querida arranca dulcemente sus raíces húmedas, cree que el cielo les espera, como natural creencia suele ser la de todos los enamorados de puro amor... No creo, por mi parte, en esos amores que se contentan con las cosas de la tierra... El amor, el único, aquel que nos enseñó nuestra Nenúfar, lo quiere todo, todo lo que ilumina en lo alto de las noches calmosas, y todo lo que esconde el silencio temblante de las estrellas... Amor que no sueña con imposibles no es amor... El Poeta intenta la máxima cita, allá, en remota estrella, donde los ángeles deben clarear sus alas para descender a vigilar el sueño de los niños, donde debe haber tantas margaritas en florecimiento perenne que aun hasta acá nos llega su perfume... En la estrella donde se prepara la luz que bebe en la montaña la sencillez de la hierbabuena, para devolvernos luego esa luz muy a la madrugada en dulzura... En la estrella que ausculta el cantar de los poetas

de todas las latitudes y les florece esas palabras que no entienden los hombres que duermen cuando vigila la estrella... Nenúfar es parte de la estrella, es su esencia, de ella vino y a ella ha de volver... La cita será, pues, junto a la casa de Nenúfar:

¿Quién nos impedirá también la cita
en el rincón de la feliz estrella?
Nuestra pobre ilusión la necesita
y nadie puede separarnos de ella.

.....
.....
Astro con un rubí límpido hecho...
Casa de eternidad... balcón jocundo...
Esa casa en verdad no tiene techo...
Pero tampoco tiene techo el mundo.

.....
.....
Pero la cita tiene ya, en su contenido lejano, un sabor nostálgico ineludible y profundo... Es que la cita ya no es con la Nenúfar de las mejillas como duraznos en sazón, sino con su espíritu diafanizado de distancia, con su esencia animica, con la verdadera Nenúfar, con el ideal, con el ensueño, con el imposible...

¿Intentó acaso el Poeta renovar en otras amadas la primera inefable experiencia?... Tal vez, tal vez: nuestro corazón, por más tocado que se halle de divina mano poética, es tan humano, pero tan humano, que da en acostumbrarse a la presencia que naturalmente es fugaz, y cuando la perdemos tratamos, a veces hasta sacrilegamente, de reemplazarla en el camino... Bebemos el placer exquisito de los besos en muchos labios que se deshojan bajo el signo de la pasión, hundimos las manos tristes en las melenas claras y oscuras, buscando la fragancia que nos negó la noche con incendios interiores... Penetramos hasta el fondo de las pupilas rientes y queremos absorber toda su alegría infantilizada sólo en el gesto... Pero nó, nó... Hay una sola Nenúfar enterrada bajo el saucedal de nuestros primeros versos y viviente en espera de que algún día la abracemos, pero ya en alma pura, allá en la estrella... Hay una sola Nenúfar cuyo beso nos enseñó la poesía y cuya presencia fugaz es la inquietud de nuestra vida toda... El Poeta, como todos nosotros, como los hombres todos,

fué quizá tras las huellas de Nenúfar pretendiendo encarnarla, sacrílego intento, antes de que la reencarnen los dioses, en otras mujeres que tenían igual color que el de sus ojos o aparentaban sonrisa parecida a la suya, a la de la cita en la estrella... Y cuando duele el alma por la experiencia frustrada, el Poeta llama a la madre, inquiere de su voz eterna la eterna verdad... La madre calla y habla... El Poeta entiende y vive su silencio, entiende y vive su contestación que es sabio decir de tristeza, de dolor y de llanto:

—Madre, la rosa de mi amor se ha roto.

¡Mira la rosa de mi amor herida!

No se lo digo, pero bien alcanza
la buena madre mi ilusión perdida.

Comprende. Calla. Pasa... Pero yo oigo
no sé cómo su voz enmudecida.

Su tristeza que dice: —Hijo del alma,
nadie compone rosas en la vida.

¿Y entonces?... Siga el viaje por los reinos interiores... Siga en metro de romance: rápido, seguro, directamente hacia los puertos donde el sentimiento manda... Siga la ruta del ensueño, aún con el corazón sangrante, pero de viaje, de viaje sin remedio, sin etapas, sin itinerarios, sin el humano consuelo de la rosa de los vientos... La barca está rota y quiere embriagarse de inmensidad... El sueño vale más que la realidad... Siga, siga la marcha...

.....
.....
¡Mi Capitán, cómo se sueña!
Ni a Francia voy ni a Portugal,
Yo voy por las Mil y una noches
a las comarcas de Simbad.

Otros dirán que van de viaje
y cada puerto nombrarán.
Yo voy de sueño por los sueños
soñando siempre más allá...

No sé español, no sé italiano,
no sé francés, no sé alemán.
Yo sueño un sueño azul marino
que me traduce en verso el mar.

.....

 ¿Qué cosa más natural entonces que se enamore de lo único que copia a Nenúfar?... ¿Y qué es lo único que copia a Nenúfar?... Vaya, qué claro está: la Poesía... Este es el sueño del poeta y ésta la realidad más que vivida, presentida, intuida en el mundo intangible que dicta la belleza... No os extrañéis, vosotros, hombres del siglo, al mirar cómo pasa el Poeta medio fugado de las cosas, con un mundo de luz en las manos y con un mundo de sombra en las pupilas... No os extrañéis que diga y haga cosas que no decís ni hacéis vosotros y que, en vuestro inmenso egoísmo, no querriais que las diga o haga el Poeta... No intentéis vanamente detenerle en su camino: seguid el vuestro, y esto es todo... Id, hombres del tiempo, a oscurecer más aun la obscuridad de vuestras almas en el trato diario con los negocios rutilantes... Dejad que el Poeta vaya a su propio mundo, pensad que es desterrado entre vosotros, un desterrado del clima donde se preparan los lirios de la música en luz de cada mañana y los pensamientos que adornan la negra cabellera perfumada de la noche... Dejad que vaya a su patria: la estrella... El Poeta está escuchando un especial mensaje y traduce para vosotros, hombres del tiempo, lo que vuestra pobre realidad de espuma no puede traducir... Este Poeta, este Arturo Capdevila, también tiene la valentía de todos los sinceros poetas:

Escucha —me dijeron— estas cosas.
 El poeta es el novio de las cosas.
 El sabio es el esposo de las cosas.
 El filósofo, el viudo de las cosas.
 Dí, pues, qué quieres ser ante las cosas...

Y yo dije que el novio de las cosas

El poeta busca la armonía interior, más allá de lo puramente transitorio... Acaso sea la noche del alma, ese prodigio de noche a la que viajan solamente los poetas y los santos, esa noche que dictó moradas en tiempos anteriores y que las sigue dictando mientras haya hombres que sientan los verdaderos sentimientos...

.....

 Ha de haber adentro de mí mismo acaso
 la fuente de paz;

ha de haber un signo de estrellas, un poco
de Dios... una noche... por la Inmensidad.

El amor es verdadero amor, en su sentido cósmico y eterno, solamente cuando deja de ser amor individual. . . Ahora comprenderéis el mensaje de Capdevila: "El poeta es el novio de las cosas"... Y el amor, por contradictorio que parezca, ese amor extraterreno y trascendente debe comenzar por el amor de nuestra propia muerte... La hermana pálida debe ser suficiente y ardorosamente amada... No es la muerte como la creen y suponen quienes no la sienten en lo hermoso del alma: tétrica, desolada, fría... Es un sueño que arrulla la inmensidad, es una estancia para el paso del asombro, es el dintel del sagrado misterio... Nada, pues, de gestos desconcertantes y afiebrados frente al morir... En su frivolidad absoluta, el hombre del tiempo no se da cuenta de que cada día muere un poco, más todavía, de que cada instante mata un poco de su misma actualidad... La sabiduría consiste en saber morir para ser todo luz y altura, para conocer esas pupilas que sentimos cada vez más urgentes en las tinieblas infinitas... Por algo el decir esotérico asegura, así, como verdad sencilla y diáfana: "La muerte es un amanecer"... Quien muere, duerme... Quien duerme, sueña... Y quien sueña, crea... De esa apetecible tiniebla, de aquel disgregarse de lo puramente constatable, del ser esencia elevándose a lo eterno, nacerán luces de maravilla... Arturo Capdevila lo dice, y hay que creerlo, porque es Poeta:

.....
.....
Gané, gané la muerte,
que me la traigan ya.
La muerte por la noche
como soñando va...
La negra muerte misma,
la que sin sueños da
un último silencio
muy allá, más allá
del día y de la noche,
y de Cristo y de Alá;
un último silencio
que es Dios - Tinieblas ya.

.....
.....

Y habremos de catar que dice "Gané, gané la muerte", es decir, luego de la lucha tremenda y en que la conquista es perfecta porque ya no la ven los ojos de la carne... Pues, desde las épocas mismas en que los Patriarcas bautizaban estrellas, la lucha con el Ángel es aquella que se entabla con el Espíritu de las Tinieblas, de cuyos brazos en poder sobrehumano escapamos de ocasión hacia los trigales, hacia los ríos y hacia los cantos de la naturaleza, pero en cuya realidad inefable nos hundimos, al fin, íntegra y llanamente... Seguirán los trigales siendo inmensas melenas rubias que agita el viento... Seguirán los ríos viajando hacia el mar, para confundir sus aguas dulces en el amargo y pensativo elemento, es decir, para morir también ellos en inmensidad... Seguirá el grillo cantando a plena tierra quién sabe cuántos millones de años más... Y nosotros habremos entrado en la muerte, ganada, conquistada, como lo quiere el poeta... No tiene derecho suficiente a morir aquel que no conquistó su jornada, aquel que no hizo acopio de luz para dejarla a los otros, en tanto que él mismo penetra en la Tiniebla... No es posible que muera quien no ganó la muerte... Si nos asusta, y de veras que nos asusta, la muerte de un joven, a veces de un niño que poco respiró sobre la tierra, es que no sabemos si en destinos anteriores habrá cumplido ya misión... Quizá en vida antigua ganó la muerte mucho más noblemente de lo que nosotros imaginamos por su actual deshacerse en plena flor... Quizá su karma olvidado se realiza sabiamente, y es muy posible que eso que llamamos flor marchita sólo sea ceniza de flor cuya antigüedad no nos es dable constatar...

El Poeta, así, muerto para las cosas transitorias, en mansa espera de la ganada muerte, tiene derecho perfecto a dirigir los mundos... Resucitado en trance de tinieblas, en los brazos sencillos de Dios, contempla con amor infinito el suceder de las esferas... Hay soles negros, sabedlo bien, hay soles negros... Aquellos que se apagaron en los tiempos, luego de haber tenido entrañas de fuego y acaso hombres de fuego... Quizá el hielo de los enfriamientos estelares les lloró una postrera blancura... Ahora son angustias en tránsito por los espacios infinitos... Son actualmente sepulcros trashumantes, antiguos cataclismos silenciados, voces apagadas, desfile de fantasmas que mendigan un poco de luz a otros mundos remotos... Hasta ellos llega la Elegía del Poeta: Capdevila se conmueve hondamente ante estos cadáveres sagrados, igual que lo haría con esos viejos abuelos que brindaron en su vida muchas sonrisas y lloraron también muchas

lágrimas, y ahora, por un capricho de momificación en los nichos de piedra, conservan su carne en conservación de alarmante duración por los tiempos de los tiempos... Hay soles negros que fueron luz un día remoto, acaso cuando los calendarios no se inventaban todavía, quizá cuando este pedazo de noche que habitamos era apenas un pensamiento en la mente inmensa de Dios... Pero si Dios lo quiere, pueden volver a ser fuego y luz y vida... Porque es éste el itinerario de seres y astros: encenderse poco a poco, desde la chispa del milagro hasta ser el incendio total y destructor, y apagarse poco a poco, desde la llama que devora hasta la ceniza que identifica el cadáver del fuégo... Y no un solo encenderse, y no un solo apagarse, sino miles, acaso millones de veces... Un número incontable por nuestra voz, y acaso digno de constatación sólo por la infinita conciencia que asiste con igual exactitud al vuelo de la abeja que al alumbrar del sol... Hay soles negros, espectros de soles, cadáveres de soles, sombras de soles... Su vida en el espacio no es, a nuestros ojos, sino un reto a la sabiduría eterna, quizá hasta un reclamo de justicia... Pero a los más profundos ojos del mundo sumergido en interior son esperanzas, son niños, no obstante tener una ancianidad de milenios, son flores aunque aparenten ser cenizas... Estos soles negros tendrán su renacimiento, volverán a alumbrar, gracias a Dios, volverán a ser morada de trinos, de ríos y de bosques... Astros en espera, gimientes esqueletos de lo que fué, pasado ignoto, llevan en su entraña callada y fría el porvenir... La eternidad es tan sólo el poder de encenderse y apagarse sin tiempo, sin medida y sin espacio... Creo en el fuego como partiendo de las pupilas infinitas del Ser Supremo... El Poeta tiene para estos soles negros una caridad poderosa, y recuerda a Dios desde su palabra llena de emociones altas su deber de volverlos a la vida... Pero, cómo, ¿cómo es esto de un Poeta recordando a Dios un deber?... Si, no os asustéis de ello: los poetas recuerdan a Dios, a veces grandes deberes en el orden cósmico, y a veces también pequeños deberes en la vida diminuta de los hombres... Cuando un niño triste sonría, cuando una madre afligida halla consuelo, cuando un hombre atormentado tenga consolación, estad seguros que por ellos oró un Poeta en cualquier lugar del universo... Y así mismo, cuando una estrella vuelva a encenderse en la altura, cuando la maravilla de un nuevo astro asome en lo insondable, cuando el cielo nocturno ostente nuevas flores blancas, también tendré seguro que un Poeta elevó su oración... El Poeta pide al Ser de los seres que pronto vuelva la vida a estos soles negros, ya que no

por el encenderse paulatino, siquiera por el choque violento con otros soles negros... Cuando dos negruras se hallan, cuando dos negruras se aman, cuando dos negruras se penetran, es seguro que nace la luz...

Qué hermosa oración es la de Arturo Capdevila por estos soles negros, a la vez que llena de intensidad de sombra y de preludeo de incendio... En su Poema asombra el abandono en la inmensidad, pero también conmueve la profecía clara... Alguna vez en esos soles negros que volverán a la vida, viejos poetas sabios del espíritu, aventureros de la tiniebla y relacionados con los astros, contarán en lenguaje sellado a las edades que un remoto Poeta de la tierra oró por los mundos en que ellos ahora habitan... Esta es la santidad del Poeta: saber que su oración conmovió a Dios para crear los mundos, mejor dicho, ordenar simplemente su renacimiento... El Poeta habla:

Oye y guarda. También hay soles negros.
Tú conoces las órbitas brillantes,
mas no es del todo sablo quien ignora
el prístino carbón de los diamantes.

Mundos muertos, despojos demacrados,
miserables sepulcros de sí mismos,
ellos cruzan los cielos desolados
consternando de luto los abismos.

.....

.....

Yo pido por vosotros. Yo demando
piedad para vosotros, pordioseros
globos que erráis por fatigosas huellas
en un eterno mendigar quién sabe
qué limosna de luz a las estrellas.

.....

.....

De pronto el astro se ensangrienta en vivo
relámpago. Díjérse algún alba
en ultratumba. Un sol caritativo
bésalo en metafísica concordia,
y el astro negro reflorece como
por un milagro de misericordia.

.....

.....

Pero mañana en el sagrado espacio,
al implacable soplo de los siglos,
hallará ese fantasma otro fantasma
y crujirán de amor los dos vestiglos.

.....

Se plasmarán los astros, bloque a bloque,
arderá un gran incendio en el sombrío
horizonte nocturno, y aquel choque
prepotente, fantástico y bravo
dará una luz enorme, en una siembra
de fuerzas del Creador, por el vacío.

.....

La poesía de Arturo Capdevila produce ese inefable sentimiento de hondura y profundidad de la contemplación callada de las estrellas en las noches perfumadas de presentimientos... El Poeta es el dueño del misterio, pero no precisamente su revelador, que tal revelación directa no sería obra de poesía pura: es, más bien, su guardián, su amoroso amigo, su apasionado buceador, y siempre con la suprema posibilidad del encuentro... Con él hay que viajar a los mismos remotos mundos que descubre para precisar el símbolo... Me lo imagino yo como esos oficiantes de las religiones, sabiendo para sí el secreto de las miradas de los dioses, practicando el ritual con amor serenísimo, pero no difundiendo lo vedado para comentario de ordinaria gente... El Poeta debe hacer de su alma el mejor adoratorio de sus secretos... El destino de profundidad que la estrella dictó a Capdevila se produce a veces en contemplación de los astros, pero también como reflejo sobre pozos dormidos en la tierra: es entonces, en este caso de los reflejos, que el espíritu se le ahonda mucho más porque él mismo viene a ser la luz y lo que de la luz copia el agua profunda de su alma... Quien solamente tome el agua del pozo secreto hallará, naturalmente, frescura y hasta belleza diáfana, pero no basta con esto: hay que dejar el agua en su propia hondura y sumergirse en ella de espíritu, en una cualquiera de las noches que auspician la presencia de nuestra constelación... Así, entrando en el agua de maravilla se encuentra un universo sumergido que revela aquello no revelado por la sola bella palabra... Entonces el ritual del Poeta se clarifica más, y hallamos, no sin temblor supremo, que el artista en-

contró aquello que los demás no podrán encontrar o que, de hallarlo, lo sintieron vacío... El símbolo del Poema es en Capdevila clave de su creación... Precisamente su gran sentido estético reside en que nos obliga a pensar...

Alguna vez he pensado que el verso perfecto, esto es, la poesía de honda profundidad, es aquella que resiste a la tercera lectura: la primera, de satisfacción, puramente hablando, de saborear de la forma, de encanto casi diría del sentido de percepción artística; la segunda, de nuevo recorrido del camino, con la belleza ya en detalle, con la adquisición para el espíritu de los mismos estados anímicos que dieron visión al poeta creador; y la tercera, ya de pura contemplación espiritual intensa, de encuentro de la esencia, en suma, de exacta aprehensión del símbolo o la inefable realidad que guarda el poema... Esto no quiere decir, desde luego, que deje de lado y hasta olvide aquella poesía simplista y buena que se queda en uno de los dos estados primeros... Estos estados, que yo llamaría del agua, del fuego y del infinito, en su integridad son propios de la poesía profunda, pero puede también haber, y de hecho que existe, poesía que se queda en el primero, equivalente a la naturaleza sencillamente contemplada, o entra en el segundo, amor sentido intensamente, sin que entre a lo infinito... Lo infinito, en estricto sentido, es propio de cierta poesía que los tiempos actuales hasta confunden con la investigación filosófica, pero que yo, sin entrar en mayores cavilaciones, llamo poesía puramente profunda...

Pues bien: la poesía de Arturo Capdevila no necesita de estas tres etapas sucesivas, y esto porque su primera lectura agota las dos primeras y nos pone de hecho en trance de contemplación del símbolo en su sentido estelar... Pero, comprendido bien: no es que elude las dos primeras intenciones, sino que, como antes lo dije, las agota, esto es, las trata al rojo llama y las consume en sabiduría, para que la tercera y verdaderamente real despierte en nosotros la búsqueda de aquello que debe guardar la honda poesía... De ahí que para muchas mentes acostumbradas a la simple y elemental poesía del agua transparente o aun del fuego quemante, naturaleza y amor, esta creación habrá de parecerles algo impenetrable... Mas, para el espíritu profundo tiene imponderables bellezas que, por cierto, precisa ir descubriéndolas o, mejor, reencontrándolas juntamente con el Poeta hondo... El camino a seguirse, de la mano de Capdevila, es del todo trascendente y con mirajes de infinito...

Confieso que siempre me resultó difícil, y creo que igual sucederá a cuantos entiendan la belleza poética, pronunciarme por determinado poema al tratar una obra integral o, al menos, representativa de la máxima posibilidad del autor... Este pronunciamiento me sabe, en ocasiones, a doloroso mutilar de la obra, y siento que muñones sangrantes reclaman por ello... El Poeta, como todo creador, ha ido dejando en sus distintas obras pedazos de corazón, alientos de horizonte, confidencias claras o veladas del alma, es decir, ha repartido su genio por todos los ámbitos de su creación, igualmente a lo que ocurre con la sabiduría de las constelaciones regadas a todo lo infinito por la mano prodigiosa de Dios... Pero es del todo punto innegable que en una de esas creaciones, no siempre, es verdad, la preferida o más amada, parece como que se agita más vivamente el símbolo de su destino, parece como que habita en mayor amplitud y con mayor contentamiento su alma... Con este criterio, que no quiere ser absoluto, he pretendido consagrar para mí un Poema de Arturo Capdevila que no titubeo en llamar totalmente perfecto... Es el símbolo más acabado, a la vez que la síntesis más bella y trascendente, del nacer, el vivir y el morir para volver a nacer hacia lo infinito... Poseído de un sincero fondo de esoterismo, no será suficiente oírlo: habrá que guardarlo y repetirlo bajo la noche constelada y misteriosa, porque sólo entonces, desde algún punto remoto, nos responderá el eco lo que el Poema dice... No me resisto a la noble tentación de traerlo aquí íntegro para vosotros, porque, de esta manera, mis divagaciones sobre el Poeta tendrán fin y acabamiento con obra perfecta de Capdevila... He de advertiros, por cierto, que tales divagaciones acabarán, mas no así el Poema mismo, que quedará palpitando para todos como voz dicha al oído del espíritu sutil... Hace ya mucho tiempo que me amisté con el Poema, casi al borde de mi emoción artística, y os digo de veras que todavía constituye mi evangelio de verdad interior y ha sabido dirigir, quizá con mayor eficacia que sistemas filosóficos y hasta realidades vitales, mi sendero de búsqueda del Camino, del único Camino que está en nosotros mismos... Hay tal nobleza de serenidad en el Poema y, sobre todo, tal sentido exacto del Destino, que trunca siempre nuestras intenciones torvas, destruye nuestra desesperación, y nos obliga a seguir viviendo para el cumplimiento del Mandato, nos obliga a seguir soportando este dolor de cada día, esta sed de infinito que nunca se calma, este saber lo que no se quisiera saber e ignorar aquello que más se desea conocer... Dice así el Poema:

OYE Y GUARDA...

Oye y guarda. Primero somos sombra,
un sagrado rumor que va creciendo,
una raíz profunda que se pierde
en la humedad sin fondo del silencio:
una idea en la sombra.

Y poco a poco
nos va encendiendo el soplo del deseo.
Y se nos pone rosa toda el alma.
Y somos un temblor, y amanecemos.

Y es el tiempo del canto, y así suena
en nosotros la voz, la voz y el eco.
Y todo está en nosotros, porque somos
el viajero y el viaje del viajero.
Cosa de pequeñez, tan nimia cosa
que cabe toda el alma en un momento,
pero cosa tan grande que en el alma
cabe la luz total del universo.

¡Conócete a tí misma!... Y así pasa
a través de las vidas y los cuerpos,
buscándose a sí misma, caminando
cada vez más afuera o más adentro.
Siempre queriendo ser diáfana y pura,
como una claridad sobre un espejo
y que la tenue desnudez le laven
con agua viva los renacimientos.

Muriendo y renaciendo —¡escucha y guarda!—
Según vamos sembrando, recogemos.
Muriendo y renaciendo al fin segamos
los campos del pecado y del deseo.
Se vuelven brizas las gavillas de oro,
humo cada rosal y sombra el huerto;
la vida toda una apariencia vaga...
Rosales de humo en el país del sueño...

Y toda el alma se nos hace noche...
Y nos vamos hundiendo en el silencio...
Y nos llenamos de astros poco a poco...
Y a la infinita pax nos devolvemos...

VARIACIONES SOBRE UN LIBRO BELLISIMO

"CORDOBA AZUL"... He aquí que Arturo Capdevila, soñador eminente de su paisaje cordobés de puro ensueño, nos lo entrega lim-

pido y puro, tal como se le reflejara en la fuente diáfana del alma... Capdevila, con ese provincianismo universalista tan suyo, tan íntimo, tan cordial, cuenta esas cosas de la tierra y sus aconteceres, en sencilla biografía que tiene perfume de perennidad...

"CORDOBA AZUL"... Teoría de campanas a vuelo, de múltiples campanas congregadoras del aroma del aire, receptoras de las llamadas de las alas, voces dichas en lengua perfectamente musical... Campanas azules, como si las campanulas de la sierra hubieran crecido hasta poder acoger bajo su dulce sombra a los ángeles que visitan las emocionadas torres cuando canta la voz de las campanas...

"CORDOBA AZUL"... Recuerdos azules de los buenos tiempos, charlas al amor de los árboles y al amparo de los tiernos caminos, parloteo del soñador con el verso que dice el río... Desfile de figuras historiadas en lo cordial, de aquellas gentes mansas que llevan por igual la santidad a hondura de alma o la galantería a flor de pecho... Provincia, bendita Provincia donde el saludo no es gesto protocolario, sino estrechón de manos, abrazo hondo a plena calle, mientras por lo alto las palomas reparten su blanca correspondencia y las golondrinas se van yendo hacia nostálgicos paisajes...

"CORDOBA AZUL"... Paisajes azules y transparentes... Calles y casas besadas de recuerdos... Sierras, montes, ríos, caminos por donde el sol dicta lecciones apacibles y el florecer de puro constante ha creado permanente templo de aroma... Cercanía de vertientes y cursos de agua muy decisivos del romance... Lejanía de montañas en donde el sol gusta quedarse pensando largo tiempo antes de su sueño creador de la melodía de los jilgueros... En la noche, rumor de ciudad dormida y rumor de parpadeantes estrellas...

"CORDOBA AZUL"... Amores azules, emocionario de la flor de hierbabuena... Pensamientos tenues, casi niños, que se andan por las cabecitas femeninas llamando con nudillos de indecible ternura... Sonrisas azules, tan azules que dan envidia a los mismos ojos de las criaturas, que doblan la belleza del paisaje con su búsqueda del Ángel de la Guarda... Azules abrazos y azules despedidas, que bajo el bendito cielo de Córdoba hasta el dolor viene a tornarse dulce tristeza que duele sabrosamente el alma...

"CORDOBA AZUL"... El verso puede muy bien volar en la brisa, junto con el polen claro, de visita a todos los cálices del campo y del alma... Puede también construirse morada de sutil delicadeza, tal que la amapola jugando con el viento de la sierra... Azul, azul, azul, verso azul que baja a beber el agua de la vertiente o asciende a escanciar la lágrima en el lucero... Verso flor, verso cristal, verso rocío... Arturo Capdevila deja en las páginas de su canto cordobés toda, pero toda el alma... Azul inspiración de la Provincia amada, azul evocación de sus florecimientos de flores y almas; azul dimensión de la distancia...

• ARBACES, CUMBRE DE AMOR

Una inmersión en lo más profundo y anterior de sí mismo, hasta que el alma clarea toda ella con esa claridad de recuerdo maravillosamente intemporal: somos una tumba y una cuna de recuerdos dormidos por mandato de las vidas sucesivas en que vivimos nuestra miel de alegría y nuestra sombra de tristeza... Un ascenso hacia el tiempo arcano, por el poder del anámnesis platónico, prendiendo antorchas ya no en el terrestre fuego que pone huella brillante en las pupilas, sino directamente en la claridad de las estrellas... Tal Arturo Capdevila al escribir su propia historia, la del tiempo de la helade decadente, en esa Obra iluminada y absoluta de toda belleza que quiso titular "ARBACES, MAESTRO DE AMOR".

Capdevila se encuentra, mejor dicho, se reencuentra en remoto pasado, cuando la luz de su constelación le encarnó en un persa viviente hacia finales de la gloria griega y comienzos de disgregación frente a las águilas de Roma. Recuerda entonces que fué un Arbaces predicador del amor perfecto, en escuela alejada de la de los filósofos de entonces, es decir, siendo Poeta, que es mucho más que ser filósofo: mientras la Filosofía enseña verdades que pueden transformarse al primer vaivén de las humanas arenas, la Poesía enseña la eterna Verdad al alma universal... Pero resultaría arbitrario emplear tiempo pretérito: Arbaces ES, así, en simple perfecta afirmación, pues que en los tiempos del alma que sobrevive a las tangibles formas no existe el tiempo... Arbaces cumple oferta a los discípulos del ideal de amar el amor, y dice cosas de tal hondura y, al propio tiempo, de tan exquisita belleza en pura ternura de perfume incomparable, que el alma nuestra consuéltase de que todavía se pueda amar de esta manera y así hablar de amor...

Con qué perfecta transparencia, más pura que el agua naciente o el corazón de un niño dormido en la montaña, Arbaces halla el amor único, aquel que es una clara altura, perennemente temblante de alas... Arbaces consigue el supremo milagro de quemar lo transitorio y hacer de esa llama oración en conquista del firmamento... Así dice el Maestro: "El páramo se ha vuelto jardín. Yo todo entero me he vuelto jardín." "El mundo, aprended, sería inmensamente más dichoso si todos tuvieran la limpia bondad de mostrar sus amores."

Y he aquí que todo ajeno conocimiento y aún lo que nosotros mismos creíamos propio y hondo conocimiento de nada valen, porque una sola mirada nos descubre ante nuestros propios ojos asombrados... Arbaces lo enseña: "Y día ha de llegar ¡oh complejo amigo! en que te asombrará que mientras tú mismo no logres entender los caminos de tus sentimientos y tus dudas, ni haya sabio que te valga, una chiquilla que no sepa otra ciencia que su cariño, te comprenda por entero en pasado, presente y futuro."

Y no se crea que permanecerá lo pensado frente a lo sentido, mas, al contrario, será el corazón dominante del pensamiento y el amor señor y dueño de la sabiduría... Arbaces así lo dice: "Cuando el mar se alborota nada le es más fácil que cubrir un islote. Cuando se alborota el amor, nada le es más fácil que sumergir una filosofía."

Lo más delicioso, al propio tiempo que lo más dulcemente entristecedor, es que en amor no hay medida ni límite. No hay medida porque el Poeta nos enseña: "Nunca se ama tanto que pueda dejarse de amar." No hay límite porque no amamos solamente este amor de hoy, sino todos los amores, en pasado, presente y futuro, en suma tal que desborda el pobre corazón, en tal forma de permanencia profunda en los dominios de la memoria animica, que hace decir al Maestro Arbaces: "El amor es la memoria sin límites."

El Maestro se enamora. Claro está: quien predica amor natural y sencillamente busca y encuentra el amor. La perfecta Arduizar (Fuente de Luz en el idioma profundo de Arbaces) es la actual encarnación del amor eterno, esa fuente que atrae con toda la atracción conocida, aunque mucho más con la divinamente desconocida. El enamorado sutiliza así su deseo: "Quiero jugar con la lluvia a quien hace más travesuras contigo, si ella resbalando perlas o yo deslizando

besos." Y bien que gana en la competencia sabrosa, besando los labios que son como esas rosas que soportan apenas el delicioso peso del rocío, mirando esos ojos que surten perfumes encantados que dicen la fidedigna historia de los luceros, reteniendo esas manos que parecen la esencia del vuelo y la provisoria residencia de la brisa en su inquietud constante...

Mas el amor camino es al dolor. Y ello es natural, y bien está que sea así... De nada valdría el amor si cada beso no floreciera una herida que perfuma en tristeza por toda la eternidad... Las manos de brisa detenida, sin quererlo ellas mismas, en cada caricia dejan un bellissimo incurable mal... Arbaces descubre este santo dolor de amar: "Tres copas alza el amor. Una copa de vino embriagante; y bebiendo, exclamamos: ¡Qué embriaguez! Otra copa de agua fresca, y decimos: ¡Qué frescura! Finalmente una copa de lágrimas."

A este dolor se suma el recuerdo de lo que ya no se recuerda, el terrible buscar de la Unica, porque, según el Poeta y Maestro de Amor, "Todos tuvimos amores con la que nunca vendrá". Entonces le posee la honda tristeza, esa tristeza que no halla manera de consolación, ya que hasta la Divina Música le es camino de retorno al tiempo de las simples felicidades, cuando se bebe el agua en el mismo vaso, cuando los besos se dan y se reciben en comunión de alegría ingenua, cuando es el amor niño que juega con sus juguetes de clarísima espuma... Ahora es la enfermedad de amar, y Arbaces nos advierte y a sí mismo se advierte: "Quien enfermó de amores debe huir de la música, porque ella despierta el amor."

El amor lleva a la tragedia: ésta es cumbre de amor simplemente... Arbaces, Poeta perfecto, toma en cuenta esta manera de ser del sentimiento profundo y sabe que con cada beso la dulcísima Arduizur, la niña que le enseñó más ciencia que toda la ciencia, le estaba dando dolores infinitos... Y así define la vida, la vida del hombre caminante: "Un poco de vuelo y de canto. Nada más en la noche sin fin."

Y es entonces llegado el instante de los remordimientos, el instante del fuego interior que quema con invisible llama de espanto. Arbaces consulta al Oráculo y desde el fondo de sí mismo, en la Cueva donde se muere o se renace con la Verdad, oye esto: "Cuando mi-

ras por la primera vez (según tus cuentas) a la mujer que te subyuga, sólo experimentas el efecto de una causa olvidada que puede ser tu perdición." Y entiende esto otro que desde antes fué realidad palpitante y que el moderno espíritu del psicoanálisis cree ingenuamente haber descubierto por su sola actualidad, sin pensar que sólo está recordando, en función no bien explicada de anámnesis... Arbaces oye esto otro: "Sin la palabra del paciente mismo (que delirando decía toda su verdad) no había oráculo." Todavía le es dado oír algo más al Poeta triste de haber amado: "Todos hemos vivido muchas veces en la tierra, sembrando y recogiendo, causa y efecto de nosotros mismos, atando y desatando fatalidades."

Y he aquí que no fué el Oráculo el que enseñó la última verdad de las verdades, sino un pobre mendigo que compartía con su perro los caminos, las hambres y las soledades... La enseñanza tuvo final simple: "la vida es un camino"... Arbaces siéntese reconfortado con esto y entonces si escribe el verdadero amor, el que va de unos labios de mujer bellísima a los labios sagrados del Cosmos, el que parte del canto de la garganta adorada al canto de las esferas... Sobre su dolor levanta las más bellas palabras: "¡Vivid! Vivid los que fracasasteis en el amor; vivid como si no hubiéseis fracasado! ¿Por qué no ha de ser el hombre más generoso que su destino?"

Arbaces dicta luego la enseñanza más sublime y perfecta, aquella que para mí es la más noble y alta y bella, porque he de confesarlo, en el camino de mi vida actual más he vivido el dolor que el amor, y soy más que aurora anochecida: "Una venganza conozco, sí, contra el destino injusto: Seguir amando las cosas que no nos dió."

Arbaces es premiado en su infinita tristeza, por modos y maneras que ya al humano no le es dado investigar y definir...

Por una tradición compartida en los tiempos hemos venido diciendo alabanzas y aplausos al libro que Ovidio diera como Manual de Amor... Pero yo os digo, con una verdad que me nace más allá de mí mismo y, sin embargo, de lo más hondo de mí mismo, que este "ARBACES, MAESTRO DE AMOR" del genial soñador Arturo Capdevila vale más, infinitamente más, incomparablemente más que el tratado de Ovidio... Este Libro de Arbaces es lo más bello y perfecto que de amor pudo decirse...

En verdad os digo que quien no lea este Libro del Amor de los Amores de Capdevila no aprenderá el amor que de lo humano se va elevando a lo divino por toda la eternidad...

PARABOLA DE "EL LIBRO DEL BOSQUE"

Había una vez un Hombre que se llamaba Arturo Capdevila... Poeta desde antes de su luz actual, mensajero de pulcra y diáfana belleza, se amistó con el decir de los días en sus cavilaciones de sol y con el temblor de infinito que hay en el misterio de la noche... Conversó tranquilamente con las estrellas y de ese aprendido secreto maravilloso dijo a sus hermanos cosas tan hondas, que el mundo todo vino a poblarse de su voz, de su palabra, de su profundidad... Dijo cosas ya tiernas como el álamo que apenas surge del suelo bendito, ya hondas como el silencio de los sueños, ya cósmicas como el palpitar del viento en sus carreras por los horizontes... De todo conoció y de todo vivió: ascua de amor humano, recogiendo el cantar de las vertientes en sus manos claras; ascua de amor divino, poniendo su pensar en lo muy alto, pensando en Dios con la mejor de sus definiciones, que es la Armonía... Tuvo sus caminos de alegría y sus caminos de tristeza, escanciando en copas azules la miel de las abejas bíblicas, y en mínimo cristal de lágrima el desasosiego del espíritu... Su mérito más eminente fué el de guardarse para sí las tristezas y los dolores, y entregar a los demás sus sentimientos copiados en bellísima forma sobre el estanque asombroso de su alma...

Y he aquí que un día, Arturo Capdevila escuchó una voz, su propia voz interior, que le decía: "anda, Poeta, ve al Bosque y estudia con amor y perfección todo lo que en él palpita, para que luego vuelvas a tus hermanos y les entregues un Mensaje de perennidad"... El Poeta, con la sabiduría propia, con plantas probadas en su propio camino y sed saciada en su misma fuente inagotable, entendió la llamada y la supo no solamente para la oscura selva de los ancianos árboles, sino para la propia hondura del espíritu, para esa otra selva con prodigiosas flores, cuando quiere dar flores, o con oscuros venenos, cuando sabe dar venenos... Aguzó el Poeta más todavía su sensibilidad exquisita, se desposeyó de terrenas aspiraciones, quemó a llama pura las pupilas hechas sólo para mirar a las hijas de los hombres, destrozó su palacio, tomó el cayado mansamente y partió al Bosque... A la puerta de su derruida casa dejó una advertencia:

Dije, y era cierto: Yo entonces, ya solo,
me iría a las selvas que nadie conoce.
Meditando haría camino de vida,
que la vida es obra de meditaciones.
Y en vez de estos libros de artificio fútil,
donde tantas veces lloré mis amores,
os daría, hermanos, mi lección de asceta,
mi sabio Aranyaka, mi Libro del Bosque.

Y no se crea que el Santo Verón camino del Aranyaka donde se quemara la mente en el último fuego de las purificaciones llegó a fin y destino sin dolores o sacrificios... Sufrió las postreras tentaciones, aquellas que aun en el silencio crean complacencia y hasta en las angustias innominadas describen voluptuosidad... Luchó agriamente con el Angel... Sufrió la tentación de la Noche, prodigiosa fuente de atracciones oscuras, especie de gran beso de unos labios quemantes... Pero salvó esta llamada y aconsejó a los demás que no la escuchasen, porque lo mismo puede hallarse en ella: el Apocalipsis de la redención o el Apocalipsis del pecado... Y oró así:

Poeta, no dediques
tus versos a la noche;
que hacia los astros de oro
pocos te seguirán.
Los que bebiendo estaban
te arrojan su reproche.
No intentes la tremenda
Revelación de Juan.

Comprendió que había de empequeñecerse para encontrar la verdadera grandeza, porque sólo del humilde es la Verdad y la Vida, y aquel que da todo lo suyo, lo intimamente suyo, posee más que cuantos potentados acumulan el oro maldito... Mirando el cielo todavía del otro lado del Bosque, dijo:

Vaso de frágil forma;
muy poco soy.
Mas seré nada misma
si no me doy.

Sintió la tentación de las despedidas, de esos postreros abrazos y besos que se dan con angustia humana... Pero él, por felicidad, siempre supo del otro país, el incógnito, el deseado, el Seno de los Justos, donde el vivir luego del sueño grande es ir contando estrellas... Por eso, para consolarse y consolar a sus hermanos de las lágrimas, bordó este comentario:

—Certo. De paso el hombre va
de despedida en despedida
hacia el país en donde está
el otro lado de la vida.

Y vió el Bosque, y lo abrazó, y lo amó tierna y profundamente...
Y descubrió la primera verdad, cual es la de saber que el solo pensamiento puro bajo el árbol vale más que cuanta ciencia guardan los libros de los hombres... Y así dijo:

Si a la sombra de un árbol muchas veces
ha sufrido —ha sufrido y ha callado—
y ha sabido escuchar, este poeta
podrá a los hombres enseñarles algo.

Y supo muchas cosas más, y supo todas las cosas, que la naturaleza habla con clara palabra a quien quiere escucharle... Aprendió el idioma de las aves, el cantar de las vertientes, el remanso de luz entre las ramas, el gemido del viento hacia los astros, el diario cantar de las cigarras y el nocturno crecer de las montañas... Pero, más que todo esto, mucho más, mucho más, aprendió que el hombre es otra naturaleza entera sumergida en sí misma, y que, si las circundantes cosas son grata y buena compañía, más lo es, y más honda, la del propio yo perfumado de pureza... De esta suerte comentó su descubrimiento:

Sea tu yo tu compañía. Sólo
que has de tratar de que lo sea buena.
Sé de día el amigo de las plantas.
Reza en tus noches contemplando estrellas
y sabe que los astros más remotos
son cercanos parientes de las hierbas.

Sabiendo que los hombres se separan de los hombres, que los hermanos matan a los hermanos, que en las pupilas de las mujeres y —tristeza del siglo— hasta en las pupilas de los niños apuntan signos de lobo, invitó a todos a unirse bienamente en Dios:

Así, todos unidos, como Dios lo ha dispuesto.
El corazón en todos los corazones. Y esto,
en el alegre mundo de las labores bellas.
¡Oh noche! El alma, amores. ¡Y el infinito, estrellas!

Como supiera que sus hermanos en lejanía lejanísima soñaban con la púrpura y el poder, con la fama y la gloria, con todo aquello

que una noche de espanto deviene nada más que ceniza, les recordó que el vivir es un viaje sobre el filo de la espada, una preparación para la muerte y una lenta conquista del inefable derecho a la reencarnación... Les recordó que la espada debe ser recorrida, con voluntad de perfeccionamiento, teniendo por norma su verso de pleno Bosque:

Anda por tu deber. No hay más camino.
De una sola manera el pan se leuda.
Hay que saldar las cuentas del destino...
Y éyelo bien: El hombre es una deuda.

Pero cual belleza más bella aprendió en el Bosque fué la de pura humanidad... Porque, no obstante haber entrevisto muchos cielos, como el Iluminado de Damasco, y haber tenido a su disposición carro de fuego y de sol, como el fugitivo de la tierra en la reciedumbre de la Biblia antigua, prefirió el mundo con sus dolores y miserias, con sus tristezas y negruras, con sus angustias y pesares sin cuento ni medida... Se quedó para decirnos su más bella palabra:

—Ya dije mi verdad. Mi patria es ésta:
la pobre patria de los pobres hombres;
y mil veces del cielo tomaría
por buscar sus cansados horizontes.

Y muchas más cosas aprendió, y muchas más bellezas dijo... Y lo que el Hombre, Arturo Capdevila, Poeta y Vidente, trajo del Bosque en su Libro perfecto, según él está escrito en pobres hojas secas, mas según sus lectores en hojas llenas de savia, en hojas que tienen todo el poder humano y divino del Arbol de la Vida... Volvió con "EL LIBRO DEL BOSQUE", con su propio espíritu hecho Poema, y tanta luz de iluminación dió al mundo que el mundo, si entra en meditación, puede dejar de ser lo que es para buscar los Caminos...

Y he aquí que también a las pobres manos de quien estas cosas piensa y escribe llegó, por expresa voluntad de quien tan altas cosas vió, "EL LIBRO DEL BOSQUE"... Y siento que ya ha clareado mi cielo y mi noche es menos noche... Por lo que no es difícil que aprenda a encender nuevas estrellas...

CRONICA UNIVERSITARIA

1952

ENERO

Día 27

El Conservatorio de Música de la Universidad, que lo dirige el doctor Rafael Sojos Jaramillo, rindió homenaje póstumo al consagrado artista cuencano del pentagrama, don Francisco Paredes Herrera, que rindió la jornada de la vida en la ciudad de Guayaquil en los primeros días de este año. Hizo ofrecimiento del homenaje —que se desarrolló en el Salón Máximo Universitario— el doctor Rigoberto Cordero León, en emocionadas frases. La Orquesta del Conservatorio ejecutó selectas piezas fúnebres y las mejores composiciones del artista que tantos lauros consiguiera para su ciudad natal. El doctor José María Astudillo Ortega, renombrado escritor azuayo, hizo el elogio de Paredes Herrera en los términos siguientes:

"Pancho Paredes pertenece a la generación que allá, por los años noviseculares de 1901 a 1902, hacia la Primera Comunión en la Escuela de los HH. CC., en plenitud de niñez y de esperanza. Era de los que, retozones y frescos, entonando el "Materno néctar", formaban círculo en torno del melodio de la Capilla; a la simpática sombra del Hermano Agustín, uno de los pocos CHEFRERES de regular oído y no mal gusto. Pancho Paredes era del ruedo filarmónico de muchachos de su entonces, seleccionados para cantar gregorianas, motetes eucarísticos, himnos a los santos y sobre todo, la clásica misa, en la

fiesta de San Juan Bautista de la Salle, en el Coro de San Alfonso, con sus campanitas lauretanas y su órgano solemne y evocador de esas doradas escolanías. Rostros pueriles, voces que apuntaban a la muda, el bello agraz de sorpresivos porvenires: allí Rafael Sojos, Carlos Arizaga, y por no citar sino en ráfaga añorante, por ahí ensayaban Alfonso Vázquez, el malogrado Tola, Salvador Sánchez, Nico Sojos, y otros más de esa bandada de amateurs y diletantes del Arte que termina las palabras...

De su padre, Francisco Paredes, había heredado todo el nombre y talvez más refinada, su vocación musical. El jardín y el huerto entretenían la doliente viudez del padre, que también concentró la brújula soledosa de su afecto en guiar la formación artística de su hijo, de esta invalorable prenda de su orfandad, que significaba para él el cultivo de la más entrañable de sus flores.

Unos, al Colegio; los más, al taller; contados, al comercio, vino la égloga de la dispersión positivista del dulce compañerismo escolar. Y mientras pocos ejercitaban sus cromáticas junto al piano de Rodríguez, de Arcentales o de Pauta, Pancho Paredes, reclinado en los paternos hombros bebía con la delectación de los solfeos, los primeros encantos del divino alfabeto del infinito idioma de las almas...

Pancho Paredes, hijo y adolescente, se dió cuenta al salir del paraíso semi-enlutado de su infancia, de que, para llevar con decoro su estatura de hombre, había que hacer honor a su temperamento, que él lo presintió nada vulgar, y cuando menos, vestir COMME IL FAUT, convicto de que se complementa la elegancia del espíritu, con la gentil presentación del traje.

Entonces, dentro de casa, por descansar de la copia y del ejercicio musicales, cuidaba en el paterno jardín de la exquisita planta, para florecer en el ojal y para formar el ramillete que había de acompañar a sus primeras inspiraciones, en papel fino, con letra pulcra y atadas con la roseta de cinta perfumada, que habían de amanecer en el balcón o en la reja de las románticas ilusiones de una época, de esas que los viejos solemos decir que "ya no vuelven".

Por 1911, pasados los acuartelamientos juveniles de lo que entonces, todavía, "FUERA EL ECUADOR" —parodiando a nuestro eru-

dito Gabriel Cevallos García— Paredes, que demostró su caligrafía musical, pasó a ganarse la vida, nombrado COPISTA de la Banda de uno de los Batallones acantonados. Entró a vivir del pentagrama... Quiso seguir el vía-crucis del Arte... hasta su muerte, y definió su camino!

Moreno, de buen porte, "joven del día" —como lo murmuraba el barrio— achicaba sus ojos la espontaneidad de la sonrisa entre la jorga. Garboso, ufano con el buen terno, la pavita en las rebeldes crenchas— corbata de lazo, su flor al ojal, pantalón de fantasía, el abrigo al brazo, no le rodaba un mosco.

No solamente la gimnasia mental de copiar partituras para las retretas de Jueves y Domingos, con las que saludaban las Bandas la Gobernación o la Zona Militar; sino que, confraternizado con el alma de las Notas y junto a la batuta del maestro Hidalgo, cursaba intuitivamente desde el ABC, hasta los andamiajes rascacelestes de la composición, compaginando su entretenimiento con los laraleos sentimentales y nativos, apurados al borde confidente del afecto de su padre, que formaba en los coros de su tiempo, con los Pauta, los Arcentales, Astudillo, lo que diríase "la guardia vieja" del Arte morlaco. Decía Nicanor Aguilar: "Si alguna vez se escribe el diccionario biográfico del arte cuencano, después, a continuación del nombre de Francisco Paredes (padre) constará el de otro FRANCISCO PAREDES (Herrera), y dirá: Hijo del anterior, que heredó de su honorable padre el noble apego a la belleza de la armonía, que siguió sus lecciones y extrajo del numen del terruño toda la delicadeza de la música andina..." y seguía trazando Aguilar, en Octubre de 1928, con su maestría, la necrológica paterna de este PANCHO PAREDES, que "quiso ser inmortal en sus cantares".

Como las Bandas capitalinas implantaban por el austro el gusto por el Sanjuanito y el Pasillo, iban relegándose del salón y del kiosco popular los antiguos Tonos bailables: danzas, polkas, mazurkas, jotas y cuadrillas, cediendo al empuje irresistible de la modernización cosmopolita. Paredes de inmediato aspira el ambiente y florecen a granel sus primeros pasillos, sus aires incaicos y dan golpe en el ambiente sus asimilables composiciones.

Pronto se emancipa Pancho Paredes a su cuarto, una especie de

refugio bohemio para su mesa de compositor precoz. Allí, la guitarra con su rosetón de seda, allí, la concertina de sus rondas. Allí en el silencio provinciano consagra noches de insomnio a borrar emociones. Allí, con el poeta amigo, en torno a un ramo de flores y a la copa de Murger, acoplan unánimes letra y música de juveniles sentimientos. ¡Ilusiones y sensiblerías, pompas de ensueño que nunca volverán!

Fresca la tinta de los versos que acaba de escribirlos Alfonso Estrella Merchán y temblando como lágrimas los puntos de la música de Paredes, salen a cantar la serenata al pie de techos favoritos. Al artista le han enamorado los ojos, la sorpresa, las manos; el artista se enamora de todo, se enamora de la que ve. Es el ave de los balcones, es el viento de las rejillas, es el "canto errante" que ha de buscar muchos labios y no se cansará de tocar corazones!

Vigilias, fiebre de ensueños, "incomprensión", producen en el apolonida el mal de la inquietud, del no estar consigo; de buscar horizontes, y llevar la canción por los ámbitos, sintiendo que hay alas para mayores espacios.

Es en 1913 que le llaman de Zaruma, para Profesor de Música de la Escuela Municipal. Y Alfonso Estrella va de Profesor de Castellano. Van a curarse de nostalgia. No importa, si ellos saben mejor que son incurables. Retornan a su morlaquia, en la que se quedará el delicado Poeta. Paredes solo ha venido fute, enigmático y bohemio, para gozar voluptuosamente recorriendo sus calles y sus plazas tutelares; quizá la Escuela donde aprendió a cantar y con el Hermano Agustín; su río paterno; sus campos y montes nutrices, el cielo confidente; la luna de sus SERENATAS; el sol que galvanizó lejanías y las estrellas que parpadearon sus adioses íntimos!

Otra vez, el éxodo, a la costa, y de allí, cada vez más copioso su equipaje artístico, por 1920, a la tierra de Medardo Angel Silva, llamado urgentemente por la Fama, para dar música a "EL ALMA EN LOS LABIOS", que irá cantando esa ruiseñora, que se llamó Estrella Irú, por todo lo largo y profundo de la tristeza americana...

Alguna vez, Pancho Paredes recordará de sus primeros repertorios, de las dedicaciones a las muchachas de sus balcones cuenca-

nos: "ADELINA", "BEATRIZ", "ROSITA", "MATILDE", sugeridas por Berger, el Rey del Vals; por Metallo, Waldteufel, Becucci... sus romanzas primigenias, con la caligrafía chic, la cinta tricolor!

Después, siguió conservando Paredes su afición por los aires cantables. No hay duda que sus composiciones despertaron el entusiasmo compositor así de lojanos, de cañaris, de quiteños, de guayaquileños, como de sus contemporáneos del terruño: de su poeta, el exquisito e inédito Alfonso Estrella Marchán; de Carlos Arizaga, multifásico de espiritualidad; del reconocido esteta y Maestro Dr. Rafael Sojos Jaramillo, y luego, de Alfonso Vázquez, Salvador Sánchez, Carlos Ortega, y más tarde, de César Mosquera, Victor Sarmiento, de Carlos Ortiz, de Rojas, Inga Vélez, de Pancho Torres, de Rafael Carpio, que en la ruta de la gloria, han tocado la fibra psicológica, la de los éxitos; ese brote JONDO de antología, de los que hacen época apasionante en la "fácil dificultad" de los públicos... Paredes vivió sólo para su arte, sin que hayan faltado las firmas encargadas de la parte comercial, en este gran siglo del Arte por la vida, cuando el artista consumía la suya, nada más que por el Arte y por la Gloria. Tres etapas de su vida: 20 de precocidad, 20 de floración copiosa y los últimos 20, de aplanamiento, spleen, canas y tedio.

Sin llegar al ocaso, y cerca del otoño de sus sesenta no cumplidos; lejos de sus lares, en el silencio de una elegía extraña, un día cualquiera, se apagó la sinfonia mundana de sus oídos; volvieron sus pupilas de exilado, a la última añoranza de la tierra de sus padresidos. Perdón, al decir que los artistas se mueren, porque sí.

Besado por el genio, rico de fama, avaro de ideal, no importaba morir pobre, exclamando con el otro:

"Yo derroché mi vida inquieta,
elegante y sentimental,
con la violencia de un poeta,
que fuese príncipe oriental."

En las agujas ortofónicas, en las grabaciones mecánicas de las pianolas, en las radios y en las ondas estelares resonó millonario el nombre de Pancho Paredes, que todavía se habrá llevado al viaje eterno la póstuma canción que se heló en sus entreabiertos labios y ese latido inédito, el gran dolor, "que no se dice nunca", que van a

devolver como un tesoro intacto los artistas, en las mismas manos del Autor de la Harmonía."

Día 31

En ceremonia plena de solemnidad y esplendor fué inaugurada la Facultad de Filosofía y Letras. De esta manera la Universidad, y por ella sus personeros, especialmente su Rector, doctor don Carlos Cueva Tamariz, ha dado feliz término a las gestiones decididamente realizadas para dotar al Instituto de esta indispensable "Facultad de la Cultura" que constituía exigencia inaplazable para la tradición intelectual de Cuenca.

Al ser establecida la Universidad en el año 1868, juntamente con las de Jurisprudencia, Medicina y Teología, contaba con la Facultad de Filosofía y Literatura, entre cuyos ilustres Decanos se contaron meritisimos personajes como José María Rodríguez Parra —el primero— Luis Cordero y Benigno Palacios Correa, después Rectores de la Universidad, Manuel Coronel, Tomás Alvarado y otros.

6724
A partir del año 1897 la Facultad —que si bien es verdad no tenía el carácter que distingue a las actuales Facultades de Filosofía, podía adquirirlo con el andar de los tiempos— fué suprimida al darse una nueva organización a la Universidad y su recuerdo se había extinguido casi por completo. Mas, si su necesidad no fué sentida en pasadas épocas, en los últimos años en que la especialización y el profesionalismo, ahondando sus exigencias, ahogaron las de la cultura general en un enorme porcentaje, se destacó con caracteres de imprescindible. La amplia visión del conductor de la Universidad doctor Cueva Tamariz así lo anotó y, desde su asunción al Rectorado en el año 1944, constituyó motivo de su principal preocupación la organización de la Facultad de Filosofía. Dificultades de todo orden y especialmente de carácter económico fueron eficazmente superadas para el definitivo establecimiento de la Facultad; y, llamado el doctor Cueva Tamariz a integrar el Gobierno Nacional como Ministro de Educación Pública, le tocó ex-

pedir la resolución fechada el 14 de noviembre de 1951 autorizando el funcionamiento de la nueva Facultad desde el año académico 1951 - 1952, por así haberlo solicitado el H. Consejo Universitario presidido —mientras dure la ausencia del Rector titular— por el Vicerrector doctor Manuel María Ortiz, resolución ministerial que fué publicada en la anterior entrega de esta Revista.

En efecto, el 31 de enero de 1952, luego de llenados los trámites y necesidades de rigor, la Facultad fué inaugurada. El acto se desarrolló en el Aula Máxima del Plantel a partir de las ocho de la noche. Debía ser solemnizado con la asistencia del señor Ministro de Educación Pública y Rector de la Universidad, doctor Carlos Cueva Tamariz, que traía, además, la representación del señor Presidente Constitucional de la República, don Galo Plaza Lasso, mas la circunstancia de haber sido cancelada, a última hora, la salida del avión que debía conducirlo desde la Capital, privó a la Universidad de su presencia. El doctor Cueva Tamariz en comunicación telegráfica de urgencia pidió al señor Vicerrector y miembros del Consejo Universitario tenerlo presente de manera espiritual en la significativa ceremonia.

Los puestos de honor del Aula Máxima fueron ocupados por el señor Vicerrector doctor Manuel María Ortiz, que presidió la histórica velada; por el señor Rector de la Universidad de Guayaquil, doctor don José Miguel Varas Samaniego que, especialmente invitado por el Instituto, honró con su presencia el acto inaugural; por el señor Decano de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación de la Universidad de Quito, doctor don Emilio Uzcátegui, también invitado por el Plantel; por el señor Gobernador de la Provincia, doctor Ricardo Malo Andrade; por el señor Alcalde de la Ciudad, doctor Luis Moreno Mora; por el señor Presidente de la Excm. Corte Superior de Justicia, doctor Carlos Enrique Vintimilla; por el señor Jefe de la III Zona Militar, Coronel Carlos Patiño Z.; por el señor Presidente de la Academia de Abogados del Azuay, doctor Lucas S. Vásquez; por el señor Vicepresidente del Núcleo del Azuay de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, doc-

tor Manuel María Palacios Bravo; por las Autoridades Universitarias: doctor Miguel Alberto Toral L., que ejerce el Vicerrectorado del Instituto; Decanos de las Facultades de Jurisprudencia, Ciencias Médicas y Ciencias Matemáticas y Físicas, doctor Luis Monsalve Pozo, doctor José Carrasco Arteaga e Ing. Luis Iturralde Bucheli, y por el doctor Francisco Alvarez González, profesor español y Director de la naciente Facultad. El Decano doctor Luis Monsalve Pozo tenía, además, la representación de los señores Rectores de las Universidades de Quito y Loja, doctores Alfredo Pérez Guerrero y Jorge Castillo Carrión, respectivamente.

El salón estaba lleno de una selecta concurrencia integrada por lo más valioso de los círculos intelectuales de la ciudad, catedráticos y alumnos de la Universidad.

Lo Orquesta del Conservatorio de Música del Plantel ejecutó el Himno Nacional Ecuatoriano y luego el señor Vicerrector doctor Ortiz, en frases de corte académico pronunció el discurso de estilo en los términos siguientes:

"La Universidad de Cuenca, en su trayectoria siempre ascendente, y después de un proceso laborioso y complejo, impuesto por el ambiente en que aun nos debatimos, da cima a uno de sus más fervorosos anhelos, con la creación de la Facultad de Filosofía y Letras, que no es similar de la de Filosofía y Literatura, que se estableció cuando fué inaugurada la Universidad de Cuenca en el año de 1868.

Entre las facultades constitutivas de las primeras universidades, la más importante y antigua era la de "Las Siete Artes Liberales", como entonces se denominaba a la actual de Filosofía y Letras.

En los albores del siglo XII, con el objeto de sistematizar y asimilar los materiales dispersos, de Filosofía, Ciencias, Historia, Literatura, etc., se constituyeron corporaciones o hermandades de profesores y estudiantes, en forma por demás desinteresada y sin valla alguna impuesta por las localidades o nacionalidades. Entonces aparece por primera vez el vocablo **universitas**.

En la actualidad, las escuelas profesionales han relegado a se-



El señor Vicerrector de la Universidad en ejercicio del Rectorado, doctor Manuel María Ortiz, en el momento que leía su discurso para declarar inaugurada la Facultad de Filosofía y Letras.

gundo término los estudios de Filosofía y Letras; lo cual, en último análisis, no es sino la preponderancia de la materia sobre el espíritu, de la técnica sobre la cultura, de la formación profesional sobre la integral del hombre.

La cultura implica el cultivo del espíritu, mediante la Filosofía; y el de la voluntad, mediante la educación humanística. Es pues concebible que pueblos atrasados materialmente puedan ser más o menos cultos aunque no gocen a plenitud de los progresos de la civilización moderna. La Grecia actual, a la que seguramente le alcanzan en parte los beneficios de la civilización europea —tráfico ferrocarrilero y carrozable, aviación, el cine, la radio, etc.— se halla sin embargo en un nivel cultural muy inferior al de la Grecia antigua.

Si los pueblos de civilización ultramoderna, por dádiva de alguna hada maligna, tienen el poder de Midas de convertir en oro todo cuanto tocan, incluso el pan de los pueblos y la floración de las ciencias y de las artes, a los demás, bien sean éstos pequeños, les corresponde defenderse con la cultura, y ésta no es alcanzable sino mediante el cultivo del intelecto humano en las casas del espíritu o sea en las Universidades. De esta suerte un pueblo de límites estrechos puede destacarse en el concierto mundial, como Suiza en Europa y el Uruguay en nuestra América.

A nuestro país, cercenado por la mayor de las injusticias, pequeño broche engarzado en el cinturón del mundo, con la más de sus urbes como nidos de águila en la escarpa de los Andes, le corresponde buscar la altura para abreviar su sed en los hontanares de la sana filosofía y de las letras humanísticas y colocarse en la categoría de aquellos pueblos, sin que esto signifique la renuncia de su inalienable patrimonio territorial.

Por esto que en la última Conferencia de las Universidades Ecuatorianas, fuera aprobado por unanimidad el informe de la Cuarta Comisión presidida por el que habla, como Delegado de la Universidad de Cuenca, en el que se recomendaba la aceptación de las siguientes medidas:

“Recomendar a las Universidades Ecuatorianas la creación en cada una de ellas de Facultades o Escuelas de Filosofía y Letras; Re-

comendar a aquellas Universidades que no estando en posibilidad de crear estas Facultades, organicen "Centros de Educación" que, obligatoriamente, de acuerdo con los reglamentos que se dictaren, impartan a sus alumnos una amplia cultura general, basada en la enseñanza de asignaturas fundamentales de las Facultades de Filosofía y Letras; Recomendar a las Facultades de Filosofía y Letras que ya estuviesen organizadas o que en lo sucesivo se organizaren, la creación de los "Centros" antes indicados a fin de que establezcan ciclos obligatorios de "cultura general", para los alumnos de las demás facultades; Recomendar la organización de estos mismos "ciclos", con el carácter de voluntarios, para los alumnos graduados de las Universidades."

La Universidad de Cuenca, de conformidad con las resoluciones que anteceden, crea esta nueva Facultad y ofrece a la juventud inteligente y progresista del país, una magnífica oportunidad para el importantísimo estudio de la Filosofía y conocimientos humanísticos de no menor importancia.

El estudio de la Filosofía en los tiempos primitivos, abarcaba todos los ámbitos del saber humano. Y es así como la antigua Grecia se prodiga en la más prodigiosa exposición de sistemas, de consideraciones originales, de concepciones profundas, de audaces hipótesis que colocan a la filosofía helénica en una situación de perenne actualidad.

Aun en tiempos posteriores se le atribuyen a esta ciencia los atributos de la universalidad. Para Descartes la Filosofía es como un árbol frondoso cuyas raíces son la Metafísica y las ramas constituyen las demás Ciencias.

Wolf dice que "la Filosofía es la ciencia de todo cuanto es posible".

Paulsen, que "es el contenido de todos los conocimientos humanos".

Schwegler afirma que la Filosofía va unida a los progresos de las ciencias y de la cultura social y política en todo el curso de la historia, y que manifiesta los distintos grados de desarrollo de la ciencia humana en general.

En rigor se distingue la Filosofía de las demás ciencias, pero mientras éstas buscan únicamente la explicación de un fenómeno, que bien puede encontrarse en la epidermis, o la demostración de una ley expresada por una fórmula en que al fin se detiene la mente, la Filosofía bucea hacia el fondo en busca de razones últimas, para avalorar el resultado de la labor científica; y lo que es más, relaciona las verdades meramente científicas con las altas finalidades del hombre, hasta el punto de convertir a las ciencias, que de suyo son amoraes, en capítulos de Ética y de cultura.

Un profundo pensador ha dicho: "es un grave peligro para el hombre una educación científica que camine aislada de las enseñanzas filosóficas, y que nada hay que perturbe más el pensamiento humano que el divorcio entre la Filosofía y la Ciencia".

James Conant, Rector de la Universidad de Harvard, ante el desorbitado panorama que ofrece el mundo actual, exclama: "es preciso enseñar Filosofía y Humanidades a los científicos".

Debe, pues, haber cierto paralelismo entre el progreso de las ciencias y el de la Filosofía que, como todas las obras humanas son temporales y evolucionan a compás de la cultura general, por lo cual no es posible que la Filosofía se encierre en un círculo cerrado, pues le es forzoso seguir desenvolviéndose como los tiempos necesitan de ella.

Es pues inútil filosofar para retornar hacia un mundo muerto, antes bien deben ponerse sobre el tapete las cuestiones de palpitante actualidad, para analizarlas y aquilatarlas con miras al porvenir. La Filosofía pretérita o de lo pretérito es válida como informativa e ilustrativa.

El abandono de la Filosofía es una de las causas principales para que el mundo actual confronte una de las mayores crisis de la historia en todos los órdenes de la vida. En esta era del cerebro mecánico y de la bomba atómica, del ingerto de glándulas y de la fecundación artificial, sobran los técnicos y hacen falta los filósofos que enseñen a la humanidad a distinguir la verdadera cultura de la camuflada por la técnica actual.

¿Cómo es posible que haya ambiente para la ansiada paz en un mundo presa de la desesperación y de la náusea y completamente ajeno a la sana filosofía?

¿Cómo es dable que haya pueblos que intenten imponer a otros el gobierno democrático, si en éstos están aún por verificarse las cruzadas filosóficas y culturales indispensables para que sean capaces de tomar la rienda de sus destinos? En estos pueblos los gobiernos omnimodos son los que se requieren, y los ungidos con tal poder valen lo que pesan en diamantes, como se acostumbra avalorarlos en algunos países orientales.

Demostrar la necesidad de la Filosofía ya es filosofar, y esta verdad inicial hay que inyectarla en las arterias del mundo en crisis; pero no para llevarlo a la desesperanza, sino para demostrarle que él problema es resoluble, con dejar que la sana filosofía guie la razón humana, y nada más.

Mientras unos consideran esta época, "como la más desventurada de la historia", otros la califican de "hora tormentosa pero bella". Y es preciso confesar que esta última aseveración es la justa. Admitamos su belleza, que bien puede ser la del Infierno del Dante; pero no aceptemos la tremenda sentencia del vate florentino: "Renunciad a toda esperanza."

La época actual es de transición a otra que debe venir necesariamente, como el justo medio de doctrinas extremistas, como el reinado de una paz que no será la mera ausencia de la guerra, sino el resultado de un armónico equilibrio de fuerzas culturales, éticas y psicológicas.

El estudio de la Filosofía se complementa con el de Humanidades y Letras. Se ha dicho que las humanidades son la disciplina del hombre. Hagamos de ellas una somera revisión.

El don de la palabra es privilegio de la especie humana. El hombre habla porque puede pensar y piensa porque puede hablar. El lenguaje sirve no sólo para comunicarse con los demás, sino para registrar nuestros propios pensamientos; en otros términos, no se puede pensar sin hablar interiormente. De aquí la importancia del estudio

de la Gramática, Filología, Lexicografía, Lingüística, etc. El estudio del lenguaje en general y de las lenguas en particular resuelve importantes problemas de gran valor científico.

Por otra parte, idiomas hay, como el latín y el griego, que constituyen la expresión de la gran cultura de los pueblos heleno y del Lacio, y que son como el hontanar purísimo de donde fluyeron los idiomas que encauzaron la cultura occidental. De ahí también la importancia del estudio de estos últimos, por lo menos de los principales.

El lenguaje sirve para exteriorizar no únicamente lo cerebral sino también lo emocional, y surge de aquí la Literatura y la necesidad de su conocimiento, de tanta importancia y trascendencia, que la fama prodiga sus favores por igual a sabios y a literatos, como lo atestigua la Historia de la Literatura.

Otro factor humanístico es la Historia: estudio experimental —digámoslo así— de los hechos humanos y de su concatenación a través de los siglos; síntesis de la perenne lucha de las costumbres que pretenden retener el pasado en el presente con las innovaciones inusitadas que intentan anticipar el futuro; rememoración de los hechos notables y de los grandes dramas que han conmovido a la humanidad. Y como la Filosofía es la suprema disciplina de todo conocimiento humano, el énfasis está en que la Historia no se limite a relatar los hechos, sino a analizarlos, relacionarlos y deducir de su crítica las lecciones provechosas para la humanidad. En las *Décadas* de Tito Livio o el *Discurso sobre la Historia* de Bossuet, por ejemplo, ofrece mucho más interés que la narración misma, el análisis que se hace de las causas de los sucesos.

Pero el hombre que escudriña las alturas y aun se sale del planeta en busca del infinito, debe a su vez estudiar el suelo que pisa y al que le sujeta la ley de la gravedad. Le es preciso aprovechar de su capacidad productiva como también de la del subsuelo, para su sustento y para la obtención de materias primas, sin las cuales no se concibe la vida y la mayor de sus actividades que es el comercio. El hombre culto debe, pues, conocer la Geografía Económica.

Objeto de prolijo estudio deben ser también las agrupaciones humanas en la superficie del planeta, ya junto a caudalosos ríos, ya enmarcados por las cordilleras, ya en residencias islicas privilegiadas.

ya bordeando mares intercontinentales. Tales conocimientos figuran como indispensables para que una persona pueda denominarse culta, y por tanto debe conocer la Geografía Política.

Quedan enumeradas a grandes rasgos las principales asignaturas de la Facultad de Filosofía y Letras, que en último término no son sino el natural desenvolvimiento del hombre o más propiamente de la persona humana. La síntesis sería esta: el entendimiento en actuación trascendente; la palabra, como dócil instrumento de la razón y de la imaginación; el orbe terráqueo, como vasto escenario, y, como protagonista, el ser humano.

La Facultad de Filosofía y Letras, en los albores universitarios era considerada como la principal de todas, hasta el punto de que se exigían los cursos de Filosofía como preparatorios para el ingreso en las demás Facultades.

Y no se crea que esta sabia disposición era un síntoma de primitivismo de aquellos tiempos medievales, en que se tomaba en serio el estudio de la Filosofía, que para los ignaros es sólo un pasatiempo intelectual. El instituto univestario de entonces, si echamos a un lado el progreso supertecnificado actual, se encontraba a mayor altura cultural que ahora. Las llamadas conquistas modernas de las Universidades, no son en realidad sino reivindicaciones de privilegios que les fueron arrebatados.

El Alma Mater de aquellos tiempos gozaba de completa independencia y autonomía, era libre en sus métodos y gratuita en sus enseñanzas; los alumnos más antiguos y aventajados tomaban parte con voz y voto en el gobierno de la Univeřsidad, y aun se pensaba en la conveniencia de establecer ciudades universitarias. La Ley Segunda del Código que se atribuye al Rey Sabio, dice textualmente: "De buen aire e de fermosas salidas debe ser la villa do quisiesen establecer el estudio, porque los maestros que muestran los saberes e los escolares que los aprendan vivan sanos en él, e puedan folgar e recibir placer en la tarde cuando se levantaren cansados del estudio."

Así como la conveniencia de los aires puros, de que nos habla Alfonso El Sabio, se creía en esos buenos tiempos en la necesidad de cursos de Filosofía para el ingreso en las demás Facultades, y esto

no en mengua de ellas, sino con el sano propósito de que los aspirantes se encontrasen suficientemente preparados para la asimilación de su necesaria enseñanza.

Con este plausible objeto, la Universidad de Cuenca crea la Facultad de Filosofía y Letras, cuya organización ha corrido a cargo del distinguido profesor español doctor Francisco Alvarez González, el que en breve tomará la palabra y del que debo hacer la ritual y con digna presentación.

El doctor Alvarez González se graduó en Jurisprudencia en 1934 y dos años después en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid.

Ganó por oposición en 1936 una cátedra de Filosofía en Institutos de Enseñanza Media. Formó parte, como socio, del Instituto de Filosofía "Sanz del Río", que funcionaba por entonces en la Facultad de Filosofía de Madrid.

Estuvo pensionado por la referida Facultad en la Universidad de Verano de Santander.

Fué propuesto por el Director del Instituto de Filosofía "Luis Vives", del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid, para desempeñar una cátedra de Filosofía en la Universidad de la Paz.

Ultimamente desempeñaba el cargo de Profesor de Literatura y griego en el "Liceo Francés" de Madrid. Ha desempeñado también diversas cátedras de Filosofía y Economía Política en distintos Colegios y Centros de la referida capital.

Dejando aparte su *curriculum vitae*, el doctor Alvarez González es un entusiasta de la Naturaleza y el paisaje. Ha recorrido varios países europeos y le encantan los trayectos a pie, con objeto de ir contemplando detenidamente las campiñas y los lugares típicos.

Le ha traído a América el afán, sentido desde mucho antes, de conocer estos pueblos de la misma lengua y los paisajes agrestes y majestuosos de sus montañas.

Le interesan extraordinariamente las costumbres, las canciones, las danzas, la música de los pueblos indígenas, y se propone escribir sobre estos temas de nuestro folklore, para darlos a conocer en el Viejo Continente.

Le ha traído también a América el convencimiento del papel fundamental que sus pueblos están llamados a desempeñar en un futuro próximo, y acaso también —por qué no decirlo— el cansancio, el escepticismo, la inconformidad que por doquier se respira en Europa, con el afán de encontrar un espíritu más risueño y tranquilo en la joven América.

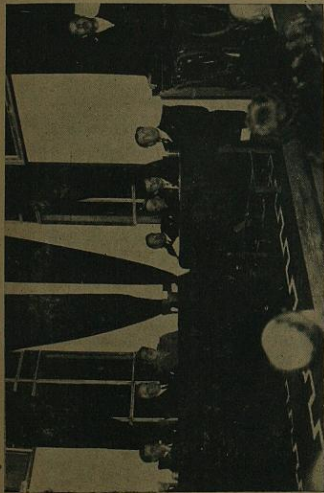
El doctor Alvarez González es muy aficionado a la Literatura, a la música, a los deportes, sin excluir el ajedrez.

Pero el doctor Alvarez González es, sobre todo, amante de la sabiduría; es decir, es filósofo. Tiene varias obras de Filosofía inéditas que serán editadas en breve en los talleres tipográficos de esta Universidad, y añadirá su nombre a la de los jóvenes filósofos españoles, como Ramón Núñez, Julián Masías, Manuel Granell, Rodríguez Huéscar, Palacios, etc.

Y ahora debo cumplir con otro imperativo igualmente grato para mí, cual es el de presentar al selecto auditorio que llena el Salón Máximo de esta Universidad, los más cumplidos agradecimientos, en especial a los altos dignatarios aquí presentes, como también al señor Rector de la Universidad de Guayaquil, al Decano de la Facultad de Filosofía, Pedagogía y Letras de la Universidad Central y al Decano de la Facultad de Jurisprudencia de esta Universidad, Delegado de las otras Universidades del País, a quienes suplico que se dignen transmitir a sus respectivas Instituciones el profundo reconocimiento de esta Universidad.

Y en este momento que, por la gran notoriedad que le ha dado vuestra concurrencia, será histórico, declaro, como Dirigente de la Universidad de Cuenca, solemnemente inaugurada la Facultad de Filosofía y Letras."

Siguiendo el desarrollo del programa especialmente trazado y después de que la Orquesta ejecutó música clá-



El Director - Profesor de la Facultad de Filosofía y Letras, doctor Francisco Álvarez González, disertando en la sesión inaugural de la Facultad. De izquierda a derecha: el doctor Ricardo Malo Andrade, Gobernador de la Provincia; el doctor Carlos Enrique Vintimilla, Presidente de la Excm. Corte Superior de Justicia; el Coronel Carlos Platillo Z., Jefe de la III Zona Militar; el doctor Lucas S. Vásquez, Presidente de la Academia de Abogados del Azuay; el Rvdo. doctor Manuel María Palacios Bravo, Presidente del Núcleo del Ateneo de la Casa de la Cultura Ecuatoriana y los Secretarios de la Facultad y de la Universidad, doctores Francisco Estrella Carrión y Víctor Lloré Mosquera.

sica selecta, el Director y profesor de la Facultad, doctor Francisco Alvarez González, disertó brillantemente desde la tribuna universitaria sobre un palpitante tema filosófico cuya síntesis taquigráfica es la siguiente:

"Señor Rector de la Universidad de Guayaquil, Señor Vicerrector de la Universidad de Cuenca, Autoridades Civiles y Militares de la Ciudad, Sr. Decano de la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad de Cuenca, que representa también a los Señores Rectores de las Universidades de Quito y Loja, Sr. Decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad Central, señoras y señores:

Son estas las primeras palabras que pronuncio en un acto académico en el territorio del Ecuador y es para mí un motivo de satisfacción, constituye una verdadera alegría, que estas mis primeras palabras las pronuncie en las circunstancias presentes, a saber, ante un tan culto auditorio, presidido por el Sr. Vicerrector de la Universidad de Cuenca y, espiritualmente, por el Sr. Ministro de Educación Pública de la Nación, Doctor Carlos Cueva Tamariz, a quien se debe en gran parte la creación de esta Facultad de Filosofía y Letras que estamos inaugurando, y me congratula también que estas palabras las pronuncie para solemnizar un acto de tanta trascendencia cultural como ésta.

Invitado por el Sr. Vicerrector de la Universidad de Cuenca para que tomara la palabra en este acto, he meditado estos días, mientras paseaba por vuestras calles y pintorescas plazas, sobre cuál sería el tema más adecuado para desarrollar en esta sesión solemne y he concluido que lo más oportuno es que os hable del significado que la creación de una Facultad de Filosofía y Letras tiene, dentro de la crisis espiritual por que atraviesa el mundo actual, a la cual se refirió acertadamente el Sr. Vicerrector en su discurso. Pero no quiero empezar el desarrollo del tema sin antes agradecer las palabras elogiosas, amables y cariñosas del Sr. Vicerrector, Dr. Manuel María Ortiz, palabras que son una muestra más de la gentileza y deferencia con que, generosamente, me ha acogido Cuenca, desde el día en que pisé por primera vez esta tierra ecuatoriana.

Es evidente, señores, que atravesamos momentos difíciles en la historia del mundo actual. No es por coincidencia que, sin previa-

mente cambiar impresiones, el Sr. Doctor Manuel María Ortiz se ha ya referido también a la crisis espiritual en que nos encontramos sumergidos los hombres del siglo XX. Hoy todo el mundo habla de esto, políticos, militares, economistas, científicos. La palabra "crisis" aparece por todas partes: en los libros, en las revistas, en los periódicos. La repite la radio, la repiten todos.

El mundo ha atravesado otras veces etapas parecidas. La decadencia del Mundo Clásico tiene bastante parecido, en cuanto crisis general, a esta que estamos viviendo en nuestros días. Sin embargo, ninguna de estas crisis tuvo la característica de la nuestra, porque la nuestra es un crisis total, mientras las otras fueron crisis parciales. Además, la nuestra tiene otra característica.

Desde mediados del siglo pasado los conocimientos históricos han dado al hombre de nuestro tiempo una especial sensibilidad para lo histórico. En el pasado, los hombres también tenían conciencia de las crisis en que vivían, pero tenían esperanzas de salir de ellas. Las crisis se les aparecían como algo anormal y transitorio, como una enfermedad. Pero la conciencia histórica actual —la historia como ciencia aparece propiamente en el siglo XIX— nos hace que veamos y sintamos la crisis de nuestro tiempo como algo definitivo. Para nosotros, en una palabra, lo anormal de la crisis viene a ser lo normal.

Pero se me preguntará: ¿En qué consiste la crisis? Si yo dirigiera esta pregunta al distinguido auditorio, probablemente no obtendría una respuesta precisa y concreta. Entonces, pues, debemos tratar de averiguar qué es la crisis y cuál es el sujeto de la misma.

Nos ayudará a precisar el concepto de crisis el recordar cuándo, en qué circunstancias pronunciamos tal palabra. Ordinariamente hablamos de crisis políticas, de crisis económicas, de crisis religiosas, de que una enfermedad hace crisis. ¿Qué es lo que hay de común en todas estas formas de crisis? Decimos que una enfermedad hace crisis cuando el curso de la misma llega a un punto tal, que para ella no hay sino dos salidas: la curación o la muerte del organismo. Hablamos de crisis política cuando los gobernantes se ven obligados a dejar, total o parcialmente, el poder a otras personas. Hay una crisis religiosa cuando la fe viva se convierte en indiferencia o a la inversa, cuando la indiferencia o el ateísmo se convierte, dan lugar a un fer-

vor religioso. Y, finalmente, hay crisis económica, de superproducción o como otros economistas dicen, de infraconsumo; cuando el equilibrio entre la producción y el consumo se rompe. Yo me atrevería a decir, entonces, que toda crisis significa no otra cosa sino una interrupción, brusca, súbita, en el curso normal de una cosa, de un fenómeno.

La crisis a que vengo aludiendo no es, en verdad, ni económica, ni política, ni religiosa, ni tampoco es la crisis de una enfermedad. Hay crisis en todas estas cosas, pero es porque la crisis que padecemos es total y abarca multitud de aspectos y matices. Pero lo que está en crisis en el mundo actual es la Cultura. Ahora bien, he hablado de cultura y es necesario precisar en qué consiste.

Permitanme Uds. hacer una pequeña incursión por el campo de la filosofía. Los griegos para expresar lo que nosotros expresamos por medio de nuestro hacer, usaban dos verbos: uno, el verbo *ποιεω* expresaba un hacer humano cuando éste traía como consecuencia la realización de una cosa hecha. Cuando, por ejemplo, el zapatero Cleón hacía un par de zapatos en Grecia o cuando el escultor Fidias esculpía aquella magnífica procesión de las Panateneas en torno del Paternón, en la Acrópolis de Atenas, el hacer de ambos, repito, se traducía en la realización de algo hecho. Pero hay otras veces en que el hacer humano no se traduce en la realización de nada. Por ejemplo, cuando Sócrates, aquella figura burlesca y sarcástica que deambulaba por las calles de Atenas, dialogaba con sus discípulos o ponía en entredicho a los pretendidos maestros, los sofistas, su hacer era un hacer diferente y para expresarlo los griegos echaban mano del verbo *πρωτο*.

La crisis del mundo actual es una crisis cultural. Pero la cultura tiene dos aspectos: Por un lado, puede ser el conjunto de edificios, de artes industriales, de códigos civiles, de libros de ciencia, que están ahí, en frente de nosotros, como legado transmitido por las generaciones pasadas a la nuestra. Pero, por otro lado, cultura puede ser también el conjunto de ideas que, en las mentes de los hombres, dieron lugar a todas esas cosas. Estos dos aspectos de la cultura, la objetiva y subjetiva, tienen entre sí una cierta relación. La cultura subjetiva es antes que la objetiva. La idea que el arquitecto tiene del edificio, es previa a la realización del mismo. A su vez, las ideas se nu-

tren de la cultura objetiva, porque de la misma manera que nacemos dentro de un medio ambiente natural, en un lugar y en un tiempo determinados, nacemos también dentro de un mundo cultural y nuestras ideas, las ideas que con el tiempo llegarán a ser nuestras, las encontramos ahí, en ese medio cultural que nos rodea y en que nos hallamos. Ahora bien, la crisis cuya esencia estamos indagando, es más que nada una crisis de ideas, una crisis de lo que hemos llamado cultura subjetiva.

Apliquemos ahora la definición que ensayamos anteriormente de crisis, a saber, una interrupción brusca, súbita, en el curso habitual de las cosas. Tendremos entonces que esta crisis de la cultura como conjunto de ideas en la mente del hombre, no significa otra cosa sino que éste ha dejado de creer en lo que venía creyendo. Que las ideas que el hombre poseía pierden vigencia, actualidad. Que el hombre continúa manteniéndolas sin creer firmemente en ellas. De donde resulta que la crisis de hoy es una manifestación de inautenticidad y de escepticismo. El hombre se ha quedado sin ideas firmes sobre las cosas. Ahora, dirán Uds.: ¿Qué tiene eso de terrible? Un hombre puede perder muchas cosas: una pierna, un brazo o puede perder también el cabello. Esto último por ejemplo, no tiene en sí nada de terrible, a menos que aquel a quien tal cosa sucediera quisiera imitar con su vida la vida de Don Juan. La situación es grave, señores, porque mientras el hombre puede vivir sin un brazo, como decíamos, no puede, en cambio, vivir sin ideas.

La vida del hombre es un quehacer constante, porque hasta el no hacer es decidirse a hacer alguna cosa. Por eso, el hombre necesita saber lo que las cosas son, tener ideas sobre las mismas. Si no las tiene se llena de angustia, de desesperación y se siente perdido, desorientado. Uds. han observado que, cuando uno va a una ciudad que no conoce, hasta su andar varía; es más lento, torpe, pesado. Ello motiva que, en España, cuando contemplamos al hombre recién llegado del campo a la ciudad, burlándonos un poco de su azoramiento y torpeza de movimientos, digamos en broma: "Ahí va un paleta".

El hombre, repetimos, necesita tener ideas. Las necesita para saber lo que las cosas son y poder ir así realizando, hilando su propia vida.

La carencia de ideas es trágica también por otro motivo. El hombre es animal político como ya dijo Aristóteles, vive en sociedad. Pues bien, la sociedad es un antagonismo de intereses. El hombre necesita hacer valer los suyos propios ante los demás. Y para esto necesita de ideas, con qué razonar y argumentar. Pero cuando el hombre carece de ellas, se limita a vencer por medio de la fuerza física, de la violencia, ya que está falto de argumentos para convencer. En lugar de silogismos y de razonamientos actúa entonces la única dialéctica posible, la de la pistola, creándose así un clima de malestar y de guerra dentro de la sociedad.

El intelectualismo dominante en el mundo a partir de Aristóteles tiene en parte la culpa de que no se haya visto con claridad que el hombre no puede vivir sin ideas. Se ha venido creyendo, por mucho tiempo, que la ciencia es un lujo que se puede tener o no. Aristóteles creía que lo que distingue al hombre de los demás seres es el νοῦς, el intelecto. Este filósofo creía también que este intelecto es algo que el hombre puede ejercitar o no. Si lo ejercita, el hombre adquiere entonces el sumo bien, la suprema virtud, la Sabiduría. En caso contrario, su vida es similar a la vida de un ser inferior. Esto era todo. Pero eso es falso porque a la vida del hombre es necesario ese ejercicio del intelecto para obtener algún saber sobre las cosas, por modesto que este saber sea. Incluso aunque ese saber sea falso. No es la vida para la ciencia, debemos afirmar resueltamente nosotros, sino la ciencia la que debe de estar al servicio de la vida. De la misma manera que los pulmones y el corazón son órganos, es decir, en su sentido griego, instrumentos al servicio de una totalidad, cuyos haceres, el respirar o el palpar, sirven, están al servicio de la vida de la totalidad de que forman parte, podríamos así también considerar a la razón como un órgano, cuyo hacer, el pensar, debe igualmente servir para la vida.

Ahora bien, el hombre conoce muchas cosas, le interesan muchas, pero de todas, aquella que atrae principalmente su atención es el propio hombre. Homo sum et nihil humanum a me alienum puto.

Entre los siglos VII y VI a. d. J. C. nace la Filosofía en Grecia con Tales de Mileto, Anaximandro, Heráclito, etc. Lo que a estos filósofos interesaba era el ἀρχή, el origen o principio de todas las cosas, de que éstas proceden. Todos ellos se interesaban por el mundo, por

las cosas. Pero un buen día aparecen en Grecia los sofistas y Sócrates y éstos son los que dan vida a la consigna que en forma de máxima figuraba allá en el viejo templo de Delfos: "Conócete a ti mismo". Comienzan entonces a preocupar al filósofo el Estado, la ley, las normas de conducta, el hombre, los problemas humanos en una palabra.

Entonces, pues, volviendo al problema que nos ocupa podemos sacar una conclusión: Que la crisis que tratamos de precisar a través de esta exposición consiste en que el hombre se ha quedado sin ideas respecto de sí mismo y carece de una conciencia clara, de ideas claras acerca del hombre. En esto reside lo trágico de la situación: Que el hombre se encuentre falto del saber que más estima y más necesita, del saber de sí mismo.

A lo largo de la Historia han variado las ideas que el hombre se ha hecho de lo humano, pero siempre el hombre ha tenido alguna idea. Los griegos valoran al hombre por el intelecto. Más tarde, viene el cristianismo y entonces ya no se valora al intelecto, pues para el cristiano lo fundamental es la salvación, que puede conseguirse mejor por la caridad y el amor. El cristiano estima, del hombre, fundamentalmente el sentimiento. Pero en el siglo XV y en el Renacimiento vuelve a valorarse la inteligencia. Descartes, Galileo, etc., todos estos hombres que sentaron las bases de la Ciencia moderna, ven en el hombre un ser que se dignifica por la razón. Mas, a fines del siglo XVIII, volvió a valorarse al hombre por el sentimiento. Fruto de este cambio de opinión es el Romanticismo. Y, por fin, en el siglo XIX y en el actual, desde Nietzsche, se valora al hombre por la voluntad. En nuestro tiempo prevalece la voluntad de poderío. Pero estas diversas valoraciones eran compatibles con una misma concepción ontológica del hombre.

Veamos ahora algunas concepciones ontológicas del ser humano a través de los tiempos. Los griegos consideraban al hombre como una cosa entre las cosas del Cosmos. El filósofo griego trata de explicarse el Cosmos, para así llegar a una intelección del ser del hombre mismo, valiéndose de los mismos conceptos que ha creado y le han servido para la comprensión de aquel. Así, para el atomismo de Demócrito, el hombre es también un conjunto de átomos y el alma del hombre un conjunto de átomos igualmente, de los átomos más sutiles y ligeros. Lo mismo ocurre en Aristóteles. Para éste el mundo es-

tá compuesto de sustancias que constan de materia y forma. Y cuando se pone a apresar conceptualmente el ser del hombre, afirma que éste es también una sustancia, compuesta como las sustancias y cosas del mundo, de dos elementos, la materia, que es ahora el cuerpo, y la forma, que Aristóteles identifica con el alma.

En el Cristianismo, el hombre continúa siendo una cosa entre las cosas del mundo, sólo que tiene un lugar privilegiado porque posee un destino también privilegiado: La vida de ultratumba. Mas por lo demás el hombre continúa siendo un compuesto de materia y forma, en Santo Tomás, por ejemplo.

En la Edad Moderna pasa igual. En Descartes, el mundo está compuesto de dos clases de sustancias: La "res cogitans" y la "res extensa". Sólo que aquí estas dos clases de sustancias están pensadas no para explicarse el fenómeno de la naturaleza exterior tanto como para dar cuenta conceptual del ser del hombre mismo. Además, de las dos sustancias, la única cuya realidad es segura es la "res cogitans". De la otra sabemos en cuanto se contiene o inside de ésta. Está preparado el camino para todo el idealismo moderno. En Kant la cosa cambia más aun. El hombre ya no es una cosa, por la sencilla razón de que la sustancia es una categoría del espíritu. No se podrá explicar el hombre por los conceptos creados para explicar la naturaleza, por cuanto que ésta, en tanto en cuanto se nos presenta sustancialmente, ordenada, sujeta a leyes, etc., es precisamente una creación del espíritu. El hombre es ahora ordenador y legislador del universo. Si antes se explicaba al hombre por la naturaleza, ahora es ésta la que se explica por la estructura y características de la razón pura. No en otra cosa consiste el famoso giro copernicano que Kant imprimió a la Filosofía.

Finalmente, señores, en nuestros días se piensa que más bien el hombre es un ser que tiene que hacerse su vida. El hombre se encuentra existiendo con la necesidad más que obligación de hacerse la vida con las cosas y entre las cosas en que se encuentra, sin saber por qué razón, arrojado. El hombre, como decíamos antes, tiene que estar continuamente haciendo algo. Ahora, sobre el hacer actual del hombre está haciendo presión el pasado, su pasado. Lo que yo estoy haciendo ahora, esta conferencia que estoy desarrollando ante Uds., se explica, como hacer mío, por todo un pasado que Uds. tendrían

que conocer para comprender plenamente mi conducta actual. Ortega y Gasset dice que no se puede entender una palabra fuera de la frase en que está engarzada. La frase fuera del párrafo. Este fuera del libro. El libro no se entiende plenamente sino cuando se conoce la época en que está escrito. Y no podemos conocer plenamente una época si no conocemos todas las épocas que la precedieron. De tal modo sobre la sencilla palabra de un escrito cualquiera está gravitando la historia toda de la humanidad.

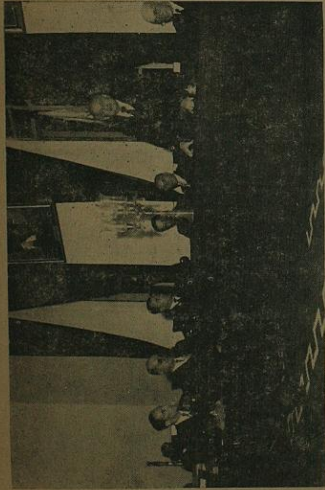
Pero tampoco se puede entender la vida del hombre sin saber el para qué de sus actos, el fin, que aun cuando posterior en el tiempo, se adelanta en forma de una idea o proyecto de vida que todo hombre anhela realizar.

Voy a terminar. He dicho que la crisis de nuestro tiempo consiste en que el hombre carece de ideas acerca de sí mismo. Pues bien, dentro del ambiente que abarca esta crisis se está fundando esta Facultad de Filosofía y Letras. Lo que con ella tratamos es, en definitiva, buscar los caminos para entender al hombre. Ahora, no se puede entender, hemos dicho, al hombre sin el conocimiento de la Historia. Y no sólo de la Historia, sino de la Historia en su sentido más amplio, como Historia de las actividades culturales, artísticas y literarias del hombre. Por eso, señores, nuestra Facultad, ésta que estamos inaugurando, constará de las tres secciones fundamentales de Filosofía, Historia y Literatura. Yo hago votos porque esta Facultad pueda contribuir algo a remediar esta crisis de nuestro tiempo.

La ciudad de Cuenca, perdida en la inmensidad de los Andes, ha respondido a esta gran crisis espiritual creando la Facultad de Filosofía y Letras. Repito, ojalá pueda aportar algo a la comprensión del hombre y constituya una razón más para que esta ciudad continúe mereciendo el título de "Atenas del Ecuador". He dicho."

Para cerrar la ceremonia el señor doctor José Miguel Varas Samaniego, Rector de la Universidad de Guayaquil, pronunció estas palabras en brillante improvisación:

"A la amable invitación del Señor Vicerrector de la Universidad de Cuenca, debo la oportunidad muy grata de estar presente en este acto de trascendental significado, como es la creación de la Facul-



El señor Rector de la Universidad de Guayaquil, doctor don José Miguel Varas Samaniego, pronuncia su emocionado discurso en el acto inaugural de la Facultad de Filosofía y Letras, para el que fuera especialmente invitado. De derecha a izquierda, en la presidencia del Aula Máxima, el señor Vicerrector de la Universidad de Cuenca, doctor Manuel María Ortiz; el doctor Varas Samaniego, el señor doctor Emillo Uzcátegui, Decano de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación de la Universidad Central; el señor doctor Luis Monsalve Pozo, Decano de la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad de Cuenca y delegado de los Rectores de las Universidades de Quito y Loja; el señor doctor José Carrasco Arteaga, Decano de la Facultad de Ciencias Médicas; el señor doctor Miguel Alberto Toral, que ejerce interinamente el Vicerectorado del Plantel, y el señor Ing. Luis Iruaralde Bucheli, Decano de la Facultad de Ciencias Matemáticas y Físicas.

tad de Filosofía y Letras; y aun más, la de ofrecerme la ocasión de expresar el profundo agradecimiento de la Universidad de Guayaquil por la atención que gentilmente le ha dispensado la de Cuenca.

La Universidad tiene muchas funciones importantes que cumplir. Profesional, para el ejercicio de actividades de gran contenido social; científico, para la investigación de la verdad en todos los ramos del conocimiento humano; cultural, que amplía el horizonte del espíritu y nos da una aptitud para vivir noblemente; social, que permite plantear problemas que afectan a la sociedad, orientando su solución; e internacional, que armonizando las actividades de todas las instituciones de su género, hace posible dar derroteros a la humanidad para obtener un mundo mejor.

En el Ecuador, las Universidades han cumplido con estas elevadas funciones, pero es necesario ampliarlas y perfeccionarlas; especialmente su función cultural, bastante descuidada en esta época de utilitarismo. Nos dedicamos, casi exclusivamente, al estudio y práctica de las profesiones, y dentro de éstas a las materias de nuestra predilección, con exclusión casi completa de las otras, desarticulando el conocimiento, para llegar a la "barbarie de la especialización", aunque parezca paradójico. Hemos descuidado el estudio de disciplinas de investigación pura, con grave desmedro de nuestra personalidad.

Toca a las Facultades de Filosofía y Letras, precisamente, llenar este vacío, con el estudio de aquellas ciencias y aquellas artes que no tienen ningún sentido utilitario. La nueva Facultad creada por la ilustre Universidad de Cuenca, tiene una misión trascendental y una seria responsabilidad ante la juventud.

Ningún lugar más adecuado que éste para dedicarse a tan altas tareas espirituales. Su belleza exuberante, su ambiente de paz, su abolengo cultural, todo es propicio a la meditación y al pensamiento creador.

Hago votos fervorosos por la creciente prosperidad de este Templo del Saber y abrigo la absoluta convicción de que la nueva Facultad será un triunfo y un pilar más que mantendrá el prestigio de la docta Universidad de Cuenca."

Inmediatamente la Orquesta ejecutó el Himno de la Universidad y concluyó el acto.

Durante el desarrollo de la ceremonia se dió lectura al acuerdo autógrafo enviado en artístico pergamino por la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación de la Universidad de Quito, que dice así:

**LA FACULTAD DE FILOSOFIA, LETRAS Y CIENCIAS
DE LA EDUCACION DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL,**

Considerando:

- 1^a—Que la Universidad de Cuenca ha tenido el magnífico acierto de crear su Facultad de Filosofía y Letras;
- 2^a—Que esta Facultad va a entregarse por entero al cultivo de los supremos valores del pensamiento puro y del máximo esplendor de las Bellas Artes, y
- 3^a—Que el riquísimo fruto de sus nobilísimas labores habrá de enlazar el espíritu nacional y servirá de paradigma a las demás naciones del Continente Hispano - Americano,

Acuerda:

- 1^a—Aplaudir con todo entusiasmo y felicitar cordialmente a la Universidad de Cuenca por tan valiosa creación;
- 2^a—Ofrecer la cooperación eficaz y decidida del Profesorado de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación de la Universidad Central, y
- 3^a—Poner este Acuerdo en conocimiento de la Universidad de Cuenca por el presente pergamino.

Dado en la Sala de Sesiones de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación, en Quito, a veintiocho de Enero de mil novecientos cincuenta y dos.

EL DECANO DE LA FACULTAD,
(f.) DR. EMILIO UZCATEGUI.

LA SECRETARIA,
(f.) SARA NUÑEZ.

Para el primer curso de la Facultad de Filosofía y Le-

tras que funcionará en el presente año, el Consejo Universitario ha designado catedráticos titulares a los doctores Francisco Alvarez González y Gabriel Cevallos García. Secretario de la Facultad fué elegido el doctor Francisco Estrella Carrión que, en este año, impartirá la enseñanza de Inglés.

El plan de estudios aprobado por la máxima Corporación Universitaria y que regirá sujeto a posteriores reformas o modificaciones que sean recomendadas por la experiencia, es éste:

CURSOS GENERALES

PRIMER CURSO

Fundamentos de Filosofía
Lengua y Literatura Latinas
Lengua y Literatura Españolas
Historia Cultural y Política y Geografía del mundo antiguo
Inglés.

SEGUNDO CURSO

Historia de la Filosofía, Edades Antigua y Media
Lengua y Literatura Latinas
Lengua y Literatura Españolas
Historia Cultural y Política: Edad Media y Geografía General
Francés.

TERCER CURSO

Historia de la Filosofía Moderna y Contemporáneas
Historia de la Literatura Universal
Historia Cultural y Política Moderna y Geografía Económica
Lengua y Literatura Griegas
Francés.

CURSOS DE ESPECIALIZACION

Filosofía

CUARTO CURSO

Lógica
Psicología
Metafísica: primer curso
Historia de la Filosofía: primer curso
Estética
Griego.

QUINTO CURSO

Ética
Historia de la Filosofía: segundo curso
Metafísica: segundo curso
Teoría del Conocimiento
Metodología de las Ciencias
Griego.

Historia

CUARTO CURSO

Historia Universal Antigua y Medieval
Historia de España, Antigua y Medieval
Historia de los descubrimientos geográficos
Historia del Arte
América Precolombina
Geografía Americana.

QUINTO CURSO

Historia Universal, Moderna y Contemporánea
Historia de España, Moderna y Contemporánea
Historia del Ecuador
Geografía del Ecuador
Historia de América, Colonia, Independencia y República
Etnografía y Arqueología Ecuatoriana.

Filología

CUARTO CURSO

Filología Griega
Filología Latina
Gramática Histórica de la lengua española
Historia de la Lengua y Literatura Españolas: primer curso
Historia General de la Literatura
Francés.

QUINTO CURSO

Historia de la Lengua y Literatura Españolas: segundo curso
Historia de la Literatura Hispanoamericana
Literatura Ecuatoriana
Introducción a las lenguas indígenas del Ecuador
Historia de la Cultura
Inglés.

La Facultad, además, constituirá núcleo central de cultura para las otras Facultades, de acuerdo con una reglamentación adecuada y especial que está en estudio del Consejo Universitario.

La Facultad de Filosofía ha comenzado sus actividades bajo las más prometedoras y halagüeñas perspectivas y con los mejores auspicios. La Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay, dirigió a la Universidad una expresiva comunicación concebida en estos términos:

"Casa de la Cultura Ecuatoriana — Núcleo del Azuay.

Nº 632.

Cuenca, a 13 de febrero de 1952.

Señor Rector de la Universidad de Cuenca,
Cuenca.

Muy distinguido señor Rector:

En representación del Núcleo del Azuay de la Casa de la Cultura

Ecuatoriana, y en mi propio nombre, me es señaladamente honroso presentar por su medio a la inclita Universidad del Azuay las expresiones de aplauso por la creación de la Facultad de Filosofía y Letras, junto con mis votos porque la nueva Institución rinda los mejores frutos para honra de esta nuestra querida Ciudad.

¿En dónde mejor que en Cuenca, señor Rector, pudo nacer una alta Escuela de Estudios Clásicos? ¿En dónde, con mayor certeza que en tierras del Azuay, se puede esperar la futura cosecha que colmará las esperanzas y compensará los sacrificios de los actuales Maestros que echaron la simiente?

Este Núcleo de la Casa de la Cultura, de acuerdo con sus elevados fines, ofrece, pues, en esta feliz ocasión, todo el apoyo necesario para que la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad del Azuay cumpla con su espiritual cometido en la preparación y formación de jóvenes que ensanchen los cauces de la Cultura Nacional.

Aprovecho de este gran motivo, para renovarle, distinguido señor Rector, la seguridad de mi profunda consideración.

(f.) MANUEL M. PALACIOS BRAVO,
Vicepresidente del Núcleo."

La prensa nacional, representada por uno de sus más calificados voceros, EL UNIVERSO, de la ciudad de Guayaquil, en su nota editorial del día 17 de Febrero de 1952, al hablar sobre la Facultad, dice: "La humanidad parece vivir desorientada en esta edad de encrucijada, urgencias y sorpresas, de materialismo absorbente y desquiciamientos morales, y si no apelamos a las fuerzas interiores del individuo, si no volvemos el rostro a las enseñanzas de los filósofos tan lejanas en el tiempo, pero tan cercanas de nosotros como guías y normas reguladores de conducta, podremos caer en grave conflicto espiritual.— La Universidad de Cuenca, comprensiva del valor de los estudios filosóficos y literarios, acaba de inaugurar una Facultad destinada a tal propósito, y lo ha hecho entregando su dirección y organización a un profesional español contratado para el caso. La nueva creación ha sido recibida en el medio local con

expresivas demostraciones de entusiasmo y confianza que, de no declinar, harán de aquella una fuente de altas enseñanzas."

FEBRERO

Día 1º

En honor de los señores doctores José Miguel Varas Samaniego, Rector de la Universidad de Guayaquil, Emilio Uzcátegui, Decano de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación de la Universidad de Quito, y de sus distinguidas esposas, que fueron huéspedes de la Universidad de Cuenca con motivo de la inauguración de la Facultad de Filosofía, el H. Consejo Universitario ofreció un cocktail en los salones del Club del Azuay, acto social al que concurrieron numerosas personalidades de los círculos sociales e intelectuales de la ciudad, sus autoridades y miembros del Plantel. Durante el desarrollo de la fiesta, que alcanzó magníficos relieves, reinó una especial cordialidad que acentuó más aun la fraternal-amistad que une a las ciudades de Quito y Guayaquil con la de Cuenca y a sus Universidades.

MARZO

Día 20

Con el auspicio de la Asociación Escuela de Ingeniería, el señor Ingeniero de Minas de las Naciones Unidas, don Evan Bennett, sustentó, en el salón de actos de la Universidad, una interesante conferencia sobre el tema: "Zona Carbonífera de la Provincia del Cañar". Por las interesantes conclusiones a que arribó el distinguido conferencista, fué muy aplaudido por el público asistente.

NOTA FINAL

La Comisión Redactora de ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA, en su afán de difundir la poesía de la culta ciudad ecuatoriana, ha resuelto publicar, anexos a

las entregas de esta Revista, cuadernillos que contengan seleccionadas producciones de sus literatos para que se pueda organizar así una breve antología. Inicia la Comisión esta faena con el cuadernillo N° 1 que contiene poesías de don Remigio Crespo Toral, Rector que fué de la Universidad y publicista de primera línea.